

Frantz Funck-Brentano

Del Instituto de Francia



LOS ULTIMOS DIAS

D E

MARIA ANTONIETA

**ediciones
ercilla.**

La Guerra en Europa

que puede estallar en cualquier momento, y las causales que la hacen inevitable, están descritas y estudiadas en una admirable novela titulada

Europa en Delirio, 1934

por Hanns Gobsch. Su autor ha sido honrado con el Premio Nobel y los más prestigiosos críticos y escritores del mundo han dejado caer sobre este libro los elogios más calurosos.

Europa en Delirio, 1934

por Hanns Gobsch

\$ 6.-

en venta en
todas las librerías
y en la

EDITORIAL ERCILLA

Monjitas 454

Santiago de Chile

11 (368-16)

LOS ULTIMOS DIAS DE MARIA ANTONIETA



LOS ULTIMOS DIAS DE MARIA ANTONIETA

FRANTZ FUNCK-BRENTANO

Del Instituto de Francia

LOS ULTIMOS DIAS
D E
MARIA ANTONIETA

Traducción de
MARIA MONVEL

Propiedad de la EDITORIAL ERCILLA

EDICIONES ERCILLA

SIGNIFICA:

LAS MEJORES EDICIONES ECONOMICAS Y DE LUJO DE LOS
MEJORES LIBROS NACIONALES Y EXTRANJEROS
SANTIAGO DE CHILE

1934

JACULATORIA

Conocida historia la que he querido traducir. ¡Cuántas veces he leído la vida de la reina mártir? Lenotre, Taine, Nolhac, Belloc, entre otras muchas. Rara vez he cerrado el libro al terminar, sin lágrimas. ¡Y no lloro con facilidad! Pero aquí se pueden repetir, casi, las palabras de la desdichada majestad ante el feroz tribunal revolucionario: “Apelo a todas las madres que la lean...”

Reina mártir y santa, porque si cometió pecados—¿y qué santo no los cometió?—quedaron reducidos a fragantes cenizas con su calvario.

¡Ni el Hijo del Hombre! ¡Las espinas, la llaga en el costado, los azotes! Los judíos sólo hirieron su cuerpo. No era una madre herida en el nervio vivo de su corazón: el hijo. Largas torturas físicas más minuciosas que las famosas torturas chinas. Dolores morales inventados con una satánica malicia... Ante este infierno, el que relata el Dante es tibio purgatorio. Al célebre italiano le faltó imaginación para la crueldad. No osó castigar a ninguna madre en la carne de su hijo, porque con ello habría instado a las gentes a negar resueltamente la misericordia de Dios.

Los franceses lo hicieron. El autor, Funk Brantano, escritor de mucho corazón, inteligentemente documentado, sensible e imparcial, excusa a los franceses culpando de aquellos espantosos acontecimientos a la Calumnia y al Terror. Pero fueron los franceses los que echaron a rodar la calumnia y los franceses los que inventaron el terror. ¡Oh, libertad adquirida con tan negros delitos!

Pero para honra del pueblo francés, deslumbrantes figuras lavan, a través de la historia, aquellas manchas: la abnegación inaudita de la princesa de Lamballe, el estoicismo de los guardias de corps, la perseguida nobleza que murió junto a su rey sin retractarse, sin temblar, alucinada de valor y de fe, el humilde heroísmo de aquellas mujeres anónimas que “por un durazno, por un melón ofrecido a su reina, se

exponían a la muerte" ¡Y la santidad del rey! ¿Por qué no han canonizado a Luis XVI? ¿No perdonó a sus verdugos, como Cristo, prohibiendo a su hijo que vengara su muerte? Luis David, gran pintor y cruel revolucionario, tomó del natural el apunte de la reina en marcha hacia el cadalso. Es un cuerpo sin alma. Sus verdugos, por primera vez en la historia de los suplicios humanos, destronan un alma hasta hacerla desaparecer, dejando el cuerpo vivo.

¡Santa, santa María Antonieta que nos conviertes a la fe perdida, dándonos la certeza de que Dios existe: para que vivas en los altos Cielos en un pequeño y divino Triunfo, unida para siempre a tu amado rey, eternamente abrazada a tu inocente hijo, para siempre rodeada de tus amigos fieles, de tus abnegados servidores, devuelta la hermosura, perdida la memoria, para que ni uno sólo de sus dolorosos resplandores entenebrezca tu alegría jamás, jamás, jamás con el recuerdo del atroz martirio!

M. M.

CAPITULO I



PARTIDA DEL TRIANON

(5-6 de octubre de 1789)

La Bastilla representaba en la imaginación popular la autoridad del rey. El 14 de julio de 1789 fué tomada la Bastilla, victoriosa revuelta contra la autoridad. Una era nueva se abría para Francia.

Luis XVI no tiene cerca de sí persona alguna capaz de hacer frente a la Revolución. Mirabeau decía:

—Cerca del rey, sólo hay un hombre: la reina.

Contra ella, pues, van a concentrarse todos los esfuerzos.

En páginas deliciosas, Pierre de Nolhac muestra a María Antonieta errante en la tarde del 5 de octubre de 1789 en los jardines de su amado Trianón con un sólo criado como acompañante. Los árboles del "Hameau" se coloran con los delicados tintes del otoño. Un oro leonado dora las hojas secas; la viña virgen se empurpura de los tonos más cálidos. El rey caza en Meudon, y la reina, sola, ha deseado gozar de esta dulce melancolía de una bella estación que se extingue.

Con sus reales manos, María Antonieta ha querido ordeñar a Roussotte, su vaca preferida y regar sus plantas solitarias. En seguida se ha acercado a la gruta en que extiende su tapiz el verde musgo. Sus pensamientos están tranquilos, pero inclinados a la tristeza, una vaga tristeza que le oprime el corazón. Se siente solicitada por el recuerdo del hijo que la reina ha perdido, el primer Delfín, muerto hace algunos meses. Cuántas veces, en estos sitios cuya campestre belleza correspondía a sus gustos infantiles, no le condujo ella de

la mano, al niño cuya muerte fué el primero de sus grandes dolores. Y he aquí la continuidad de los pensamientos que la afligen: en primer término el asunto del Collar, esc ruidoso asunto que hizo evidente mella en el afecto que el pueblo le testimoniaba, y, últimamente, las voces hostiles que se alzaban contra ella de los Estados Generales, seguidas de días de motines. El rey es débil, vacilante. Los ministros sin consistencia. Peroran en los clubs, cientos de energúmenos. Panfletos indecentes en los cuales se arrastra su nombre por el lodo colocados por manos familiares hasta en el mármol de su mesa de toilette. La monarquía parece vacilar sobre sus bases seculares. Si derriban el trono, ¿cuál será la suerte de su hijo, del hijo que le queda?

Por la abertura de la gruta, ve llegar la reina corriendo, con agitada expresión, a uno de sus pajes, con un billete entre los dedos. Este la busca, mirando de derecha a izquierda, con el espanto retratado en los ojos. La reina avanza a su encuentro y coge el billete. Es del ministro de la Casa del rey M. de Saint Priest. Lee la reina y su mano tiembla. Un pueblo armado, desenfrenado, marcha aullando hacia Versalles mezclado a los guardias franceses. El acero de multitud de picas, brilla sobre el camino de París. ¿Podrán las rejas del castillo resistir a un empuje violento? La reina se da prisa, quiere correr, pero sus piernas no la sostienen. De pronto se detiene y mira hacia atrás: el "caserío" del Trianón con sus techos de rastrojo, se torna tan triste! Seguramente siente que la partida de la que tanto ama, le significa la señal de que los bellos días se acabaron para siempre.

Las amadas chozas de los bellos días, ¿las verá ella nunca?

Bajo un pesado cielo de otoño en el cual se amontonan gruesas nubes grises, María Antonieta regresa apresuradamente al ruidoso palacio.



El pueblo de París se queja de escasez.

—¡Pan, pan!

Los agitadores populares se aprovechan. La penuria, lo

afirman, es obra de la reina o, al menos, de sus indignos favoritos.

El pueblo de París marcha sobre Versalles del cual pretende traerse al rey, la reina y el delfín, el "panadero", la "panadera" y el "mocito de tahona".

Decimos "el pueblo", pero deberíamos decir "el populacho". Mujeres desenfrenadas y harapientas, marchan a la cabeza; pero también vienen otras jóvenes, algunas bonitas, con blancas cofias, afeites y polvos.

El tiempo es horrible. Se ha puesto a llover. La lluvia forma sobre el camino mares de lodo sobre el cual chapotea el largo cortejo.

Las mujeres aullan, gesticulan, con los cabellos pegados, chorreando agua.

"¡A esto nos hallamos reducidas, pero la "vaca" nos lo pagará!"

"La Vaca" es la reina.

Otras danzan y ríen con los puños en las caderas. El mal tiempo no altera su buen humor.

Unas se han mezclado a grupos de guardias franceses. Algunas vendedoras tiran, como en chacota, un cañón cuyas ruedas están pintadas de rojo, mientras que las lavanderas cabalgan gordos percherones blancos atados a un tren de artillería. Numerosas mujeres blanden, quien un sable, quien una pica, quien una hacha, una horquilla o rastrillo de los usados para las labores del campo. Las hay que van armadas de una pala o de un cuchillo que llevan fijo al extremo de un palo.

Los hombres caminan elevando sobre sus cabezas, grandes estandartes donde se lee: "¡A Versalles! Viva la libertad nacional!"

La horda parece conducida por un hombre todo vestido de negro que marcha a la cabeza con el sable desnudo, un cierto Maillard, un bedel o pasante y "vencedor de la Bastilla", es decir, una parte del cuerpo de héroes que se ha constituido después del 14 de julio por la reunión de triunfadores.

El conjunto del cortejo es estimado en seis o siete mil hombres y mujeres.

Atraviesa Chaillot, llega a Sévres, siempre precedido del

homõre vestido de negro y una docena de tambores que redoblan militarmente. Pasa un guardia a caballo:

—¿Tú vas a Versailles? ¡Anuncia a la reina que vamos allá para cortarle el cuello!

Al paso de esta tromba pululante, se cierra el comercio, pero las puertas de los negocios de vinos son demasiado frágiles para resistir el entusiasmo de estas damas. Los postigos se aoren con estrépito y luego las cuevas están llenas de alegres camaradas; los toneles quedan pronto secos.

A la hora del crepúsculo, se acercan a Versailles.

La lluvia redobla. Lavanderas, verduleras, señoritas de bella presencia están mojadas, enlodadas hasta donde es posible. Un chillerío ininterrumpido les ha roto la voz; algunas titubean.

He aquí que el motín ruge alrededor del castillo. La muchedumbre grita:

—¡Pan, pan!

Pan, ciertamente, y sangre también.

Los negocios de la aldea están cerrados. Raros reverberos espandan en las calles claridades inciertas.

La Asamblea Nacional ha sido invadida por los guardias franceses y las muchachas de la vida alegre se mezclan familiarmente con los diputados. Una mujer ha tomado posesión de la tribuna presidencial, que por lo demás, ocupa con autoridad, dando la palabra a derecha y a izquierda.

La Corte podía contar con la fidelidad de sus guardias de corps, pero aquellos acaban de recibir orden de partir para Rambouillet. Se tiene temor que la vista de la guardia del rey sobreexcite al populacho. Uno que otro guardia que se ha retrasado en las calles de la aldea o en los patios del palacio, es arrollado y muerto por la multitud. Dos de entre ellos son ahorcados. Se les corta la cabeza ¡Oh! el contagio de la crueldad en las muchedumbres delirantes! El uno excita al otro, queriendo, por debilidad de corazón, sobrepasar al vecino en el gesto de maldad.

En la Asamblea, la señora Landell no ocupa ya el sillón presidencial. Mirabeau, con voz tonante, pide la inviolabilidad para el rey, sólo para el Rey. Conocía la impopularidad desencadenada contra la reina. Manera de

adular al populacho, de que se arrepentirá luego el gran orador.

Se insiste cerca de María Antonieta, directamente amenazada, para que, por una pronta partida, se ponga al abrigo del peligro:

—¿Hay peligro? Pues entonces mi sitio es al lado del rey. En la Asamblea nacional, la sesión se levanta a eso de las tres de la mañana en medio de una indescriptible batahola. Van todos a acostarse. Luis XVI va igualmente a acostarse, después la reina, pero a las cinco de la mañana se despierta ella dando un grito de espanto. Escucha agudas vociferaciones:

—¡A muerte la austriaca! ¿Dónde se esconde la golfa? ¡Qué se le corte el cuello!

Mujeres enloquecidas franquean las rejas, repartiéndose en los patios y en los jardines. Los gritos se multiplican.

—¡Abajo la austriaca! ¡A muerte la austriaca!

Los disparos animan el cortejo que sube ahora las escaleras de mármol. La ululante multitud se estrella contra las puertas de los departamentos reales.

—¡Señora, salvad a la reina! — grita a una de las damas de honor uno de los raros guardias de corps que aún quedan en palacio. Tiene éste el rostro ensangrentado de un culatazo que ha recibido en la cabeza. Una parte de la multitud se halla amontonada en el patio de mármol. Los primeros rayos de la aurora hacen brillar el acero de las picas. Gritos, amenazas, juramentos, inmundicias, y, de pronto, clamores penetrantes:

—¡El rey, el rey! ¡Queremos al rey!

Mujeres semi desnudas blanden picas o fusiles; algunas tamborilean sobre cacerolas.

Luis XVI se presenta: gritos de ¡Viva el rey!

Después:

—¡Que salga la reina al balcón, queremos a la reina!

—Señora — le dijo La Fayette—. Es necesario para calmar al pueblo.

María Antonieta aparece en el balcón entre sus dos hijos a quienes lleva de la mano.

—¡Nada de niños! — clama la muchedumbre.

María Antonieta rechaza a sus niños hacia el departamento. Hela aquí sola en el balcón, sencillamente vestida

con un abrigo corto de tela a rayas amarillas. Permanece en él pálida, inmóvil, tranquila, alta la frente, pero sin manifestar orgullo. La Fayette está junto a ella. Un hombre, vestido con el traje de la guardia nacional, le apunta; pero la reina continúa inmóvil y el guardia no ha osado disparar. En ese momento La Fayette le besa la mano, lo que provoca un movimiento de reacción:

—¡Viva la reina! gritan cien voces.

Sin embargo, una parte del palacio ha quedado en manos de los asaltantes; las puertas son arrancadas, destroza-dos los muebles o arrojados por las ventanas. Los cuadros destruidos, los espejos vuelan hechos trizas: el placer de la multitud.

El 6 de octubre, a las doce y media, una salva anuncia la partida para la gran ciudad de la familia real, en adelante prisionera, entre numerosas aclamaciones. El camino de París se inunda de gentes armadas. El mal tiempo de la víspera da sitio a un sol radioso, lo que contribuye a la triunfante alegría del populacho. Marchan a la cabeza dos hombres que llevan en el extremo de sus picas las cabezas cortadas de dos guardias del rey, Deshuttet y Varicout. En Sévres se divertirán en empolvar y rizar estos pobres restos. Después se mezclan a la muchedumbre bandas de indecentes ganapanes, vagabundos, gentes, en fin, sin Dios ni ley.

Cogen en seguida a otros dos guardias, "traidores" que han querido defender a su rey. Están heridos. Robustos mo-cetones les mantienen cogidos del cuello y les sacuden como si fuesen ciruelos de otoño. De tiempo en tiempo, fuertes pun-tapiés, aplicados en la parte baja de los riñones los ayudan a marchar más de prisa.

Después mujeres, entre ellas la actriz Theroigne de Méricourt. Las unas montadas sobre cañones, o a caballo, las otras metidas dentro de fiacres. Marchan adornadas con sombreros y banderolas cogidas a los guardias de corps. Gritos y cantos de triunfo se mezclaban a todo género de fan-tasías.

Algunos granaderos escoltan las carretas llenas de ha-rina, alzando entre sus manos a manera de sables largas ra-mas de álamos.

En fin, toda ella amontonada en un sólo coche, una ca-

rozza con cortinajes color carmesí, la familia real: ocho personas. El coche marcha lentamente. Los equívocos, las injurias, y las burlas dirigidas a la soberana silban en torno de ella. Siguen la carroza real algunos coches de la Corte donde han subido las damas de su Majestad, los ministros y los diputados. Detrás de la carroza del rey marcha una delegación de la Asamblea nacional que preside un grupo de guardias sin armas, algunos sin sombrero. Los infelices no pueden más, hambrientos, cansados; pero la chusma que impulsa al cortejo, no deja por ello de injuriarles y herirles. De cuando en cuando estallan disparos que estremecen a María Antonieta. En un momento dado la carroza ocupada por la familia real fué atacada: el valor y la energía de un granadero de la guardia llamado Marquíé, rechazó a los asaltantes.

El trayecto de Versalles a París duró seis horas.

Sobre el pescante de la carroza en que se encontraba Su Majestad, el comediante Beaulieu que, a continuación cambiará de sentimientos, divertía a la muchedumbre e insultaba a la mujer con sus muecas de saltimbanqui. María Antonieta muda, inmóvil, secos los ojos, parecía sumergida en un sueño. El Delfín la tiró por la manga de su traje:

—Mamá, tengo hambre.

Las lágrimas, las primeras que derramó en la jornada, corrieron sobre las mejillas de la madre.

El recuerdo de esta jornada permanecerá en el pensamiento de María Antonieta señalado con horribles colores. "Todo lo que se pueda decir, escribirá, estará muy por lo bajo de lo que hemos visto y soportado".

CAPITULO II

EN LAS TULLERIAS

El movido cortejo había llegado a las Tullerías el 6 de octubre bajo el resplandor humeante de las antorchas, más o menos a las nueve de la noche. No se sabe qué reacción se había producido en la mente del rey que parecía radiante. "Sorprendió a los que le rodeaban con un apetito prodigioso", dijo un testigo.

La reina, con manteleta negra y cofia, sin polvos ni afeites, conversaba familiarmente. Sin duda, a su llegada al castillo, alguna que otra voz de amigos fieles, se habría dejado oír con respeto.

El palacio de las Tullerías no había conocido huéspedes cotidianos desde el año 1663. Nada estaba preparado para volverlo a su anterior destino. Algunos obreros trabajaban febrilmente haciendo lo posible por restaurarlo. Las ventanas y las puertas no juntaban. Las cerraduras estaban cubiertas de moho, el amoblado lleno de polvo y deteriorado, las sillas rotas y faltaban camas.

—¡Oh, mamá qué feo es todo esto! — exclamaba el pequeño Delfín.

La horrible conducta de la vispera, tuvo un brusco cambio.

Desde el amanecer, numeroso pueblo había ido a estacionarse a las Tullerías apretujándose alrededor del palacio. Gritos de alegría y aclamaciones: los parisienses habían vuelto a encontrar a su rey.

Se anhelaba que apareciese en las ventanas, el rey y la reina. Aparecieron: ¡qué de sombreros volaron por los aires! Se abrieron las puertas y el pueblo entró. Se atropellaban, cada cual quería aproximarse a su Majestad, pero era un tumulto amigo. Entre las mujeres del pueblo y la soberana, se inició la conversación en un tono familiar:

—¿Habéis querido bombardear París y refugiaros en la frontera?

—Mis enemigos propalan esas calumnias. Nadie ama tanto como yo a los franceses. Esas calumnias, con las que se os engaña, me llenan de tristeza, tanto a mí, como al rey.

Y como una de esas mujeres le dirigiera la palabra en alemán:

—Desde que soy francesa, olvidé el alemán.

Algunas jóvenes ciudadanas, le pidieron una flor del sombrero que ella acababa de colocarse porque iba a salir; la reina se arrancó varias, y las repartió con simpatía.

Al día siguiente, 7 de octubre, la reina escribía al conde de Marcy:

“Estoy bien, estad tranquilo. Si olvidamos donde estamos y como hemos llegado, debemos estar contentos del movimiento del pueblo, sobre todo esta mañana. Espero, si el pan no falta, que muchas cosas se arreglarán. Hablo al pueblo:

guardias, verduleras, todos me tienden la mano y yo se las doy. En el Municipio, he sido muy bien recibida. El pueblo, esta mañana, nos suplicaba que nos quedáramos. Yo les he hablado, en nombre del rey que estaba al lado mio, diciéndoles, que sólo de ellos dependía que nos quedásemos; que nosotros no pedíamos otra cosa, que toda odiosidad debía cesar; que la más pequeña gota de sangre que se derramara, nos haría huir con horror. Los que estaban más cerca de mí, me juraron que todo había concluido”.

Algunos días más tarde, María Antonieta fué al barrio Antoine a visitar una manufactura de renombrados espejos. Cerca de estos refinados artistas, que habían permanecido encuadrados en los principios firmes y sanos de las antiguas corporaciones, la reina encontró la acogida más deferente, la más afectuosa. Se conmovió hasta las lágrimas. Perdida en el fausto de Versalles, en la etiqueta estrecha de la Corte, jamás María Antonieta había podido ponerse en contacto con el alma popular.

—¡Qué bueno es el pueblo — decía ella con dichosa emoción — cuando nos acercamos a él!

Sucediendo a la clase popular, las autoridades constituidas vinieron el 9 de octubre a ofrecer sus homenajes a sus príncipes vueltos a París después de más de un siglo de alejamiento. Primero el Parlamento (corte de justicia), después los miembros de la Comuna de París, (cuerpos municipales), presentados por Baidy, alcalde de la ciudad, y por el inevitable La Fayette.

María Antonieta se mantenía cerca del rey, con su hija Madame Royale y su hijo el Delfín.

La presentación a los soberanos de los miembros de la Asamblea Nacional, no tuvo lugar hasta el 20 de octubre. Los diputados se dirigieron en primer lugar al rey, quien los recibió en su gran salón; de allí pasaron al departamento de la reina. María Antonieta, sorprendida por su llegada, se ocupaba en su toilette: “Se disponía — escribió Máximo de la Rocheterie — a representar en público. Antes que hacerse esperar de los diputados para ponerse su traje de corte, prefirió recibirlos tal como estaba”. Los miembros de la Asamblea son introducidos en el gabinete de la reina, demasiado estrecho para contenerlos a todos. Numerosos de entre ellos deben permanecer afuera. La reina está sentada en un sofá. El presidente de la Constituyente, Freteau de Saint-Just,

comenzó una arenga con tono solemne, pero que no estaba exento de emoción. Expresó el deseo que experimentaban los representantes de ver a su Delfín. María Antonieta lo envió a buscar, y cogiéndole en sus brazos, lo presentó a la Asamblea. El niño saludaba con sus pequeñas manos; los diputados estallaban en aplausos: ¡Viva la reina! ¡Viva el Delfín!

En esta circunstancia, María Antonieta se mostró incomparable, por la gracia exquisita con que se hallaba teñido su aire de majestad. Despidiéndose de su princesa, los miembros de la Asamblea nacional, parecían radiantes.

La última de estas recepciones, fué aquella de los miembros de la Academia francesa. También éstos se mostraron conquistados por el aire de infinita dignidad de la reina; su acogedora sonrisa, que las circunstancias tenían de un vago tinte de melancolía, tenía un encanto aún más seductor.

¡Pero, ah!, una parte del pueblo parisiense, la parte compuesta por las almas envenenadas, los caracteres agriados, los cerebros trastornados por las calumnias mórbidas y las expresiones malvadas, habían ya, por su lado, vuelto a las manifestaciones hostiles.

Desde el día siguiente, el día que siguió a aquel en que la pareja real había entrado en las Tullerías, se había producido un incidente característico: una especie de pequeño motín en el Monte de Piedad, acompañado de imprecaciones contra la "Austriaca".

Con la intención que es de imaginar, algunos papuluchos, inteligentemente redactados, habían anunciado que la reina de Francia liberaría con sus propios dineros todos los objetos consignados en el Monte de Piedad, de donde sus propietarios no tenían más que ira retirarlos. La gente corrió a ello, pero naturalmente, para encontrarse sólo con caras de palo. Puesta al corriente del incidente, y de la irritación que se había formado contra ella, María Antonieta obtuvo del rey que, sobre los dineros de la caja real, todos los objetos empeñados en el Monte de Piedad, serían rescatados, hasta el valor de un luis, (400 francos aproximadamente del valor actual). El dispendio para la hacienda real, fue por este capítulo de 3,000 libras, (alrededor de seis millones de nuestros francos papel). Por otra parte, María Antonieta obtuvo la libertad de cuatrocientos padres de familia detenidos por deudas contraídas con el ama de cría.

Bondad arrojada a los vientos. Del asunto del Monte de Piedad, sólo subsistió una irritación acrecentada en contra de la soberana, "que no perdía ocasión, se decía, de manifestar su mala voluntad contra el pueblo de París". Individuos aislados y aun grupos densos se detenían ante el palacio de las Tullerías para lanzar violentamente a las ventanas de los departamentos ocupados por la princesa, injurias y amenazas. Bajo el pretexto de delegaciones y mociones para someter a Sus Majestades, se introducían a palacio, individuos de los más diversos pelajes. Las mociones consistían en decir imbecilidades al rey y a la reina, especialmente a esta última. Cierta día, uno de estos personajes osó formular, contra ella y en su presencia, una inculpación grave y en los términos más ofensivos:

—Os equivocáis—respondió dulcemente el rey—la reina y yo estamos muy lejos de alimentar los propósitos que se nos supone. Trabajamos de concierto para vuestro bien común.

Pero en cuanto esta delegación hubo partido, María Antonieta se echó a llorar. A causa de ello, los ministros propusieron impedir en adelante la entrada a palacio a estos singulares representantes del pueblo:

—No —dijo la reina—que entren. Tendremos el valor de recibirles y de escucharles.

Desde su instalación en las Tullerías, el rey se había visto obligado a consentir en un doloroso y todavía más peligroso sacrificio. Las consecuencias, deberían ser incalculables. El rey y la reina, no podían menos que estar espantados. Fue preciso separarse de la fiel guardia real, seguro baluarte contra los golpes de fuerza de los facciosos. La guardia de corps debió hacer sitio a la guardia nacional, en su mayoría hostil al trono. Las puertas mismas de las Tullerías le fueron confiadas.

"He llorado — escribe María Antonieta a la duquesa de Polignac, su amiga — Vos habláis de mi valor, pero hace falta mucho menos coraje para soportar los momentos horribles en que me he encontrado, que para sufrir nuestra posición, sus penas en sí, las de nuestros amigos y las de todos aquellos que nos rodean. Os aseguro que es demasiado peso, y que si mi corazón no estuviese ligado con tan fuertes lazos a mi marido, a mis hijos y a mis amigos, preferiría y desearía morir"

La reina se replegó en la vida de familia.

En las Tullerías, sin embargo, su estada se había organizado. Se habían hecho venir de Versalles muebles dignos de una Corte real. Con menos esplendor evidentemente que antes, menos franca alegría, la Corte de Francia había vuelto a tomar su ritmo tradicional. Pero para María Antonieta, ahogada entre angustias y pesares, nada de aquello tenía interés. Sólo las horas pasadas en la intimidad con sus hijos y su marido, podían aún darle alguna satisfacción.

El 10 de febrero de 1790, se abrió una de las más bellas páginas en la vida de la infortunada princesa, y sobre la cual nos detenemos tanto más voluntariamente, cuanto que ella logró por un instante — ¡ah! por un instante solamente — la unanimidad en el corazón de los franceses. Los jacobinos mismos, debieron rendir homenaje en esta circunstancia a la gracia encantadora y al alma generosa de la que perseguían con un odio tan ciego. La hoja ultrajacobina, llamada, “Le Journal des Tigres” (El Diario de los Tigres), cuenta con emoción la visita de María Antonieta a la Inclusa. Fué acompañada del rey, de su hija, Madame Royale, de su hijo el Delfín y de su cuñada, Madame Elisabeth.

El rey ha sonreído a los niños, la reina los ha besado. “¡Qué grandes son los reyes en estas circunstancias, y qué feliz es el pueblo que recibe tales muestras de bondad de sus soberanos!”

Y he aquí que, durante la estancia misma de la familia real en la Inclusa, se condujo a la piadosa casa a un pobre rapazuelo encontrado en las gradas de Saint-Germain-l'Auxerrois. La reina mantenía cogido de la mano al joven Delfín.

—Hijo mío—le dijo—estáis aquí en un asilo de pobres huérfanos abandonados de sus padres. No olvidéis jamás lo que ahora veis, y que vuestra protección se extienda un día sobre estos seres infortunados y sobre aquellos que habrá recogido todavía esta casa de caridad.

Pero no eran éstos sino raros momentos de respiro, cortos instantes de reposo en la áspera falda del calvario. Durante el atardecer del viernes 19 de febrero, el noble Marqués de Favras, a la sombría luz de humeantes antorchas, fué colgado en la plaza de la Greve, entre los frenéticos aplausos de un pueblo en delirio. El marqués de Favras, fue el primer

gentilhombre colgado en Francia condenado por los tribunales, ahorcado como un vulgar perdulario.

Tomás de Mahy, marqués de Favras, había concebido un plan de evasión de las Tullerías para el rey. Se mezcló a ello una conspiración contra el gobierno de la cual Favras habría sido el instigador.

Los hechos han permanecido en una obscuridad relativa, porque Favras' testimonio durante el proceso tal fuerza y firmeza de corazón, que no pudo obtenerse de él, revelación alguna.

Se contentaba con afirmar:

—Soy inocente.

Ninguna prueba concluyente se logró contra él, pero no por eso el pueblo dejó de exigir su muerte.

—Vuestra vida — le decía Quatremère, conductor del proceso, es un sacrificio que debeis a la tranquilidad pública.

¡Qué argumento en la boca de un magistrado!

El marqués de Favras fué ahorcado entre los gritos de alegría de una odiosa muchedumbre, que quería quemar su cadáver en seguida.

“No quiero pensar, escribía Mme. de Turzel, en el estado en que ví a la reina, cuando ésta supo que Favras había muerto”.

María Antonieta envió a la viuda del noble condenado una suma importante, y el rey le dió por su parte una pensión de 4,000 libras, aproximadamente, ochenta mil francos de ahora.

El 21 de febrero de 1790, dos días después del suplicio de Favras, un amigo del condenado creyó de su deber presentar al rey y a la reina en el curso de una de las reales cenas donde, según era uso, cada cual podía ser admitido en calidad de espectador, a la mujer y al hijo de la heroica víctima. No solamente la cena del rey debía como antes tener lugar en público, pero, lo que antes no se hacía, esta se desarrollaba bajo la vigilancia de la guardia nacional, cuyo jefe en palacio era ese día el cervecero Santerre. Este no quitaba ojos a María Antonieta. Después de comer, la pobre reina se retiró a su habitación, donde desesperada, se arrojó en un sofá. Madame Campan asiste a la escena:

“Es preciso morir, suspiraba la desgraciada, cuando se es atacada por gentes que reúnen todos los talentos y todos los

crímenes, y defendida por gentes muy estimables, pero que no tienen la menor idea de lo que es nuestra verdadera posición. Me han comprometido frente a los dos partidos, presentándome a la viuda e hijos de Favras. Los realistas me maldecirán porque no me he ocupado bastante de ese pobre niño; los revolucionarios se pondrán furiosos, pensando que se me ha complacido al presentármelos”.

María Antonieta definía exactamente la situación en que se encontraba.

Antes que el de Favras, se habían concebido numerosos planes de evasión de las Tullerías para la familia real.

“La única manera de sacarnos de aquí—decía ella—es la paciencia, el tiempo y una gran confianza que es preciso inspirar”.

Otro plan de evasión para la familia real, había sido concebido por el secretario de los comandos de la reina, llamado Augéard. Pero el rey no habría podido seguir a la reina y a sus hijos.

María Antonieta estudió el proyecto y concluyó por declarar:

—He reflexionado. No partiré. Mi deber es permanecer al lado del rey.

Augéard fue detenido como Favras, pero menos desdichado que él, se le dejó en libertad.

En marzo de 1790, cuarto plan de evasión, este concebido por el conde de Inisdal. Madame Campan ha pintado en sus memorias la escena en que este asunto fue discutido. Luis XVI se adhirió al plan propuesto, después vuelve atrás; torna a adherirse y a retroceder: la indecisión innata de su carácter, lo menos adecuado del mundo para encontrarse en las circunstancias en que se encontraba, contrastaba con la resolución y las energías de la reina.

El 27 de febrero, María Antonieta tuvo conocimiento de la muerte acaecida en Viena, de su hermano el emperador José II, (20 de febrero de 1790).

Ciertamente, José II jamás había constituido una esperanza de socorro eficaz para su hermana. Es cierto que este estaba enredado en las dificultades que le creaba el levantamiento de los Países Bajos, pero la pena no fué menos viva para aquella que, más que nunca, tenía necesidad de testimonios de simpatía y afecto sinceros, aunque uno y otro fueran estériles.

La publicación del famoso "Libro Rojo", llevado a cabo por la Asamblea Nacional en abril de 1790, da nuevo alimento a la hostilidad que crece en torno a la reina de Francia.

Se lanzan brutalmente a los ojos del público, entre malévolos comentarios, listas y cifras de pensiones e indemnizaciones giradas sobre la caja real en favor de aquellos y aquellas que llenaban funciones en la Corte, sin indicar en cambio los cargos y obligaciones que esas mismas funciones hacían pesar sobre los titulares, ni los gastos que ellas entrañaban para los mismos. Es verdad que, bajo ciertos aspectos, en lo que concernía especialmente a la duquesa de Polignac y a su familia, Luis XVI por instancias de su mujer, se había dejado arrastrar a generosidades y favores excesivos. El conde de Mercy Argenteau, el hombre de confianza de María Teresa cerca de la reina de Francia, había señalado varias veces estas graves inconveniencias a la emperatriz.

La publicación del "Libro Rojo", dió lugar a nuevas manifestaciones hostiles contra la reina en el seno de la Asamblea y en París, donde las revueltas se renovaron. Y tales llegaron a ser éstas, que se temió un nuevo ataque al palacio.

Pero he aquí que una estancia pasada en Saint-Cloud, en el campo, dió a María Antonieta un bienhechor momento de respiro.

Nada estaba por otra parte, preparado, para recibir allí a la familia real; en la mesa del rey, se sentaba quién quería; manera de ser que tenía en sí cierto encanto por su aire de familiaridad burguesa: rompía por un momento la severidad de la etiqueta que María Antonieta no había dejado de considerar como enemigo personal. El Delfín jugaba libremente en el parque extendiendo a veces su paseo hasta Meudon. El tiempo era admirable, el cielo azul, el sol deslumbrante. Su madre se sentía dichosa porque reaparecían en sus infantiles mejillas los colores que la claustración en las Tullerías habían hecho desaparecer. Luis XVI y su familia permanecieron en Saint-Cloud durante todo el verano.

Pero aun aquí, no dejan de existir tonos sombríos en el encanto del cuadro. La Corte permanece en Saint-Cloud bajo la vigilancia de la guardia municipal, formada en gran parte por soldados desertores de la armada real.

—¡Cómo se sorprendería mi madre—murmuraba la hija

de Maria Teresa—si me viese, mujer como soy de un rey y madre de un Delfín, rodeada de semejante guardia!

Todos los domingos la pareja real debía dejar Saint-Cloud para asistir a la gran comida que se daba en el palacio de las Tullerías:

—No era necesario — decía la reina — parecer ceder a los clamores que reclamaban a Luis XVI y a los suyos en París, pero era necesario probar que no se tenía inconveniente en acudir allí, cuando había cualquier cosa que hacer.

Fué en Saint-Cloud cuando tuvo lugar la famosa entrevista que celebró Mirabeau con la reina. Mme. Campan ha hablado de ella en sus memorias. El poderoso tribuno se sintió inmediatamente conquistado, entusiasmado y encantado por la dignidad, la inteligencia y la gracia infinita de la soberana. Y en el momento de despedirse:

—Señora — dijo no sin emoción — cuando vuestra augusta madre admitía a alguno de sus servidores a honrarles con su presencia, jamás les despidió sin darles a besar su mano.

Con una sonrisa donde se advertían a la vez la satisfacción y la tristeza, María Antonieta tendió su mano a Mirabeau. Dos labios ardientes se posaron sobre los blancos dedos:

—Señora — dijo el fogoso orador alzando la cabeza, mientras se advertía en su voz un ligero temblor—la monarquía está salvada.

El sobrino de Mirabeau, el conde Víctor de Saillant, condujo al visitante hasta la puerta del parque:

—¡Es grande, noble, desgraciada—dijo el diputado de la Constituyente—y yo la salvaré!

Después vinieron los aprestos de la fiesta de la Federación, 14 de julio de 1790, en conmemoración de la toma de la Bastilla.

El pensamiento de estas fiestas en honor de la primera de las grandes fechas revolucionarias, produjo a Luis XVI y a su compañera encerrados en las Tullerías, las más crueles aprensiones. “No pienso sin temblar en esta fecha, (14 de julio de 1790) escribía María Antonieta al conde de Mercy. Para nosotros, reúne todo lo que hay de más cruel y doloroso. Hace falta un valor más que sobrenatural para soportar este momento”. Pero de nuevo los sucesos van a ocurrir justamente al revés de todo lo previsto.

La víspera del día conmemorativo, es decir, el 13 de julio

de 1790, Luis XVI, recibió a las federaciones al pie de la gran escalera al pie del palacio de las Tullerías. La reina se mantenía junto a él con sus hijos, que presentó a las diversas delegaciones a medida que estas desfilaban ante ella.

La simpatía de la soberana, se ganó los corazones. Los gritos de “¡Viva el rey!” “¡Viva la reina!” “¡Viva Monseñor el Delfín!”, se escuchaban por todas partes.

Pero al siguiente día, Luis XVI debió presentarse solo a la ceremonia del Campo de Marte contrariamente al deseo que había expresado. La Asamblea Nacional no permitió que su esposa figurase con él. “Es otro insulto a la reina — escribía madame Elisabeth a Mme. de Bombelles — tanto mejor aplicado, cuanto que el rey no lo esperaba, ni siquiera en el último momento”.

La reina y sus hijos, sólo pudieron asistir a la fiesta desde lejos, asomados a las ventanas de la escuela militar. Es verdad que la muchedumbre la aclamaba cuando pasaba ante ella. María Antonieta les presentaba a su hijo, que había envuelto en su chal a causa de la lluvia que caía a torrentes. Las aclamaciones redoblaban, demostraciones populares que esta vez llenaban un corazón maternal de alegría y emoción.

Todavía algunas jornadas de satisfacción común: considerémoslas con una complacencia tanto más señalada, cuanto que fueron rarísimas en esta época terrible.

Los delegados de provincias venían a las Tullerías donde llenaban por completo patios y jardines. El pequeño Delfín les distribuía las flores cogidas en su jardincillo, especialmente dispuesto para que él lo cultivara:

— ¡Flores de mi jardín!

Y cuando no tuvo ya flores que distribuir, se puso a distribuir las hojas de sus árboles.

El martes siguiente, en la puerta de Chaillot, Luis XVI pasó revista a la guardia nacional. María Antonieta marchaba en coche con su hijo y con su hija. Las pruebas de ternura, abnegación y respeto redoblaron. La Rocheterie cita el rasgo siguiente:

“La reina marchaba en un coche descubierto, sin blasones, con sus hijos y Madame Elisabeth. En el acto, su coche se vió rodeado de federados con los cuales ella habló familiarmente, respondiendo a sus preguntas y aún provocándolas. Estos desearon besar la mano del pequeño Delfín. La reina consintió en ello. En este momento, el brazo de la sobera-

na se encontró apoyado en la portezuela: uno de los federados lo cogió vivamente y apoyó en él sus labios. El ejemplo fue contagioso, y como la ternura hiciera callar al respeto, en un instante trescientas bocas cubrieron de besos el brazo que la reina emocionada no pensó en retirar”.

“Ese día — escribía la duquesa de Tourzel, fue verdaderamente un día de felicidad para el rey, para la reina y para aquellos que les eran adictos; era una embriaguez de sentimentalismo: y fue el último hermoso día de la reina”.

Señalemos la fecha: 20 de julio de 1790.

Una investigación acerca de los excesos cometidos en el curso de las jornadas 5 y 6 de octubre, había sido abierta en los tribunales del Chatelet. María Antonieta interrogada por los comisarios había respondido:

—Jamás denunciaré a mis súbditos. Todo lo he visto, todo lo he oído, pero también lo he olvidado todo.

Las conclusiones se llevaron ante la Asamblea Constituyente. Con este propósito, Juan Bautista Chabrod, diputado del delfinado, redactó un memorial odioso que establecía que la reina y los guardias de corps, habían sido, la una insultada y los otros masacrados, conclusiones que fueron adoptadas. Los crímenes de los días 5 y 6 de octubre fueron considerados, por la Asamblea nacional, “desgracias” justamente autorizadas por la Providencia para “servir de lección a los reyes”.

Richard Wellesley hermano mayor del duque de Wellington que mandara a los ingleses en Waterloo, visita a la familia real en las Tullerías el 27 de septiembre de 1790: “He estado esta mañana en la Corte de las Tullerías: es una Corte muy triste. Muchas personas jóvenes del gran mundo, llevan todavía duelo por economía: la reina parece muy enferma; el Delfín estaba con ella y por su parte, la madre parecía ansiosa de mostrarlo. Se dice que el pequeño príncipe es su escudo. En todo caso, ella no se mueve a parte alguna sin él”.

El 9 de octubre de 1790, María Antonieta sufrió la inmensa desdicha de verse definitivamente separada del conde de Mercy-Argenteau, quien se vió obligado a dejar París, para dirigirse a la Haya. Mercy había sido colocado junto a ella en la época de su extrema juventud, por su madre, la emperatriz María Teresa, a modo de tutor moral, y durante todos

los años transcurridos, ese noble espíritu no había cesado de ser para la reina el mejor consejero.

Es verdad que, por otra parte, bajo la influencia de su fuerte inteligencia y de su gran corazón, también a causa de los encantos y de los sufrimientos, de la reina, Mirabeau, había concluido por procurar la salvación del trono:

—He profesado principios monárquicos, declaraba en una de sus notas secretas para la Corte, los he profesado cuando no veía en torno al trono sino debilidad, pues, no conociendo ni el alma ni el pensamiento de la hija de María Teresa, no podía contar con esta augusta auxiliar. He combatido en pro de los derechos de la corona, cuando yo mismo no inspiraba sino desconfianza... ¡Qué no haré ahora, que la confianza acrecienta mi valor! Seré lo que he sido siempre: el defensor del poder monárquico. Mi corazón seguirá el camino que la razón me había trazado.

Decía a su amigo La Marck:

—Avertid, pues al rey y a la reina, que están perdidos, si no dejan inmediatamente París.

Y el 20 de octubre, proponía de nuevo un plan de evasión.

Desgraciadamente, María Antonieta, no podía perder del todo el sentimiento de adversión y de desconfianza que el ardiente y turbulento orador continuaba inspirándole. Rehusaba constantemente la nueva entrevista que él solicitaba.

Decía a su amigo La Marck:

—¡Ah! — suspiraba — cómo perjudica a la cosa pública la inmoralidad de mi juventud!

Mirabeau debía morir el 27 de marzo de 1791. Antes de rendir el último suspiro, decía al conde de La Marck:

—Llevo conmigo el duelo de la monarquía. Después de mí, los facciosos se disputarán las antorchas.

Las manifestaciones tumultuosas, se sucedían al presente, casi sin interrupción. Con fecha del 5 de febrero de 1791, Madame Elisabeth anunciaba a la marquesa de Raigecourt, como un hecho excepcional:

“Hace ocho horas que no tenemos un motín”.

La primavera florece. Luis XVI se acuerda de su agradable estada en Saint Cloud el año anterior y quiere volver con los suyos para pasar allí siquiera la Semana Santa. El populacho, puesto al corriente de las intenciones reales, se agrupa alrededor de las Tullerías, (lunes 18 de abril de 1791).

—¡No partirá! ¡No partirá!

Monta el rey en una berlina con su familia. Los guardias nacionales le obstruyen el paso, cruzando sus bayonetas sobre el pecho de los caballos. Durante una hora, la muchedumbre cubre al rey y a los suyos de todo género de injurias. Dos servidores de palacio, son atropellados y golpeados.

El rey debe renunciar a su proyecto.

“A lo menos, confesará usted al presente, que no somos libres—decía la reina a La Fayette.

Al día siguiente, Martes Santo, el rey se dirige a la Asamblea para formular sus quejas por las violencias de que ha sido objeto.

—¡Bah! — respondió el presidente, un tal Chabroud, el mismo que redactó un juicio respecto a las jornadas del 5 y 6 de octubre — se trata de la natural agitación e inquietud, inseparables de los progresos de la libertad.

Además, la dirección del departamento, hacia llegar hasta el rey una carta insolente, en la cual, con la altanería con que un amo puede dirigirse a un lacayo, se le exigía que declarara por escrito, que era libre como un pájaro, y el desgraciado rey, debió redactar la declaración exigida para que fuese comunicada a las diversas cortes de Europa.

De hecho, ¿no era pues completa esta libertad? “El palacio — escribía Lenotre — estaba vigilado como una cárcel. En todas las puertas, guardias nacionales; en todas las puertas del jardín, hay apartados centinelas, y en el jardín mismo, estos se encuentran a cada cien pasos. Patrullas atravesaban incesantemente los patios de las Tullerías; penetran en el palacio; se les encuentra subiendo y bajando las escaleras; se deslizan hasta en el interior de los departamentos; se instalan incluso en las cocinas. Un detalle hará comprender la intensidad y la minuciosidad de la incansable vigilancia. Un obscuro corredor pasaba detrás del departamento de la reina: establecieron ahí a firme un capitán de la guardia nacional. Como debía mantenerse en una casi total inmovilidad, se le instaló en una silla. Montaba la guardia sentado, con la consigna de no estornudar, tan delgada era la pared que le separaba del lecho de la reina.

Se exigió que el confesor del rey fuera un sacerdote “juramentado”, es decir un eclesiástico que había prestado juramento a la constitución civil. El día Viernes Santo, el rey y su familia se vieron obligados a asistir a la Iglesia de Saint

Germain l'Auxerrois para asistir oficialmente a la misa que cantaba otro "juramentado", en reemplazo del cura de la parroquia que se había retirado para permanecer fiel a su fe. Luis XVI estaba profundamente atado a sus creencias: en el fondo de su pensamiento y de sus convicciones, se le forzaba constantemente a cometer sacrilegios.

Máximo de la Rocheterie y el marqués de Beaucourt, estiman que esta presión ejercida sobre la conciencia del soberano, violencia hecha a los sentimientos que le eran más queridos, fue la causa determinante que arrancó a Luis XVI de su indecisión, para resolverle a dejar París con los suyos.

CAPITULO III

VARENNES

(20-25 de junio 1791)

"Lo que acaba de ocurrir (lunes 18 de abril) — escribía la reina a Mercy — nos confirma más que nunca en nuestros proyectos. La guardia, que está colocada en torno nuestro es la que nos amenaza más. Nuestra propia vida, no está en seguridad". Y algunos días después, el 6 de mayo: "Nuestra posición es horrible, de tal manera, que los que no la presencian no pueden darse una idea de ella. No hay para nosotros, sino una alternativa: o hacer ciegamente lo que los facciosos exigen, o perecer asesinados por la espada que está incesantemente suspendida sobre nuestras cabezas".

Aparte del rey y de la reina, cuatro personas estaban en el secreto de la evasión que se preparaba: el marqués de Beullé, comandante de la Plaza de Metz, al cual se le reservaba un rol importante en la aventura, el conde de Mercy Argenteau, el barón de Breteuil, de todos los antiguos ministros en el que la reina tenía más confianza, y por fin, el conde de Fersen, el constantemente fiel y devoto servidor de la reina. Fersen será el agente principal y el que llevará a efecto el proyecto concebido.

Fersen contrató y preparó los coches para el viaje: una vasta berlina que hizo construir especialmente para el rey y para su familia. Un cabriolé para las dos camareras que debían acompañarles, como asimismo las provisiones de boca: buey y ternera fría, champaña y botellas de agua.

La partida había sido fijada primeramente para el 6 de junio, pero pareció prudente retardarla. Una camarera del Delfín que vivía en la intimidad de la familia real, dejó entrever sentimientos contrarios a los de sus amos. Debía abandonar la Corte prontamente. La fecha de la partida fué pues retardada para el 11 de junio, y como "la mala mujer" se encontrase todavía en el palacio, aplazada nuevamente para el 20 de junio. Retardos extremadamente perjudiciales porque las ideas revolucionarias se propagaban en las provincias y penetraban en ellas más profundamente.

La armada misma, después que se le habían abierto las puertas de los clubes, tendía a despojarse de su lealtad.

El 20 de junio de 1791 era un lunes. Fersen llegó al castillo de las Tullerías a eso de las seis de la tarde.

—Señor — le dijo Luis XVI — suceda lo que quiera, no olvidaré jamás lo que hacéis por nosotros.

María Antonieta lloraba.

El gentilhomme sueco se despidió. Hizo conducir la berlina destinada al viaje a la calle de Clichy, ante el hotel Crawford, se metió en su casa, se vistió con un traje de cochero de gran librea, montó en el pescante de un coche de posta, y lo condujo al patio de las Tullerías, donde, para no llamar la atención, es colocó detrás de los otros coches que se encontraban allí alineados. Iban a ser las nueve de la noche.

—Nos aproximamos al terrible cuarto de hora — murmuraba la reina—. Dieron las diez. Se hizo necesario despertar al Delfín, y como el niño se frotara los ojos lloriqueando:

—Vamos a un gran castillo donde hay muchos soldados y donde vos mandaréis a vuestro regimiento.

El pequeño batió palmas:

—¡Vamos, vamos pronto!

Madame Royale, María Teresa Carlota, hija de Luis XVI, después duquesa de Angulema, fué vestida con un tra-

je de indiana mordoré, floreado amarillo y blanco. Al Delfín le vistieron con traje de niña.

La familia real abandonaba las Tullerías llevando consigo a Mme. de Tourzel, aya de los infantes de Francia, dos camareras de la reina, las señoras de Neuville y de Brunier, y por último, tres antiguos guardias de corps, vestidos para las circunstancias con libreas de criados, color gamuza. Estos eran los señores Florent de Valory, Juan Francisco de Valdent y Moustier de Bermont. Moustier, 40 años, un especie de coloso, ancho de hombros, moreno y barbudo, Valory, delgado, de apariencia raquítica; Malden, alto, seco, como un día sin pan.

Se logró salir por una puerta condenada, de la cual la reina tenía la llave; la puerta daba a una habitación sin comunicación con el resto del castillo que acababa de abandonar el señor de Villequier. La habitación daba directamente al patio. Mientras atravesaba el desierto salón, la reina se estremeció de repente, y se llevó la mano al pecho mientras dejaba escapar un grito. Había visto aparecer una sombra, pegada a la ventana, cuyos ojos procuraban penetrar la obscuridad y mirar hacia dentro: era Fersen, con su hopalanda de cochero. Venía a buscar a Madame Royale, al Delfín y a la duquesa de Tourzel. En el patio de los príncipes, circulaban guardias nacionales. Los fugitivos lograron disimularse detrás de los coches allí estacionados. Cuando logró llegar junto a su coche de posta Ferzen hizo subir a Mme. de Tourzel y a los niños, y en seguida montó en el pescante. En el Quai d'Orsay esperaba un cabriolet de posta, enganchado a tres caballos. El postillón se paseaba de un lado a otro. Siguieron las dos camareras, las señoras de Neuville y Brunier. Ferzen instaló a toda su gente en el cabriolet que partió directamente para Claye donde el postillón tenía orden de conducirlo sin detenerse. Iban a dar las doce. El rey, la reina y Mme. Elizabeth no debían abandonar el palacio hasta más tarde. Es fácil imaginarse la angustia de la reina durante estos momentos. Nunca, todavía, se había separado de sus hijos, y heles ahora corriendo en un fiacre por ese París inmenso e incierto. Hacia la una y media de la mañana, Fersen condujo a la calle de la Echelle, el coche de posta en el cual él había conducido hasta el Quai d'Orsay a los infantes de Francia. Allí encontró a

Madame Elizabeth con quien no tardaron en reunirse el rey y la reina. Luis XVII se mostraba muy orgulloso de sí. Había atravesado valientemente los patios de las Tullerías con su bastón en la mano entre los militares que circulaban por todas partes. Se había puesto un traje café, sobre el cual le habían colocado una especie de hopalanda verde obscura. Llevaba en la cabeza un sombrero galoneado que hacía juego con el resto de su toilette. La reina estaba vestida de gris, manteleta y sombrero negros, y la cara cubierta con los delgados pliegues de un velillo negro. Madame Elizabeth llevaba sombrero gris claro, del cual pendía un velo de gaza. Fersen subió al pescante y arrió los caballos. La travesía de París se hizo sin incidentes. La noche estaba negra y las nubes muy bajas. El camino se hacía eterno y silencioso, pero en el sitio donde debía encontrarse la berlina con los tres antiguos guardias; Valory, Maldent y Moustier, se buscó en vano. Fersen muy inquieto, iba de derecha a izquierda. Por fin apareció el coche con Maldent y Moustier: estaba colocado entre el camino y el foso, con sus linternas apagadas.

Valory había partido en calidad de correo en un caballo inglés para asegurar el relevo de Bondy. Pero se había perdido un cuarto de hora.

Desde el coche de posta, el rey y la reina pasaron a la berlina que se puso a correr sobre el sonoro pavimento al trote de sus cuatro caballos. Debían ser las tres de la mañana, y las primeras luces de la aurora desfloraban las nubes en el horizonte.

En Bondy, se encontró a Valory que había podido asegurar el concurso de cuatro caballos, seis fuertes percherones para la berlina y el cabriolé, dos caballos de silla para sí mismo y para Maldent. Fersen debía separarse ya de la familia real. Aproximándose a la berlina, dijo:

—Adiós, señora Korff.

Este era el nombre de una dama rusa, bajo el cual se había extendido el pasaporte de la reina.

En estos momentos, el noble y fiel servidor, renovó sus instancias para que le fuese permitido acompañar a los soberanos hasta el término de su viaje, pero inútilmente. No es posible dejar de preguntarse hasta ahora, por qué el rey se privó de este precioso concurso, concurso de un hombre

de experiencia, de energía, de decisión y de una abnegación sin precedentes.

Luis XVI y María Antonieta no conservaron con ellos para guiarlos, protegerlos y defenderlos si era necesario, más que a los tres jóvenes guardias, Valory, Moustier y Maldent. ¿Pensaban, acaso como el duque de Lévis, que "era inconveniente, bajo muchos aspectos que el señor de Fersen ocupase en esta peligrosa ocasión un puesto que debería pertenecer a un gran señor francés"?

Fersen se despidió y se dirigió a caballo en dirección a Bélgica. Se debería haber encontrado en Montmédy.

En Claye, el rey y la reina recogieron a Mme. de Tourzel y a los niños. Ya los fugitivos respiraban más a su gusto. Empezaban a creer en el éxito. Se despertaba en ellos la alegría, una alegría de escolares escapados de las aulas. Se divertían en distribuirse los roles de la comedia que iban a representar. Mme. de Tourzel, sería el ama de la banda; la reina, al contrario, la gobernante de las dos "niñitas", que se llamaba ahora, Amelia y Aglaé. Madame Elizabeth sería la dama de compañía con el nombre de Rosalía, y por último, el gordo rey, figuraría como mayordomo, función para la cual se le designaba a causa de la amplitud de su circunferencia.

Después de Meaux, les quedaba solamente una ciudad importante que atravesar, Claon-sur-Marne, ante de llegar a Pont de Somme-Vesle, donde el duque de Choiseul debería esperar a la familia real a la cabeza de cuarenta húsares. Pont de Somme-Vesle, quedaba sólo a cuatro leguas de Châlons. En Pont de Somme, la salvación estaría asegurada definitivamente.

Después de haber atravesado Meaux, llegaron a Forté-sous-Joanre. El día estaba esplendoroso. La berlina no dejaba de despertar la curiosidad de las buenas gentes, por sus excepcionales dimensiones: la caja estaba pintada color verde pino, y las ruedas, amarillo limón. Un hermoso terciopelo de Utrech, de color blanco, tapizaba su interior. Eran las ocho de la mañana.

Primer incidente: el rey es reconocido por un postillón, un cierto Francisco Picard, pero éste, por un sentimiento de fidelidad, sin duda, guardó silencio hasta que la catástrofe estalló.

La gran berlina no era la más rápida. Los viajeros veían acentuarse el retardo sobre el horario previsto.

Al relevo de Fromentières, se llegó poco antes de medio día. El rey bajó de su coche para conversar familiarmente de las siembras con algunos campesinos; luego volvió a ponerse en camino. Fué necesario subir una cuesta. Los caballos marchaban al paso. Luis XVI bajó, para hacer durante este tiempo un pequeño paseo con sus hijos.

El relevo de Petit-Chaintry fué señalado por un segundo incidente, este más grave. J. B. de Lagny viudo, en compañía de tres hijas, la segunda de las cuales, acababa de casarse con el hijo del posadero de "La Cruz de Oro" de Vitry-le-Francois, llamado Gabriel Vallet. Este que había ido el 14 de julio a París para la fiesta de la Federación, reconoció en la berlina a la pareja real. Lo declaró así a sus allegados. Se puede imaginar fácilmente el revuelo que esta noticia produjo. Pero, Luis XVI, que se creía de ahora en adelante al abrigo de todo peligro, se puso a conversar dulce, familiar y realmente con sus súbditos, que, por su parte, le rindieron el debido homenaje.

Los coches volvieron a ponerse en camino, una vez que Madame de Tourzel hubo obsequiado al posadero, dos escudillas de plata a nombre del rey. Gabriel Vallet había montado en el pescante y se había hecho el deber de conducir la berlina con tal rapidez, que en el trayecto del Petit Chaintry a Chalons-sur-Marne, los caballos cayeron dos veces. ¡Qué de tiempo, un tiempo precioso, perdido para volver a hacer que las bestias se pusieran de nuevo en pie y el cortejo en orden!

He aquí ahora la berlina real conducida por un individuo extraño a la Corte, y que sabe perfectamente quiénes son los viajeros a quienes tiene el honor de transportar. En Chalons-sur-Marne, donde se llega a las cuatro de la tarde, hay mucha gente ante la casa de posta, cuyo patrón, llamado Viet, no duda un instante que tiene que avenírselas con la familia real. Curiosos en gran número. "Fué reconocido inmediatamente, escribirá después Madame Real. Mucha gente anhelaba ver al rey y hacía votos porque su fuga no encontrase obstáculos".

A partir de Chalons, los viajeros penetraban en el territorio colocado bajo la autoridad militar del marqués de Bouillé, motivo éste de confianza, pero que no tardó en ser

obscurcido por un presagio funesto. La berlina rodaba sobre el camino de Metz y los viajeros se felicitaban por haber franqueado sin obstáculos el paso de Chalons-sur-Marne, que consideraban como el último de los sitios peligrosos que tenían que atravesar, cuando un desconocido se acercó al coche, que corría moderadamente, y dijo con un tono confidencial, pero lo suficientemente alto, para ser escuchado por todos:

—Habéis tomado mal vuestras medidas. Sois traicionados.

Efectivamente, a partir de Chalons-sur-Marne, cualquiera que sea el sitio donde llegue el rey, encontrará a los habitantes prevenidos de su paso.

Se llega por fin a eso de las seis y media a Pont de Somme-Vesles: aquí el rayo. Se encuentra a Florent de Valory que había partido en calidad de correo, pero a un Valory consternado. Nada de Choiseul ni de húsares. Su compañía habría garantido el final del viaje contra toda resistencia; su fuerza, levantado todo obstáculo, pero no parecía por parte alguna.

Los viajeros llegaron a Pont de Somme con tres horas de retraso.

Choiseul había llegado con su destacamento de húsares a la hora convenida. Había esperado mucho tiempo, preguntándose qué podría haber ocurrido. ¿Había sido el rey detenido en Chalons? ¿No había podido salir de París? Los campesinos corrían de un lado a otro, inquietos por la presencia de estas tropas extranjeras. Los húsares sólo hablaban alemán. ¿Se trataría de una invasión? Ante la actitud de las gentes del país que se agrupaban de más en más numerosas y hostiles, y no creyendo ya en la llegada de la familia real, Choiseul creyó de su deber, retirarse con sus hombres.

“El rey lanzaba miradas vagas por la ventanilla con la impresión de que faltaba el suelo bajo sus pies”. (Relato contemporáneo citado por Lenotre).

Por otra parte, no era posible sino continuar el camino. En Saint Menehould, entre las siete y media y las ocho, se encontró a la población de lo más conmovida. Numerosos dragones estaban acampados en las calles bajo las órdenes del capitán d'Antouins. La llegada de la berlina produjo un

vivo rumor. Al pasar por la casa de postas, se escuchó al capitán d'Antouins decir a Moustier:

—¡Partid! ¡Apresuraos! ¡Estáis perdidos si no corréis!

Apareció un hombre joven, Juan Bautista Drouet, el hijo del jefe de postas, quien ayudaba a su padre a dirigir su establecimiento y que, de hecho, lo dirigía. Antiguo dragón, cuyas señas eran las siguientes: "Talla de cinco pies dos pulgadas, cabellos y cejas castañas, ojos grises, rostro marcado por la viruela, nariz gruesa. El azar, la casualidad, como quiera llamársela, hicieron que en estas graves circunstancias, surgiese un hombre joven, de una audacia, de una energía, de una inteligencia y de una actividad excepcionales. Participaba de las nuevas ideas. Muy ambicioso, Drouet verá aquí la ocasión de ponerse en evidencia para lo que pueda reservarle el porvenir.

Cuando militaba bajo las órdenes de Condé, había tenido ocasión de ver a la reina. La figura del rey también, que había entrevisto en la berlina, le había parecido conocida. Y la duda que podía aún experimentar, se había desvanecido por completo cuando hubo comparado los rasgos del viajero con los del rey de Francia, que se encontraban grabados en las monedas que acababan de dársele en calidad de pago.

Drouet va a determinar en Varenne el arresto de la familia real. Napoleón le dirá un día:

—Habéis cambiado la faz del mundo.

En todo caso, este incidente fué, para el hijo del dueño de postas de Saint Menchould, el origen de la más extraordinaria carrera, del más increíble de los romances, para usar de la expresión de Lenotre. Pronto se le verá diputado en la Convención donde él se sentará en las alturas de la Montaña y votará la muerte del rey sin prórroga. Después de multitud de aventuras rocambolescas, caerá en las manos de los austríacos, será encadenado en el fondo de una cárcel, se evadirá de allí quebrándose una pierna, y concluirá su vida en Francia bajo la Restauración, escapando a las búsquedas de la policía oculto bajo un falso nombre en una situación tranquila y modesta donde la muerte vendrá a buscarle apaciblemente.

Los augustos viajeros subieron en el coche y continuaron su viaje mientras que Drouet en Saint Menchould peroraba con violencia ante una muchedumbre amotinada:

—¡El hombre gordo de los ojos miopes, era el rey!

Saltó a caballo y se lanzó en persecución de Luis XVI y de los suyos acompañado de un cierto Guillaume, alias el “cabeza de jabalí” dueño de una posada que tenía como insignia una cabeza de jabalí.

En Clermont en Argonne, Valory, que galopaba siempre precediendo con una antorcha a los otros coches, encontró al conde de Damas, comandante de un destacamento de dragones, llegado exactamente a su sitio a la hora que le había sido fijada. Pero él también, ante lo largo de la espera y ante las hostilidades de los habitantes, había debido dispersar a sus hombres. No por eso, la localidad dejó de ser franqueada sin incidentes hacia las nueve y media o diez de la noche. Sobreponiéndose a la contrariedad ocasionada por la ausencia del duque de Choiseul y de el Conde de Damas, María Antonieta había vuelto a recuperar la esperanza.

Cuando llegaron a Varennes, a eso de las once de la noche, la obscuridad era completa. La berlina del rey, el cabriolé y los dos caballeros, llevaban todavía delantera a Drouet y a Guillaume que apuraban sus caballos, corriendo a rienda suelta por senderos extraviados. Choiseul y sus húsares no estaban sino a dos leguas. Varennes no tenía casa de postas. En la noche, los jóvenes Maldent y Moustier, no sabían dónde encontrar el relevo que se les había preparado. El barón de Goguelat que en Pont de Somme habría debido guiarlos, había partido también como Choiseul antes de la llegada de los viajeros. La discusión duraba todavía cuando llegaron a Varennes, Drouet y su compañero Guillaume.

Sin embargo, en la posada del “Brazo de Oro”, dirigida por un “patriota” llamado Juan Leblanc, un grupo de jóvenes adheridos a las ideas revolucionarias, conversaban de los sucesos recientes: Pablo Leblanc, hermano del posadero, después Julián Joge, hijo del alcalde, diputado de Varennes por entonces ausente de la ciudad, el escribano comunal de una aldea vecina y un campesino de los alrededores, cuando oyeron el galope de dos caballos lanzados a toda velocidad. Los caballos se detuvieron a la puerta de la posada. La puerta se abrió como empujada por un fuerte viento: era Juan Bautista Drouet en un estado de exaltación extrema.

—Camarada — dijo, dirigiéndose al posadero. — ¿Eres buen patriota?

—Ciertamente.

—El rey se ha marchado de París. Va en busca de tropas al extranjero. Lo he reconocido en Saint-Menehould. Lo he aventajado; ¡pero no hay minuto que perder!

Leblanc corrió a buscar al procurador síndico.

Cuando los carruajes reales, cuyos postillones se habían dejado por fin convencer a fuerza de promesas, llegaron delante del “Brazo de Oro”, se vieron completamente rodeados:

—¡Los pasaportes! ¡Los pasaportes!

Un grupo de hombres se estrujaban en torno a los viajeros, los unos premunidos de linternas, los otros armados de fusiles.

El procurador síndico, J. B. Sauce, especiero y fabricante de velas, era un buen hombre, pero débil y timorato. Examinó los pasaportes que le parecieron en regla y pareció dispuesto a dejar que los viajeros continuasen su camino, cuando Drouet intervino autoritariamente. Era absolutamente cierto que la dama de la berlina no era la pretendida baronesa de Korff.

En ausencia del alcalde, Sauce no estaba autorizado para tomar ninguna determinación:

—Es muy tarde. Mañana lo veremos.

El rey, con una resolución que no formaba ciertamente parte de su carácter habitual, dijo:

—Vamos, postillones, en marcha. ¡Estamos apurados!

Pero Drouet vela con sus “patriotas”:

—¡Un solo paso, y hacemos fuego!

Apuntan dos o tres fusiles. Es preciso bajar del coche. El especiero y fabricante de velas, pone graciosamente su casa a disposición de los viajeros. Además, el día no debería tardar. La familia real se dirigió, pues, a casa de Sauce, donde aquel hizo servir a sus huéspedes una cena frugal.

Tocaban a rebato los campanarios de las iglesias; todo Varennes estaba en las calles y he aquí que llegaron Choiseul y sus húsares. El les agrupó frente a la municipalidad donde les arengó:

—¡Se trata de salvar al rey y a la reina!

Pero los húsares no comprendían el francés.

En la casa del procurador síndico, la discusión continuaba. Drouet vociferaba:

—¡Es el rey! ¡Estoy seguro de ello, estoy seguro!

En estos momentos, la reina se hizo tracción:

—Si lo reconocéis por vuestro rey, respetadle.

La confusión era grande, cuando uno de los asistentes recordó que un juez del tribunal de la ciudad, llamado Destez, había tenido ocasión de ver en París al rey y a la reina. Sauce corrió a buscarle; Destez llega. Apenas hubo entrado:

—¡Sire! — exclamó, inclinándose.

Y Luis XVI con uno de esos movimientos de confianza, emoción y bondad que le eran familiares:

—Y bien, sí — dijo. — ¡Soy vuestro rey!

Abrazó a Sauce, todo conmovido al sentirse en brazos de su soberano. María Antonieta se esforzaba en conmovier a la señora Sauce. La abuela del procurador síndico, una venerable octogenaria, caía de rodillas, y pedía, con lágrimas en los ojos, que le permitieran besar las manos de los infantes reales. Delante de la casa, crecía la muchedumbre. Choiseul quería que sus soldados hicieran fuego contra aquellos que se oponían a la partida de los coches. Sauce continuaba discutiendo. Luis XVI declaró que él no deseaba ninguna violencia, y los campesinos de los alrededores llamados por el toque de rebato y por los emisarios partidos de Varennes a caballo, corrían de todas partes.

Una valiente mujer que sabía alemán, se había puesto a arengar a los húsares, haciéndose el intérprete de los habitantes de la ciudad. Los húsares al presente, fraternizaban y bebían con los ciudadanos de Varennes. Transcurrían los minutos. A las seis de la mañana no se podía circular por las calles a causa de la multitud de truhanes en conmoción. En las ventanas, en lo alto de los techos, desde los faroles, la gente se inclinaba para mirar.

Las frases más diversas se entrecruzaban:

—¡A París, a París! ¡Enganchadles para París o les fusilaremos en sus carruajes!

Se entrechocaban las palabras, pero los "patriotas" dirigidos por Drouet, habían cogido el mando. Por fin, se extendió la noticia:

—Vuelven a París.

El rey había cedido, mientras que Bouillé esperaba con

un fuerte destacamento de sus tropas a nueve leguas de Varennes. Los coches se pusieron en movimiento. Eran las siete y media de la mañana.

Drouet dirá más tarde que el rey habría pasado sin obstáculos si hubiese querido montar a caballo, y que, por otra parte, la escolta era más que suficiente para contener a los curiosos que se apretujaban contra la berlina, "pero él no quiso hacerlo, o mejor dicho, le faltó el valor".

Retorno horrible, lento como una lenta agonía, bajo los gritos y rechiflas del populacho, acompañado de escenas violentas.

Lenotre hace una descripción muy viva del efecto producido en París por la nueva de la fuga real. El pueblo había invadido el palacio de las Tullerías. Se había precipitado en el dormitorio de la reina, abriendo los armarios, rompiendo los colchones. Se pensaba que en todas partes se podía encontrar monstruosos secretos. Una vendedora de todas las estaciones, se había instalado en el lecho de la reina. Se estaba en la estación de las cerezas, y la comadre gritaba a plenos pulmones:

—¡Cerezas maduras! ¡Lindas cerezas! ¿Quién quiere mis bellas cerezas a seis sueldos la libra?

El retorno se hizo al principio con rapidez, a causa del temor a un ataque de los soldados comandados por Bouillé: de lejos se veían los cascos de sus dragones brillar en lo alto de los collados; luego la marcha se tornó más lenta.

La parte más dolorosa del viaje fué la que precedió a la llegada a Eperney. Una rugiente horda encuadraba el coche real. Gritos de odio, injurias ordinarias, clamores de muerte. El calor era sofocante. Los viajeros sufrían atrozmente en el interior de su carroza. En la aldea de Chouilly inmundos granujas llegaron a escupir la figura del rey.

En el caserío de La Cave en Champagne, los tres diputados de la Asamblea Nacional, Barnave, Petion y La Tour-Maubourg, delegados para conducir a París a la familia real, encontraron a los que venían a buscar. Luis XVI insistió para que éstos tomaran asiento en su coche. No tardó en establecerse la conversación entre los constituyentes y sus prisioneros. Luis XVI encantó a Barnave por su bondad; María Antonieta le conquistó asimismo, luego, por su gracia, su dolor profundo y digno. La noche estaba clara, bajo los puros rayos de la luna sobre el cielo azul. Los

viajeros estaban amontonados en la berlina, cuya banqueta del fondo estaba ocupada por el rey y la reina, habiéndose Barnave sentado entre los dos. Había éste ocupado el sitio del Delfín, que la reina llevaba en sus rodillas. Sobre la banqueta delantera, marchaban la duquesa de Tourzel y madame Elizabeth. Petion iba entre las dos damas, en el sitio que antes ocupara madame Royale, que se lo había cedido para ir de pie apoyada en su gobernante.

La Tour-Maubourg había subido en el cabriolé, junto con las camareras.

Sucedió que en la somnolencia nocturna, madame Elizabeth inclinó la cabeza sobre el hombro de Petión, lo que indujo al feroz jacobino a pasarle el brazo alrededor del talle. Era un bello mozo y tenía la convicción de que nadie podía resistírsele. En la situación en que se encontraba, no le era posible a la hermana de Luis XVI testimoniar su disgusto al representante de la Asamblea Nacional. Petión no tardó en persuadirse agradablemente que a la lista de los numerosos corazones que había inflamado, podía agregar un nombre más, ¡y qué nombre!, el de la hermana del rey. "Me miraba — escribió el bellaco — con tiernos ojos".

De cuando en cuando el pequeño Delfín experimentaba una necesidad que hubiera obligado a la berlina a detenerse. La reina suplía esta necesidad, empleando para ello el adecuado depósito, que vaciaba por la portezuela. Barnave desdeñó el suplirla en esta tarea en varias ocasiones.

En Claye se mudó de caballos. Villeparisis: dieron las doce. Las carrozas se ajustan en la selva de Bondy. Se está sólo a algunas leguas de París, como lo indica ya la sobreexcitación de los transeúntes. Aparece un destacamento de la guardia parisiense a caballo, que no tarda en ser seguido por tumultuosa ola de mujeres despelucadas, ebrias, furiosas, delirantes. ¿De qué infecta cloaca se vaciaba semejante espuma? Se trataba de aproximarse a la reina. Las que están más atrás, suben sobre los hombros de las que están más próximas derribando a muchas a fin de poder gritar desde más cerca a la reina que las mira con amarga sonrisa:

—¡Perra austríaca! ¡Golfá, p...!

—¡Miren cómo nos tiende a su chiquillo! ¡Bastante

bien sabemos que no es del chanco gordo que va con ella!

Pero, a partir de Pantin, bajo un sol abrasador, va a imponerse la consigna fijada por la Asamblea Nacional: "¡Silencio! ¡Un silencio absoluto! Ni un grito, ni una palabra al paso del rey". El silencio: lección para los reyes.

Pero, algunos descamisados se han subido en lo alto de la berlina, donde se convierten en saltimbanquis. Otros se han apretado contra los flancos del vehículo, a riesgo de caer bajo las ruedas que corren. Los guardias de corps, sentados en el pescante con sus libreas color gamuza, han atraído en el acto la atención del populacho. Diez veces, desde que partieran de Varenne, la muchedumbre ha querido hacerlos pedazos. Dos granaderos que marchan a ambos lados del pescante, han debido hacer los más sobrehumanos esfuerzos para librar a los dos hombres de sus asaltantes.

La entrada a París, debería haberse efectuado por la barrera de la Villette, pero la Asamblea había querido que el retorno de los soberanos fugitivos, estuviera acompañado de una solemnidad impresionante. Los coches rodearon el recinto de la ciudad para hacer su entrada por la barrera de Neuilly, a fin de que el magnífico espacio ofrecido por la barrera de Neuilly, la Avenida de los Campos Elíseos, la plaza Luis XV — llamada después Plaza de la Revolución — y el jardín de las Tullerías, sirviera de cuadro inolvidable a la manifestación que se preparaba.

Y los coches marchaban lentamente. A la simple vista, desde la barrera de Neuilly hasta las Tullerías, por esta vía más larga que una vía romana, no se ven sino cabezas apretadas una contra la otra, como espigas antes de la recolección. Un silencio de muerte. Por cada lado de la avenida una fila de guardias nacionales contiene a la apretada muchedumbre. Presentan armas, pero inclinados, con las culatas en alto, como si se tratase de pompas fúnebres.

Por lo demás, ¿no se trataba de un entierro? Funerales de una monarquía, la más gloriosa que haya existido en el mundo, entierro, en fin, de un trono más de diez veces secular.



CAPITULO IV

LAS CARTAS DE LA REINA

Llegado que hubo a las Tullerías, María Antonieta se vió más estrechamente vigilada que nunca. Guardias en todas las puertas, hasta en los techos. No podia levantarse, vestirse, ni desnudarse sino ante sus guardanes. Para dirigirse al departamento de su hijo, la escoltaban dos hombres.

La reina se siente muy aislada. Siente por su marido afecto y respeto, pero lo domina con su energía, su decisión, su actividad y su inteligencia. Por su cuñada, Madame Elizabeth, experimenta una profunda ternura, pero sus caracteres no armonizan lo suficiente y es preciso decir que difieren de opinión en los asuntos más importantes. Entre las dos mujeres, se suscitan a veces la más vivas discusiones, y sus naturalezas, las de ambas, estaban demasiado bien templadas para que cediesen fácilmente. En la continuidad de sus desgracias, de sus horribles desgracias, los comunes sufrimientos las acercan, pero por el momento, se suscitan entre ellas divergencias incesantes. Entre las relaciones que la reina ha podido conservar, no hay un consejero en quien pueda tener confianza. Uno de los dones que falta a María Antonieta, es el de leer bien en los caracteres para saber a ciencia cierta dónde colocar su confianza. No pudo, por ejemplo reconocer la sinceridad de los sentimientos que le expresaba un Mirabeau. Durante el doloroso trayecto del retorno a París, en la amplia berlina, consiguió, sin pretenderlo, conmover al constituyente Barnave. Desde ese día, las simpatías del diputado fueron suyas pero ella continuó desconfiando de él. Hombres como Mirabeau y Barnave le habrían sido de gran utilidad, pero la reina se desentendió de ellos.

Los constituyentes Duport y Lamth que le eran igualmente afectos, habían introducido junto a ella un curioso e interesante personaje, el abate Louis Dominico Louis. Este se inclinaba por las ideas de reforma. En la ceremonia conmemorativa de la federación (14 de julio de 1790), el abate Louis asistió a Talleyrand oficiando en calidad de obispo de Autun. Talleyrand sentía por él una alta estima. De hecho,

Louis era un hombre de gran valor cuya carrera se desarrolló de la manera más sorprendente. Napoleón primero le nombrará director de finanzas y hará de él el famoso "barón Louis", más tarde, también ministro de finanzas bajo Luis XVIII, y luego bajo Luis Felipe. El barón Louis, ha dejado gran reputación como el mejor ministro de finanzas que haya poseído Francia en el siglo XIX. Es suyo este famoso adagio:

—Dadme buena política y yo os daré buenas finanzas. He aquí como le juzgaba María Antonieta:

—"Es un hombre muy inteligente, gran intrigante y de aquellos que son amigos de todo el mundo y de todos los partidos". (Carta al conde de Mercy, 31 de julio de 1791).

En las condiciones en que se encontraba, las cartas escritas por la reina en períodos de angustia a los consejeros que merecían su confianza, le eran un sostén moral indispensable.

Pero dada la situación de la reina, esta correspondencia no debía ni podía mantenerse a la luz del día. Por lo tanto, existen párrafos de la misma redactados en escritura corriente, otros trazados con tinta simpática, y los más enteramente cifrados.

Los corresponsales disponían por una y otra parte, de un ejemplar determinado de "Pablo y Virginia", la novela de Bernardino de Saint-Pierre. Cada una de las cifras, señalaba la página, luego la línea, por fin el sitio en esta línea de la letra empleada. Las misivas se expedían en seguida, ya por manos de cuya fidelidad era imposible dudar, ya disimuladas en una caja de bizcochos o en un cesto de frutas, o bien cocidas en el forro de un traje o de un abrigo.

Los dos principales corresponsales de María Antonieta desde su retorno a las Tullerías, fueron el conde de Mercy-Argenteau y el conde Axel Fersen. Mercy, el inteligente consejero que María Teresa había designado a su hija; Fersen, el noble gentilhombre que había sentido siempre por la joven soberana el más generoso de los entusiasmos. Uno y otro, corazones abnegados, pero ambos, extranjeros: Mercy austriaco y Fersen sueco. Por entonces vivían fuera de Francia, y por lo mismo, los consejos que podían dar, no eran siempre de los mejores.

María Antonieta ha tomado decididamente la dirección de la real casa, y al presente se da cuenta que más de una vez, ella se ha encañado respecto de su manera de proceder, de obrar, en fin. Lo confiesa francamente al conde de Mercy:

“La situación en que me encuentro me hace desear vuestra presencia en París. Temo haberme equivocado respecto al camino que debí seguir. Necesito de vuestros consejos”. (29 de julio de 1791).

La reina ha vivido separada del pueblo francés, por la terrible barrera que formaba el mundo mismo de la Corte. Ella no sabe nada de ese pueblo que viene de pronto y tan brutalmente a meter mano en la dirección de los negocios públicos.

Una frase, que se ha hecho famosa, ha sido adjudicada a María Antonieta. Se quejaba el pueblo de carecer de pan:

—¿Pero acaso no pueden comer tortas? — habría observado ella.—Ciertamente la frase es inventada, pero no por ello es menos característica.

Así es, no sólo para entristecer, sino también para abatir la lectura de esas largas disertaciones, de esos planes y proyectos políticos, a veces militares, expuestos por la reina a Mercy, a Fersen, cuando no es a su hermano, el emperador Leopoldo que vino a suceder, en 1790 a José II. Y es para sentirse apesadumbrado, no sólo porque la materia misma excede a la competencia de una mujer, aunque una María Teresa y una Catalina de Rusia, abordaran los mismos asuntos con singular autoridad, pero es que la pobre reina se pierde en materias que ella no está en condiciones de conocer a fondo.

Sin embargo, es interesante conocer y seguir el curso de las ideas que la reina se hace del gobierno, y de los proyectos que concibe para introducir reformas y remediar los desórdenes y males del momento.

Para María Antonieta, el gobierno debería estar todo entero en la autoridad real ejercida por un príncipe honrado y bueno, amante de su pueblo. Este debería gobernar para el bien de todos y para el suyo propio, ya que el bien del rey se confunde necesariamente con el de la nación. Sobre este punto, la reina no deja de emitir ideas justas. Indica muy bien, que encontrándose el rey colocado entre partidos antagónicos, es el único que puede detener eficazmente las disensiones intestinas que hacen nacer los conflictos entre fracciones rivales; pero, por otra parte, ella no se detiene a pensar que el rey, no pudiendo hacerlo todo por sí mismo, está necesariamente obligado a contar con numerosos auxiliares que le son indispensables, y que éstos deben ser hasta cierto punto independientes y responsables. En la Francia del siglo

XVIII, condena lo que ella llama "los aristócratas" aristocracia que era para ella la llamada "clase privilegiada", la nobleza que ocupaba en la corte los altos cargos, en la armada, los altos grados, las altas dignidades en la iglesia. No. Para María Antonieta "la aristocracia" de la antigua Francia estaba formada por: los Estados en las provincias que, como el Languedoc, votaban todavía sus impuestos por sí mismos; después, los parlamentos, y en fin, hasta las corporaciones obreras. Según la reina, la Asamblea constituyente ha hecho bien en abolir este género de "aristocracia". Pero por lo que toca al resto de su "constitución" cuya abolición el rey se ha visto también constreñido a ratificar, lo considera ella una "monstruosidad".

Vale la pena también darse una idea de lo que María Antonieta piensa de la situación exterior. Como mujer que es, femenina entre las más femeninas, María Antonieta lo ve todo desde su punto de vista con la mayor sinceridad. No, ciertamente, con sentimientos egoístas, porque si el gobierno estuvo alguna vez casi totalmente ausente de un espíritu humano, fue del espíritu de María Antonieta. No logra comprender por qué Leopoldo II no interviene más enérgicamente en favor de su cuñado el rey de Francia. No puede concebir las condiciones en que se encuentra el emperador de Austria por causa misma de la corona que lleva.

Los primeros meses de esta correspondencia nos muestran a la reina procurando la salvación del rey su marido, la de los suyos y la suya propia, en la paciencia y la resignación: los franceses no tardarán en reconocer su error; pero he aquí que con el transcurrir de los días y de las semanas, la situación de la familia real y la de la Francia misma, no hacen sino empeorar a los ojos de la reina: el desorden aumenta y los peligros se tornan más y más amenazantes.

Así, entre los gritos de espanto que le arranca el peligro que crece, bajo el imperio de un temor punzante por su marido y por sus hijos que son toda su vida, el pensamiento de la reina vuelve hacia el extranjero en la angustiosa búsqueda de un salvador. Eso no obsta para que ella no haya deseado ver jamás a la Francia invadida por las armas de los Estados vecinos, saqueado el país y vertida la sangre de sus súbditos como se la ha acusado injustamente. Muy por el contrario, la reina permaneció inquebrantablemente hostil — lo que constituyó siempre motivo de vivas querellas con su cuñada Elizabeth, a los proyectos y actividades de los emigra-

dos agrupados en la frontera, en torno a los hermanos del rey. Lo que deseaba la reina, era ver reunidos en una ciudad vecina a las fronteras, Cologne o Aix—la Chapelle, lo que ella llamaba un “congreso armado”, una reunión de los representantes de las principales potencias europeas, Austria, Prusia, Suecia, Rusia, España, con una fuerza considerable que se lograra imponer al gobierno revolucionario y le obligase a devolver a Francia la paz y la tranquilidad, a reponer al rey en el trono, a devolver a la nobleza los bienes de que ésta había sido despojada y a la iglesia de Francia su constitución tradicional. La amenaza así dirigida, no debía entrar nunca en acción. El rey aparecería como mediador, como conciliador. Por gratitud siquiera, los franceses le devolverían su autoridad y todo volvería a un orden que haría renacer la felicidad y la prosperidad bajo la bienhechora dirección de la monarquía reconstituída.

Con incansable tenacidad, Maria Antonieta no cesa de impulsar a Mercy y a Fersen para que se esfuercen en realizar su sueño. Proyectos éstos, evidentemente de una concepción infantil. ¿Cuál habría sido en Francia el efecto de un manifiesto suscrito por los Estados extranjeros coaligados? No se tardaría en juzgar de él por la muy famosa proclamación que lanzará desde Coblenza el duque de Brunswick. Por otra parte, en Valmy, la armada alemana será dispersada por la artillería francesa como una bandada de perdices a la proximidad del cazador.

¡Qué atrozmente peligrosa va a tornarse la pendiente sobre la cual la reina se ve así fatalmente impelida!

En su deseo de ver restablecidos en Francia blasones y escudos, cuya abolición ha decretado la Asamblea, pedirá ella la desaparición de la bandera tricolor que les ha reemplazado, de esos tres colores, de Valmy acá gloriosamente amados para el corazón de los franceses; llegará a lamentar los triunfos mismos obtenidos por sus súbditos sobre las armas extranjeras. Es verdad que ella consideraba que estos triunfos no constituían sino un lamentable obstáculo para la felicidad y la prosperidad de Francia. Y sólo por ello es dable comprender—nunca excusar la crueldad, la maldad, la obscenidad de que se hizo gala — la antipatía y los sentimientos de odio que se formaron contra la austriaca, acrecidos y exasperados por el desencadenamiento de pasiones que produjeron los horrores del terror.

Por todo este cúmulo de circunstancias, ¿no habría sido

la acción de la reina, nefasta a la propia causa que ella quería defender?

Ciertamente, Luis XVI, débil e indeciso, no era de ningún modo el hombre que requerían las circunstancias. Pero su bondad misma, que por lo demás no estaba desprovista de finura, le hubiera inclinado a elegir un camino menos violento. En cambio, la acción de María Antonieta, por su carácter resuelto y a veces imperioso, muy nervioso, y por la decisión tan femenina que la caracterizaba nos parece haber sido, a causa misma de la fatal nobleza con que procedió siempre respecto del rey y del Delfín a quienes colocaba sobre todas las cosas, nefasto a la monarquía, de la cual tenía ella tan alta concepción.

CAPITULO V

ULTIMO TIEMPO EN LAS TULLERIAS

(26 de junio de 1791 - 9 de agosto de 1792)

El populacho llegaba hasta las ventanas de las Tullerías, donde solía sentarse la reina, ocupada en alguna labor de aguja, a vomitar contra ella los peores ultrajes.

Y como el pequeño Delfín escuchase que decían delante de él:

—“Es feliz como una reina”.

—No es cierto — decía — porque mamá está siempre llorando.

El niño adoraba a su madre. Esta le reprochaba el que a los cinco años, todavía no supiera leer:

—Sabré leer para el año nuevo, mamá — le contestaba.

—A fines de noviembre — cuenta la duquesa de Tourzel — dijo a su preceptor:

—“Es preciso que sepa leer para el primero de año, porque se lo he prometido a mamá.

—Pero — le observó el abate d’Avaux, sólo falta un mes para esa fecha.

—Dadme, os suplico, dos lecciones por día. Me aplicaré cuanto sea necesario.

“Y, el día señalado, el pequeño Delfín de cinco años entró a la habitación de su madre, sosteniendo en sus brazos un grueso volumen:

—Querida mamá, he aquí mis felicitaciones: ¡ya sé leer!”

Luis XVI ha creído deber suyo el separarse de los ministros girondinos, Servan, Roland, Clavières (12,13 de junio de 1792); motivo en París, o mejor dicho, en los clubes que sobreexcitaban los diversos barrios, de una nueva, agitación. El cervecero Santerre, el carnicero Legendre, el capuchino Chabot, Fournier el Americano, se pusieron a lo suyo: obligar al rey a llamar de nuevo a “los buenos ministros” y a sancionar los decretos. Se trataba de dos decretos, uno contra los emigrados, otro contra los curas no juramentados, es decir, contra aquellos que no habían querido someterse a la constitución civil, decretos a los cuales el rey Luis XVI había puesto su “veto” lo que suspendía su actividad, conforme al derecho que acababa de reconocerle la Asamblea constituyente.

El pretexto para agitar a los patriotas y lanzarlos contra las Tullerías, era el conmemorar el aniversario del árbol de la libertad, plantado en la terraza de los Fuldenses (Tullerías) un año atrás.

El 20 de junio, al despuntar el día, vióse formar una masa heteróclita, o como dice un historiador moderno, una masa donde “dominaba lo burlesco”. La banda, en la cual se confundían los elementos más diversos, engrosaba de instante en instante. Ladrones, buhoneros, afiladores, vagabundos, granujas, algunos guardias nacionales, mucha gente sin oficio o de oficio inconfesable; un “batallón de mujeres” con sables, espadas, pistolas, sartenes y, además, — ¡oh, maravilla! — “doscientos inválidos centenarios”, de los cuales el “Revolucionarios de París” — un periódico de la época — habla emocionadamente. La “Selva ambulante de las picas”, en medio de la cual flotaba un pantalón viejo a manera de estandarte, una selva en que los disonantes clamores reemplazaban el canto de los pájaros, comenzó por invadir el edificio en que funcionaba la Asamblea Nacional. Esta, la Asamblea, debió contemplar el desfile, salpimentado de gritos y de arengas, durante tres horas. Con “diversos movimientos”, los diputados testimoniaban su simpatía a los manifestantes, expresando un entusiasmo cuya since

ridad no igualaba quizás a sus apariencias. Francisco de Nantes, su presidente, se colocaba aparatosamente la mano sobre el corazón para declarar a esa corte de bravos que podían fiarse a la vigilancia y autoridad de la Asamblea, que sabría entablar y reprimir "los crímenes de los conspiradores".

La "selva ambulante" estimó que era más seguro "entablar y reprimir" por sí misma; y he aquí a la brava chusma en camino a Palacio.

La familia real se encuentra reunida.

Son las cuatro de la tarde. Un ruido confuso, como el de un océano que se desborda, surge a lo lejos y va acentuándose. El rumor de un trueno que estalla, en el medio del cual se perciben alaridos y clamores. El Palacio es invadido por ruidosa muchedumbre.

—¡A muerte! ¡A muerte!

Las rejas del palacio no estaban cerradas. En breves instantes penetran los asaltantes en su interior, derribando a hachazos las cerradas puertas. Llegados a presencia del monarca, los valientes se pusieron a insultarle. Luis XVI conservó una gran calma. En circunstancias como éstas, su plácida naturaleza, un poco indolente, le prestaba una fuerza de resistencia que se elevaba hasta la dignidad. Se le atropellaba, se le injuriaba. "Se le dijo multitud de necesidades", confesó el diputado jacobino Miguel Azéma. En el tumulto dominaban las interperclaciones:

—¡Llamad a los ministros!... ¡Sancionad los decretos!... ¡Nada de veto, Veto Gordo!...

El rey respondía con calma y no sin autoridad:

—No es el momento de decidir sobre tan serias medidas; es preciso reflexionar y tomar consejo. Poseo como vosotros un corazón patriota. Amo a mi país y amo a mi pueblo.

Y, avanzando hacia uno de aquellos que con el cuello tendido y los ojos inyectados, le mirase con una mirada cargada de odio, retiró de la cabeza del descamisado su bonete rojo para cubrir con él la suya.

El calor era sofocante. Entre las gentes que llenaban la sala se descorchaban botellas y se llenaban los vasos. Fué preciso que el rey bebiese a la salud de la Nación:

—¡El rey está bebiendo!...

El furor del pueblo se tornaba en buen humor.

Mientras tanto, encerrada en la cámara del Delfín con la duquesa de Luynes, la princesa de Lamballe y el duque de Choiseul, la reina temblaba por la vida de su marido. Insistía para que se la permitiese ir a su encuentro. Se la respondía que eso sería exponerse a una muerte segura:

—¿Qué puedo temer? ¡Lo peor sería que me mataran!... Dejadme acudir cerca del rey donde mi deber me llama.

En este momento, llegaron algunos granaderos que habían permanecido fieles a su soberano. Hicieron salir a María Antonieta y la arrastraron con madame Royale y el Delfín a la sala del Consejo.

Poco después, derribando la puerta a hachazos aparecieron los insurgentes.

Los granaderos habían colocado delante de María Antonieta y sus hijos la gran mesa en torno de la cual el consejo de ministros tenía costumbre de tomar asiento. La reina contempló esas bocas lívidas, esos rostros llenos de sangre, esos puños tendidos: una masa humana temblorosa de la cual ella y sus hijos estaban apenas separados por la anchura de unas tablas. "La reina está de pie, — escriben Edmundo y Julio de Goncourt — madame Royale a su derecha apretándose contra ella. El Delfín, abriendo muy grande sus ojos, como suelen los niños, a su izquierda. Los hombres, las mujeres, las picas, los cuchillos, los gritos, las injurias, todo se dirige a la reina. De entre estos caníbales, uno le muestra un puñado de varillas donde están escritas estas palabras: "Para María Antonieta". Otro balancea sobre su cabeza una pequeña horea, de la cual cuelga una muñeca vestida de mujer. Otro, bajo los ojos de la reina, que no baja sus miradas, adelanta un trozo de carne cortado en forma de corazón que sangra sobre una tabla".

Tanto a la reina como a su hijo se les ha colocado brutalmente el gorro frigio. Mujeres despelucadas le escupen al rostro inmundicias por las cuales María Antonieta hubiera tenido vergüenza de enrojecer. Se limita a responder con voz tranquila:

—¿Me habéis visto acaso jamás? ¿Os hice daño alguna vez? Se os engaña: soy francesa. ¡Era dichosa cuando vosotros me amabais!

Y he aquí que al influjo de esta voz dulce y triste,

de esta mirada hermosa y melancólica, de esta calma que apacigua la tempestad, el furor se derrumba sorprendido. La piedad penetra en los corazones, la humanidad recupera su imperio sobre esas gentes del pueblo, embrutecidas de alcohol y embriagadas de calumnia. Aquellas que vomitaban ultrajes, tensa la garganta, permanecen silenciosas y dejan correr las lágrimas sobre sus rugosas mejillas:

—¡Pero estas mujeres están borrachas! — brama el cervecero Santerre.

Se encoge de hombros, y se aproxima a la mesa, donde se acoda esbozando una mueca. Pero, he aquí que sus labios también se cierran porque a su vez la reina le ha mirado con su profunda mirada. El cervecero balbucea algo. ¿También habría bebido demasiado? Y, para disimular su emoción:

—¡Quitad el gorro a ese niño! — dice volviéndose hacia el pequeño Delfín. — ¡Mirad: qué calor tiene!

Pobre chiquillo que al día siguiente, mientras miraba una presentación de armas en el Palacio, dirá a su madre: —Mamá, ¿va a comenzar de nuevo lo de ayer?

María Antonieta lloraba, angustiadísima: “¡Me asesinarán! ¿Qué será de mis hijos?”

El 4 de julio la reina escribía al conde de Mercy-Argenteau:

“Conocéis ya los sucesos del 20 de junio; nuestra situación se hace cada día más crítica. No hay más que violencia y rabia por un lado, debilidad e inercia por el otro. No se puede contar con la guardia nacional ni con la armada”.

En la Asamblea Nacional, un Vergniaud, un Brissot, gritan con violencia contra lo que llaman “las traiciones de la Certe”, de las cuales traiciones la reina sería la instigadora. “Una reina perversa, clama Marat, fanatiza a un rey imbécil y educa sus lobeznos para la tiranía”.

El jardín de las Tullerías que había permanecido cerrado durante algunos días después del 20 de junio, ha reabierto sus puertas.

Bajo las mismas ventanas de las Tullerías, sobre esta terraza de los Fuldenses, donde, durante todo el siglo XVIII se habían reunido los más famosos novelistas para discutir la opinión del día, peroran grupos hostiles y sólo interrumpen sus discusiones para gritar amenazas que vienen a he-

rir los oídos de la reina. Allí gustan de detenerse buhoneros que venden inmundas estampas donde figura María Antonieta en repugnantes escenas. Hacen llegar hasta ella a gritos los títulos de los panfletos escritos en su contra con el lodo del arroyo. A menudo la reina, a pesar de su firmeza y su resignación, se ve obligada a retirarse al interior de sus departamentos. Después, a momentos, recobra el valor. Quiere ir al propio jardín para decir a ese pueblo ofuscado::

--La verdad es que yo os amo y soy francesa... ¡No seré francesa, yo, la madre de un Delfín!

Pero luego detiene sus pasos en medio de la habitación que ya cruzaba. Querría recuperar sus ilusiones perdidas, pero se siente impotente. ¿Qué podría la voz de una mujer en medio de la tempestad? La calumnia tiene cien, mil, y cien mil voces para ahogar la suya: posee los órganos de la prensa, las arengas de los clubes, las diatribas de los libelistas. Posee, además, la tribuna de la Asamblea.

Los panfletos inmundos, compuestos contra la reina de Francia se exhibían en los escaparates de los libreros. En vano la policía, por el orden del ministro, quería recoger los. Algunos ejemplares se suprimen para que aparezcan otros en mayor número. Uno de los más conocidos lleva el siguiente título: "La Mesalina francesa o las noches de la duquesa de Polignae"; ésta, como se sabe, era una de las mejores amigas de la reina. El 22 de julio de 1790, durante un registro policial, efectuado en el pasaje de Valois, en casa de un comerciante de vinos, se encontraron 45 ejemplares del susodicho folleto, mezclados a 87 de otro de la misma categoría, cuyo título era: "La vida privada, libertina y escandalosa de María Antonieta". La lista de estos horribles escritos que sublevan el corazón por su pornografía vulgar e irritan el pensamiento por la bajeza de su maldad, sería largo de establecer. "Los furores uterinos de María Antonieta, mujer de Luis XVI"; "Los postreros suspiros de la ramera"; "Los regalos de la diosa Ebe a la Mesalina real". Algunos de estos panfletos están ilustrados con imágenes repugnantes que los buhoneros hacen admirar a manera de réclame a la muchedumbre que se pasea

en el jardín, bajo los propios ojos de la real familia; y los imbéciles ríen con sus burlas.

Suben las canciones hasta la reina:

La señora **Veto** había prometido
hacer ahorcar a París.

Los guardias del jardín quieren hacer callar a los cantantes que responden con groserías; se traba una pendencia y los buhoneros van a quejarse a la Asamblea Nacional, que les admite a los honores de la sesión.

La reina se imponía el pasear diariamente por el jardín en bien de la salud de sus hijos, pero la aecgían con injurias. Generalmente la desgraciada madre se veía obligada a volver en seguida con sus hijos a palacio.

En los últimos días de julio fué preciso renunciar enteramente a los paseos.

La estancia de la familia real en las Tullerías, fué señalada por una tentativa de asesinato. Cierta noche, hacia la una de la mañana, María Antonieta, que no dormía, conversaba con madame Campan. Un rumor de pasos ahogados llegó hasta ella. En el corredor, un hombre caminaba con precaución, deteniéndose por momentos para prestar oídos. Todo el aspecto, en fin, del individuo que teme ser descubierto. Un criado, a quien madame Campan se apresuró a prevenir, se lanzó sobre el desconocido, desarmándole:

—¡Oh, señora! — exclamó el fiel servidor. — ¡Le conozco, es un malvado!

La reina intervino:

—Soltadle; venía para asesinarme: si le hacemos prender, mañana los jacobinos le llevarán en triunfo.

Luego, volviéndose hacia su camarera:

—¡Qué situación! ¡Ultrajes en el día y asesinos en la noche!

Después del incidente, los administradores del palacio hicieron cambiar la cerradura, y, por deseo de Luis XVI, María Antonieta dejó su departamento del piso bajo para ocupar en el segundo, una cámara que le cedió madame de Tourzel. Para extremar las precauciones se instaló en el aposento de la reina un perrillo, cuyos ladridos la despertarían por la noche en caso necesario.

Maria Antonieta había dudado antes de aceptar el cambio de habitación, por temor de contrariar a la gobernante de sus hijos.

“La reina — escribe esta última — era tan buena y se preocupaba tanto de cuantos le eran afectos, que temía ocasionarles la más pequeña molestia. Nunca fué la soberana más tierna ni demostró mayor sensibilidad y gratitud por la abnegación que se le testimoniaba y jamás se ocupó tanto de ser agradable a las personas de su círculo como antes. ¿Habría podido imaginarse que una reina de Francia pudiese llegar a verse reducida a mantener un perrillo en su habitación para que la advirtiera del menor ruido que se hiciera oír en su departamento?

Entre estas pruebas, contrariamente a lo que se habría podido imaginar, la salud de la reina, lejos de alterarse, se había por el contrario robustecido. En la época de los brillantes días de Versalles, solían acometerla crisis nerviosas. Estas habían desaparecido. Lo que la hacía repetir a este respecto:

—Las enfermedades nerviosas son para las mujeres felices.

La jornada del 20 de junio hizo florecer en algunos corazones generosos, proyectos nuevos de evasión.

El príncipe Jorge de Hesse la hizo exponer el proyecto que había concebido, pero en el cual proyecto sólo era posible salvarla a ella. María Antonieta le rechazó en el acto:

—¡No me salvaría jamás, abandonando a los míos!

Decía a la duquesa de Tourzel:

—Mi decisión está tomada; consideraría una maldad terrible abandonar en el peligro al rey y a mis hijos. Por otra parte, ¿qué sería para mí la vida, privada de tan amados seres?”

Documentos publicados por Máximo de la Rocheterie en su bella “Historia de María Antonieta”.

En la noche del 24 al 25 de julio, Madame Campan recibió aviso que el populacho se aprestaba a asaltar de nuevo las Tullerías. Se trataba de llevarse al rey. El toque de rebato sonaba sin cesar. La camarera de la reina quiso despertarla. Luis XVI se opuso.

—La reina está harto fatigada.

Cuando despertó, María Antonieta reprochó vivamente a su fiel criada el no haberla arrancado de su sueño:

—No estaba tan cansada como se suponía. La desgracia proporciona fuerzas. Madame Elizabeth estuvo cerca de su hermano presta a darle valor, mientras yo dormía, yo, que sólo quiero morir a su lado. Soy su mujer y no quiero que corra el menor riesgo sin mí.

Pero la reina era demasiado clarividente para no sentirse desolada por la debilidad de carácter de su marido:

—El rey — decía — tiene miedo a mandar, y teme, más que a otra cosa alguna, hablar a muchos hombres reunidos. Algunas palabras bien acentuadas, dirigidas a los parisien-ses, centuplicarían las fuerzas de nuestro partido, pero el rey no las dirá... Por lo que a mí respecta, podría proceder y aún montar a caballo, si hacía falta, pero si yo actuase, sería dar mayores armas a los enemigos del rey. El grito contra "la austríaca", contra la dominación de una mujer, sería general en Francia. Una reina, en las circunstancias en que estamos nosotros, sólo se puede preparar a morir.

Los marseleses habían hecho su entrada en la capital en grupos vocingleros, pero que, por haber hecho resonar en los aires los ecos del himno sublime de Rouget de L'Isle, compuesto en Estraburgo, tuvieron la gloria de dar su nombre al canto nacional de los franceses. Ultimamente, M. Marcel Marion, ha escrito en detalle los hechos y gestas de esos fanfarrones, que volvieron a su costa azul, después de haber cantado mucho, baladronado mucho, chillado mucho, fanfarroneado y masacrado a los defensores de las Tullerías, en la jornada del 10 de agosto de 1792, circunstancia en que perdieron, sin embargo, una centena de hombres.

El manifiesto del duque de Brunswick, lanzado desde Coblenza, el 25 de julio de 1792, debería sobreexcitar en extremo las pasiones desencadenadas. Luis XVI se apresuró a desmentir su forma y su intención en un mensaje en la Asamblea Nacional. Es cierto que en la redacción del documento, él no había tenido parte alguna; no es menos cierto que el documento era contrario a sus opiniones, en sus puntos esenciales, pero no por ello el desagradable manifiesto contribuyó menos a precipitar los acontecimientos.

El 3 de agosto, Petión, sucesor de Bailly en la alcaldía parisienne, en nombre de cuarenta y cinco secciones de

la capital pedía a la Asamblea la destitución del rey. Durante este tiempo, se alejaban los últimos defensores capaces de formar un parapeto a la monarquía atacada: un regimiento de línea, y los dos tercios de lo que quedaba del cuerpo de guardias suizas.

El terror reinaba en París. Los raros diputados que no habían hecho trofeo ostensible de su hostilidad contra la familia real, eran diariamente injuriados y mal vistos. Hombres armados de picas, con el gorro frigio encasquetado, se hacían introducir en la Asamblea Nacional para propalar las mociones más incendiarias.

Así llegamos a las jornadas del 9 y 10 de agosto de 1792, de las cuales Luis Madelin en su "Historia de la Revolución", ha trazado un cuadro vivísimo.

Bandas de hombres armados comenzaban a rodear las Tullerías, estando el palacio constantemente amenazado por cañones establecidos sobre el Puente Nuevo y sobre las terrazas. La guardia nacional, amontonada en los jardines, testimoniaba propósitos hostiles. Luis XVI bajó para pasarle revista. ¡Ah!, en estas circunstancias, era el hombre más contrario a lo que hacía falta, al hombre que habría sabido por instinto encontrar la palabra que electriza, haciendo caer la malevolencia para transformarla en sentimientos de adhesión. Pero el rey caminaba lentamente, pesadamente, con los ojos rojos e hinchados, repitiendo con voz sorda y lenta: "Amo a la guardia nacional".

"Lo veo todavía — escribe Frenilly — pasando ante nosotros, como con el temor de perder pie y con un semblante que parecía decir:

"—Todo está perdido.

"Mientras que los soldados desbandados le seguían, gritando: "¡Abajo el rey! ¡Abajo el grueso cerdo!"

Una parte importante de la Asamblea Nacional, comprendida en su mayoría por miembros de la izquierda, se había reunido en la sala del Trabajo.

En palacio, Roederer, procurador síndico del departamento del Sena, decía ante el rey y a los suyos:

—¿Por qué Su Majestad no irá a refugiarse entre los diputados?

—¿En el seno de la Asamblea?...

—Sire, Vuestra Majestad no tiene otro partido que tomar.

Sólo la reina protestaba.

—¡Pero aún nos quedan fuerzas! ¡Tan abandonados estamos? ¡Nadie puede ayudarnos?

Roederer insistía:

—El tiempo apremia.

Y Luis XVI, volviéndose hacia su mujer:

—Vamos...

“**Marchaban al cadalso**”, subraya Madelin.

Un joven oficial corso, agrega el eminente historiador, miraba desde la terraza de las Tullerías a Luis XVI marchar sin resistencia. Entonces dijo simplemente: **Che cog lione!**

“Pensativo, el capitán Napoleón Bonaparte miraba hundirse el trono, mientras el populacho invadía las Tullerías”.

Llegado que hubo con su familia a la Asamblea Nacional:

—He venido aquí — dijo con voz conmovida — ;ara evitar un gran crimen.

El alemán Bolmann, que asistía a la sesión, dijo que el rey parecía aturdido y sin fuerzas, mientras que otro de los asistentes escribió que era preciso admirar constantemente el aire digno de la reina.

Luis XVI se mantenía a la izquierda del presidente (el abogado Margarita Elías Guadet). Más lejos estaba María Antonieta, que había colocado al Delfín a su lado. Hacía un calor sofocante. La frente del niño estaba empapada en sudor. Su madre quiso enjugárselo, pero su pañuelo estaba a su vez empapado y rogó al duque de la Rochefoucauld que le prestara el suyo. El duque se lo tendió. Pero éste estaba rojo de sangre, de sangre vertida en las Tullerías.

En estos momentos se elevó una voz:

—¡Que se conduzca al Delfín al lado del presidente! ¡La “Austriaca” es indigna de su confianza!

Entonces un húsar vino a coger al niño, que se tomaba a las faldas de su madre y se debatía, llorando.

CAPITULO VI

LOS FULDENSES

(10-13 de agosto de 1792)

A las 2 de la mañana, la familia real fué trasladada al convento de los Fuldenses, vecino a la sala donde funcionaba la Asamblea. Se pusieron en camino bajo la luz roja de las antorchas, y pasaron por entre las filas de picas, rojas con la sangre de los guardias suizos masacrados. Avanzaban lentamente a causa del populacho que se apretujaba para acercarse a los soberanos, vociferando y cantando refranes groseros.

En los Fuldenses, Luis XVI y los suyos se encontraron con el siguiente alojamiento: cuatro celdas deshabitadas desde hacía mucho tiempo, embaldosadas con ladrillos separados, rotos o destruídos.

Los muros habían sido blanqueados con cal y amoblados a toda prisa.

—Mamá me ha prometido — decía el Delfín — acostarme en su cuarto, porque me he portado bien con esos hombres malos.

Hubo que colocarlo en la celda destinada a madame de Tourzel.

Afuera, los centinelas contenían a duras penas a la multitud insolente que hablaba de despedazar a la reina, tratando de arrancar los barrotes que la separaban de ella. “Cada vez que volvía mis ojos hacia esa reja—escribe un llamado Dufour, que ha dejado un pintoresco relato de los acontecimientos — creía estar en una “menagerie”, y ver las bestias feroces cuando alguien se presenta ante los barrotes de sus jaulas”.

La familia real se vió obligada a pasar por delante de esa reja cuatro veces al día durante su estadía en los Fuldenses, por lo que se podrá juzgar de todo lo que tuvo que soportar y oír.

—¡Muera la reina! ¡Muera la reina! — gritaban roncadas voces.

—Pero, ¿qué ha hecho la reina? — murmuraba el rey.

Algunos energúmenos habían logrado entrar hasta el corredor con el cual comunicaban las celdas. Cuando ocurría que alguna de las camareras de la reina asomaba la cabeza hacia el exterior, era recibida con alaridos. Un sinnúmero de descamisados trepados unos en los hombros de los otros, trataban de escalar las ventanas. Se procuraba masacarar al “grueso Veto” (nombre injuriosamente dado al rey).

La familia real había sido acompañada por la princesa de Lamballe, la duquesa de Tourzel, Mme. Aughié, mujer del Administrador General de Correos y hermana de Mme. Campan, y por Mme. Daigremont, cuyo marido era tapicero de la Asamblea Nacional.

Al desvestirse para acostarse sobre un duro camastro, María Antonieta se dió cuenta de que “los patriotas” le habían robado su bolso y su reloj.

Trazo final, que coronaba la hazaña dignamente.

La reina se acostó, cerró los ojos, y después de haberse subido las mantas, se tapó los oídos; los gritos de “¡tírennos su cabeza!” llegaban todavía hasta ella.

A la mañana siguiente, algunas damas vinieron a presentarle sus respetos y sus adhesiones. María Antonieta las recibió con los ojos llenos de lágrimas. “Vengan, vengan mujeres desgraciadas a mirar una mujer mucho más desgraciada que vosotras mismas, puesto que es la causante de vuestras desdichas!”, y agregó: “Estamos perdidos; vamos llegando al final del camino a que hemos sido conducidos después de tres años de los peores ultrajes; sucumbiremos bajo esta terrible revolución”.

“Todo el mundo ha contribuido a nuestra pérdida”.

Después de las 10 de la mañana, el rey y la reina tuvieron que volver a la Asamblea legislativa, donde fueron instalados en el palco del logógrafo llamado hoy “estenógrafo”. La Asamblea ya estaba llena de gente. Se ahogaban. Iban de la Asamblea a los Fuldenses, para volver a la Asamblea. Durante los tres días que estuvieron en los Fuldenses, el rey y la reina tuvieron que hacer el trayecto ma-

ñana y tarde, acompañados de una escolta que a duras penas los protegía contra los enfurecidos.

En el jardín mismo del convento, un particular que por sus vestidos parecía ser a lo menos decente, se acercó a la reina y le mostró brutalmente el puño amenazador:

—¡Infame Antonieta! Querías que los austriacos se bañaran en nuestra sangre. ¡Lo pagarás con tu cabeza!

En la mañana del martes 13 de agosto de 1792, María Antonieta se despidió de sus acompañantes, la princesa de Lamballe, la duquesa de Tourzel, Mme. Aughié y Daigremont. En el momento de la separación, Mme. Aughié pudo entregarle a la reina 1,200 libras en oro que tenía costumbre llevar sobre ella para alguna circunstancia imprevista. Este acto de bondad llegaría después a conocimiento de las autoridades y determinará el arresto del marido de esa buena mujer.

CAPITULO VII

EL TEMPLE

(13 de agosto de 1792-1.º de agosto de 1793)

La Asamblea había comenzado por decidir, que la familia real fuera definitivamente instalada en el ministerio de la justicia, plaza Vendome, pero los delegados de una de las secciones parisienses, lograron demostrar que "los detenidos podrían tener la facilidad de escapar por las catacumbas!"

El 13 de agosto de 1792, Luis XVI, su esposa, su hermana Madame Elizabeth, su hija Madame Royale y su hijo el Delfín, fueron transportados a la Torre del Temple, ruda y sombría fortaleza, con muros de dos metros de espesor. Los templarios la habían hecho construir en el siglo XIII para la defensa de la ciudad de París.

Manuel, comisario de la municipalidad, procedió a la instalación. Al final, Manuel se sentirá conmovido por las virtudes de la soberana, pero por el momento, creía de su deber hacer "frases".

Expuso a la reina que todas las damas todavía cerca de

ella para servirla, Mme, de Lamballe, Mme, de Tourzel y Mme. Campan, deberían alejarse.

—Pero yo os daré para vuestro servicio, señora, mujeres de mi confianza.

—No las necesito — respondió María Antonieta — mi hermana (Madame Elizabeth hermana del rey) y yo, nos serviremos recíprocamente.

—Muy bien, señora, como gustéis. Si os servís vosotras mismas, no os vereis embarazadas por las molestias de la elección.

Por lo que toca a “la toilette”, este servicio había llegado a ser de la mayor sencillez. El traje de María Antonieta como el de su cuñada consistía en un traje blanco de bombasi. Un gorrito de linón blanco, adornaba habitualmente su cabeza. Tal era su traje hasta mediodía. En la tarde, María Antonieta se ponía un vestido de tela obscura con pequeñas flores. Esta fué su única elegancia hasta la muerte del rey.

Ocupaba su tiempo en hacer tapicería y luego después, en zuzcir los calcetines del rey y los de su hijo. También se habituó a remendar la ropa del rey mientras éste se encontraba en su lecho y a colocar parches en sus camisas. Cuida mucho, como le ocurre al rey, del único abrigo que este posee, un abrigo que le es muy querido porque él lo ha hecho hacer del mismo color de los cabellos de la reina.

Luis XVI leía mucho. La principal ocupación de María Antonieta era el bordado, la de Mme. Elizabeth, la oración.

En los primeros tiempos de su residencia en el Temple, la mesa de la familia real fué abundante, más aún, casi ricamente servida. Sobre este punto, nos han quedado reseñas precisas, gracias al “Testimonio sobre la detención de Luis XVI y de su familia”, redactado por el oficial municipal Charles Goret.

Una habitación de la pequeña torre del Temple, servía particularmente de comedor a los prisioneros. En la mesa, presidía el rey rodeado de su familia: la reina, Madame Elizabeth, Madame Royale y el Delfin. Dos municipales con la cabeza cubierta conforme a la consigna, ceñidos con su faja, no cesaban de vigilarles.

La familia real estaba autorizada para permanecer reunida hasta las tres de la tarde, hora en que la reina, Madame Elizabeth y Madame Royale, debían retirarse.

Por un documento que está fechado a principios de septiembre de 1792, sabemos que Luis XVI y los suyos tenían en esta época en el Temple, doce oficiales de boca para servirles: maestro de cocina, pastelero, cantinero, ayudantes, mozos y criados.

Nuestros jacobinos escuchaban todavía los ecos de la majestad soberana. En septiembre de 1792, el servicio de la mesa de la familia real en el Temple contaba aún en plata con: una sopera, dieciocho cubiertos, un cucharón de sopa, ocho cucharas para café, dos cafeteras y ocho cuchillos. A la hora del desayuno servían a Maria Antonieta y a los suyos: siete tazas de café, seis de chocolate, un pote de crema dulce, una garrafa de jarabe, otra de tisana de cebada, tres panes de mantequilla, una bandeja con frutas, seis panecillos, tres panes grandes, azúcar en polvo y azúcar en trozos.

Para la comida, se presentaba a los prisioneros los días corrientes, tres guisos diferentes, cuatro entradas, dos clases de asado, cada uno dividido en tres trozos, cuatro entremeses. Los días de vigilia, tres guisos, cuatro entradas, tres o cuatro platos de pescado y cuatro o cinco entremeses. Para el postre, se les daba cuatro bandejas de frutas diversas, tres clases de compotas, tres panes de mantequilla, y azúcar. Como bebida, burdeos, champña, una botella de malvasisco y otro de madera.

La comida comprendía tres guisos diversos. Los días corrientes, dos entradas, dos asados, cuatro o cinco entremeses. Los postres como en la comida, añadiendo el café.

La abundancia del servicio en los días de vigilia provenía de que el rey observaba ésta rigurosamente con abstinencias y ayunos, mientras que los miembros de su familia, por razones de salud, sin duda, no creían de su deber someterse tan rigurosamente a las prescripciones de la Iglesia.

Al joven Delfin se le servía aparte.

El postre se reservaba a los tres criados de la Torre, que hacían pasar los restos, aumentados con algunos platos, pan y vino a la cocina y al repostero.

Poseemos estos datos por los documentos publicados por G. Lenotre en su preciosa colección, "Maria Antonieta, la cautividad y la muerte".

Madame Royale, la hija de Luis XVI ha dado, de la vi-

da que sus padres llevaron en la prisión los primeros tiempos de su estancia en ella, la descripción siguiente:

“El rey se levantaba a las siete y oraba hasta las ocho. En seguida se vestía, asimismo lo hacía su hijo hasta las nueve, hora en que se dirigía a desayunar con la reina. Después del desayuno, el rey daba lecciones al Delfín hasta las once. En seguida el niño oraba hasta mediodía, momento en el cual toda la familia hacía su paseo, cualquiera que fuese el tiempo que hiciera, porque la guardia, que se relevaba a esa hora, quería asegurarse de la presencia de todos los prisioneros. El paseo duraba hasta las dos, hora en que se comía. Después de comer, sus Majestades jugaban al trictrac o al piquet a fin de poder decirse algunas palabras. A las cuatro, la reina subía con su hermana (Madame Elizabeth) y sus hijos porque entonces el rey dormía ordinariamente. A las seis, el Delfín bajaba para tomar sus lecciones de su padre y jugar hasta la hora de cenar. A las nueve, después de la cena, la reina le desvestía prontamente y le metía en su lecho. Las princesas subían en seguida. El rey no se acostaba hasta las once”.

La reina tenía en su habitación un clavecín en el cual daba lecciones a su hija.

Tal fué, pues, la vida de la familia real en el Temple durante los primeros meses; pero los rigores, las restricciones, una vigilancia de más en más minuciosa, de más en más hostil, no tardaron en hacer su aparición, para ir acentuándose de día en día.

Dos guardias fueron colocados junto a María Antonieta para observarla estrechamente de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Ni un gesto, ni una mirada, ni una palabra, que no tuviese testigos y delatores. Ni un sólo segundo en que se poseyera ella misma o poseyese a su familia. Siempre hombres en torno de ella que la espían en los ojos, que seguían el movimiento de sus labios, que sospechaban hasta de su silencio. Espías que la seguían a su aposento, donde ella se refugiaba para cambiarse de ropa. Durante la misma noche, en la antecámara en que precedentemente se acostaba la princesa de Lamballe, se han instalado guardias municipales que velan. La reina es espíada hasta durante su sueño.

Se habían colocado soldados de la Legión Marsellesa en todos los pisos de la torre donde se encontraba la reina. Cuan-

do María Antonieta subía después del paseo que había hecho en el jardín con su hijo, los soldados le cantaban alegremente el couplet de la canción de Malborough:

“Madame a sa tour monte,
ne sais quand descendra”.

Este paseo al jardín que ella se imponía en bien de la salud de sus hijos, era para la reina un suplicio. Durante los momentos en que ella salía o entraba, en el piso bajo de la torre, los carceleros de facción, esos individuos que se llamaron Risbey y Rocher, le arrojaban al rostro el humo de sus pipas. A caballo en las sillas, colocados en círculo, los guardias municipales reían de las muecas que el olor del tabaco la obligaba a hacer. Seguían con los ojos la azulosa humareda que penetraba en la masa espesa de sus cabellos, para desvanecerse, ligera, en seguida, como hebras de fino algodón. En el jardín, los soldados tenían orden de cubrirse delante de ella. A veces, cantaban en ronda el “Ca ira”; los obreros que trabajaban constantemente en la reparación de las murallas, decían en voz alta, que preferirían servirse de sus herramientas para cortar la cabeza a “la austriaca” que emplearlos en reforzar su prisión.

Los delegados de la Comuna (municipalidad) parisien se, que estaban encargados de regir la detención de la familia real, habían formulado esta consigna precisa:

“Al entrar a presencia de la reina, se conservará el sombrero puesto”.

Principio de igualdad. Uno de esos delegados, Juan Francisco Lepitre, escribe:

“Vi en los aposentos de la reina al llamado Marcereau, picapedrero, en el más inmundo de los trajes, tenderse sobre un canapé de seda, y justificar el hecho en nombre del principio de igualdad”. Los guardias municipales venían sistemáticamente a colocarse, sentados en sendos sillones, ante la chimenea, con los pies en los morrillos, “de modo — escribe Lepitre — que quitaban a las princesas la posibilidad de calentarse”.

Como en las Tullerías, los más sucios libelos publicados contra la augusta prisionera, ignominias cuya lectura hoy día no sería posible soportar sin producir náuseas; los

panfletos de Boussenard, "la Pareja Real en derrota", "la tentación de Antonieta y su cerdo", "Antonieta en la cueva", etc., se escribían en los muros. Y como dicen los hermanos Goncourt: "hay, sobre todos esos ultrajes a la reina, otro, más vergonzoso, que jamás, pueblo alguno había osado, ni ha osado nunca contra el pudor de una mujer: las princesas no tuvieron otro guardarropas que el guardarropas de los guardias municipales y soldados".

Y sin embargo, en tanto que María Antonieta estuvo con sus hijos, cerca de ellos, al menos, en la cautividad más dura, la vida le pareció soportable. Asistía a la cena de su hijo. Cuando, por azar, los municipales estaban un poco alejados, a la ligera, y muy bajo, le hacía decir una plegaria. Después le acostaba y le velaba hasta las nueve. En esos momentos, se servía la cena del rey. En seguida venían a sentarse junto al lecho del niño, donde hablaban muy bajito, hasta la hora tardía del sueño.

En tiempo alguno, María Antonieta obtuvo gran satisfacción de la lectura. Por lo demás, ella no tenía a su disposición más que una obra: la del académico Thomas, compuesta principalmente de elogios, los más estimados de entre los cuales eran los de Marco Aurelio, Sully y Descartes. La reina señalaba los pasajes en que se detenía su atención y que ella se aplicaba. Pero el bordado era su principal ocupación. Sus carceleros notaron, sin duda, que la reina encontraba en ello mucho agrado. Una orden de la municipalidad la privó de esta ocupación. Las inteligentes cabezas de la Comuna habían sospechado que estos bordados escondían, sin duda, "una correspondencia jeroglífica". Sería para reír, si tan amargos relatos pudieran arrancar otra cosa que lágrimas.

Privada de sus bordados, María Antonieta se puso a remendar. ¡Y harto que hacía falta! El Delfín se acostaba entre sábanas rotas, y la ropa del rey no estaba en estado menos lamentable.

La invasión del territorio francés por las armadas coaligadas, debía tornar naturalmente más rigurosa la prisión del rey y la reina. Hacia fines de agosto de 1792. María Antonieta decía a Francisco Hue, especialmente afecto a la persona de Luis XVI:

"Todo me anuncia que voy a ser separada del rey.

Espero que vos permaneceréis con él. Como francés, y como uno de sus más fieles servidores, penetraos bien de los sentimientos que debéis siempre expresar y que yo le he siempre manifestado. Recordad al rey, cuando podáis hablarle a solas, que nunca la impaciencia de romper nuestras cadenas debe arrancarle sacrificio alguno indigno de su gloria. Sobre todo, que no intente desmembrar a Francia. Que sobre ese punto no haya consideración que le haga cambiar y que no abrigue temor alguno por su hermana Elisabeth ni por mí. Representadle que las dos preferiríamos ver nuestra cautividad indefinidamente prolongada, antes que deber su fin a la menor debilidad... Ante todo, el interés francés”.

La República fué proclamada por la Asamblea nacional el 22 de septiembre de 1792. Pocos días después, la prisionera recibió ropa interior que había sido mandada hacer especialmente para ella en fecha anterior. Las costureras habían naturalmente bordado su cifra sobre una corona real. De este modo, el nuevo gobierno pudo darse la satisfacción de obligar a la soberana a deshacer con sus propias manos las coronas que habían sido colocadas en la tela.

“Habiendo estado la reina enferma — escribe un testigo de la escena, llamado Turgy — y no habiendo ese día tomado ningún alimento, me pidió que le encargase una sopa para su cena. En los momentos en que yo se la presentaba, la reina supo que la mujer Tisón que la servía se encontraba indispuesta. En el acto ordenó que le llevasen la sopa preparada para ella, lo que se efectuó así, de modo que ese día, la reina, enferma, se acostó sin cenar”.

Esta mujer Tisón, por la cual María Antonieta se privaba de lo indispensable, era cerca de ella lo que la policía llama “una soplona”. Su rol consistía en conquistar la voluntad de la reina para obtener sus confidencias y revelarlas en seguida a los agentes del gobierno. Las revelaciones de la mujer Tisón llevaron a la muerte a aquellos a quienes la suerte de la desgraciada reina había logrado conmover. Pero la naturaleza tomó la revancha. El horror del miserable papel que había aceptado, turbaba las noches de la miserable. La destrozaban los remordimientos.

Un día se precipitó en el aposento de la reina, los cabellos deshechos y arrastrándose a sus pies. Imploraba el perdón de su traición, suplicando a María Antonieta que la pisoteara. Y María Antonieta, que había tenido conocimiento de sus delaciones y de sus horribles consecuencias, se informó siempre de su estado con compasión, con tristeza y con bondad.

El 3 de septiembre de 1792, la familia real comía en el Temple. Se aproximaba un vago estrépito que iba en aumento: el estrépito demasiado conocido de las vociferaciones populares. Al pie de la torre, los gritos exigían que la reina apareciera en la ventana. La reina, con tristeza, obedeció como siempre al terrible tirano de las cabezas innumerables. Cuando estaba próxima al ventanillo estrecho, el guardia municipal Menessier que la precedía, le obstruyó bruscamente el camino, y, rechazándola con una mano, con la otra cerró los postigos. Pero Luis XVI se levantó: puesto que su pueblo reclama a su esposa, quiere que ésta ceda a sus deseos. Los postigos se abren y María Antonieta mira. Desgraciadamente, no se desmayó, pero su mirada adquirió una expresión atrozmente fija, como la de una loca. ¡Oh!... ni siquiera lanzó un gemido. A la altura de la ventana, una larga pica le presentaba la cabeza exangüe de su amiga, la princesa de Lamballe. En la cabeza lívida, los ojos permanecen abiertos, opacos y verdes. Con los suyos extraviados, la reina contempla esos ojos muertos. El pueblo estalla en grandes clamores. Quiere que una última vez, la reina bese a su amiga. "Dos individuos — escribe el pintor Daujon, espectador de la escena — arrastran por las piernas un cuerpo desnudo y sin cabeza, la espalda contra el suelo y el vientre abierto hasta el pecho. Al pie de la torre, se procede a la exposición del cadáver con una especie de arte y sangre fría que confunde la imaginación. Un individuo mantenía la cabeza en el extremo de una pica y gesticulaba, mientras que otro sostenía con una mano las entrañas de la víctima y con la otra un gran cuchillo".

Luis XVI no tardó en ser acusado a la Convención nacional, y fué en el acto separado de su mujer y de sus hijos.

Fácil es imaginar en esos momentos las angustias y las torturas morales de la reina. La separación con su marido

era tan completa, que no existía la posibilidad de comunicación alguna con él. El concurso de una que otra persona abnegada, logró endulzar ligeramente la cruel separación. A veces, en medio de la noche, por medio de un hilo, descendía un billete desde las ventanas del piso superior de la torre. Se había comprado, a fuerza de dinero, la voluntad de un hombre que vendía periódicos y que poseía una voz estruendosa. Este individuo gritaba al pie de la torre el nombre de los periódicos del día, lo que en realidad proporcionaba muy vagas noticias. Los amigos de la familia real se habían asegurado igualmente el concurso de una señora de apellido Launoy que ocupaba un pequeño departamento en el tercer piso de una casa calle de la Corderie, desde donde era fácil ver las ventanas de la torre del Temple. Una linterna mágica proyectaba grandes letras sobre una tela extendida en el fondo de la habitación cuya ventana quedaba abierta. Letras por medio de las cuales se formaban palabras y frases. Por fin, el delegado Lepitre, favorable a los prisioneros, les llevaba de cuando en cuando periódicos que lograba esconder bajo la pelliza que colocaba sobre sus vestidos en los días fríos. La reina y Madame Elisabeth se retiraban para leerlos a una de las pequeñas torrecillas con que se hallaba flanqueada la gran torre. Al marcharse, Lepitre se llevaba sus impresos.

El delegado comunal Lepitre y su colega Francisco Adrián Toulan, igualmente bien dispuesto en favor de los prisioneros, no creían deber suyo dejarles ignorar los peligros que corría la vida del rey en las manos en que había caído. Pero la pobre reina se aferraba desesperadamente a la esperanza:

—No, ni los franceses ni los reyes extranjeros podrían dejar que se cumpliera tan atroz atentado, sin procurar oponerse.

En la noche del 20 al 21 de enero de 1793, María Antonieta no se desvistió. Su hija, Madame Royale, que dormía en la cámara de su madre, la oyó temblar en su lecho toda la noche, de dolor y de frío. Luis XVI acababa de ser condenado a muerte. Durante todo el proceso, la Convención había rehusado al rey el consuelo y el sostén de ver a su mujer y a sus hijos.

La entrevista suprema tuvo lugar en el comedor. En-

tra la reina, con su hijo de la mano. Marcha seguida por su hija y su cuñada Madame Elisabeth. Quiere llevarse al rey a la cámara vecina:

—No — dice el rey — sólo puedo veros aquí. Cuatro municipales con el sombrero puesto, oprimen su rostro contra los cristales de la puerta vidriera. Llenan así de este dolor sus ojos “el más grande quizás — escriben Edmundo y Julio de Goncourt — cuyo espectáculo haya infligido Dios a los hombres”.

“Todos se arrodillan — prosiguen los dos grandes escritores — porque el rey bendice a su mujer, a su hermana y a sus hijos. La manecita del Delfín se levanta. El rey hace jurar a su hijo que perdonará a los que han hecho morir a su padre”. Sólo hay sitio para el llanto.

La gran artista que fué Mme. Vigée-Lebrun, quiso reproducir esta escena en un cuadro. Pidió detalles descriptivos a uno de los servidores del Temple que le envió los siguientes: “el rey vestía abrigo oscuro con esclavina y chaqueta blanca de piqué de Marsella. Pantalón de casimir gris y medias de seda gris. Hebillas de oro muy sencillas en sus zapatos y cuello de muselina, los cabellos un poco empolvados y anudados atrás con una hebilla que los separaba en dos o tres cadejos. La reina, Madame Royale y Madame Elisabeth, vestían las tres trajes blancos de muselina, fichús sencillos de linón, gorritos absolutamente iguales guarnecidos con pequeño encaje, pañuelo anudado también con pequeño encaje. El joven príncipe llevaba traje de casimir de un gris verdoso, chaleco de bombasí con rayas azules, abrigo escotado y con solapas, pechera plisada, zapatos negros anudados con una cinta. Los cabellos rubios sin polvos caían negligentemente y rizados, sobre la frente y los hombros. Los cabellos de la reina se habían tornado blancos en casi su totalidad. Los de su hija eran de un hermoso rubio muy claro, y los de Madame Elisabeth, rubios también, pero de un tinte más oscuro”.

En los momentos de subir al cadalso, el rey había confiado a una de las personas que se encontraban con él para que se remitiesen a la reina su anillo nupcial, un sobre y un paquete de cabellos. La Convención nacional temió que objetos de esta naturaleza entre las manos de una mujer comprometiesen la suerte de la Revolución. Los recuerdos

del marido muerto no fueron, pues, remitidos a la viuda. Pero uno de los miembros de la municipalidad, un tal Toulan, los hizo pasar a hurtadillas. La reina pudo besar las reliquias de su marido, el anillo, el sobre y los cabellos, pero Toulan fué guillotinado.

El mismo día del suplicio del rey, el 21 de enero de 1793, la reina pidió vestidos de duelo, los vestidos más sencillos, no quería más: un abrigo de tafetán negro, un fichú y una falda negros, un par de guantes y dos gorritos negros. Pidió, al mismo tiempo, una frazada más y una colcha de piqué. Pero la Convención estimó que una prisionera no tenía necesidad de colcha en el mes de enero. Acordó, pues, el duelo, y negó la colcha.

"La viuda obtuvo trajes de luto gracias a la generosidad de la República — escriben los Goncourt. — Lleva en la cabeza un gorrito de mujer del pueblo, cuyos canutillos lloran y caen sobre sus hombros. Entre los canutillos y la cofia, pasa un velo negro. Un gran fichú negro cruza su pecho sujeto con un feo alfiler. Un chaleito negro orillado de blanco se anuda a su negro traje. Sobre su frente y sobre sus sienes, se deslizan, escapados de su gorra, mechones de cabellos que van emblanqueciendo, pero que por el momento son grises. Su frente se mantiene aún altiva, y sus cejas no han inclinado su arco imperial. Las lágrimas han enrojecido sus párpados e hinchado sus ojos. Su mirada ha perdido su resplandor: se mantiene fija. El azul de sus ojos no brilla ni acaricia; está petrificado, casi agudo. La bella línea aquilina de su perfil se ha convertido en un ariete descarnado, seco y duro, y se diría que la agonía ha rozado las aletas de su nariz, que antes temblaran de juventud".

A esta mujer que viera antes el mundo a sus pies en una emulación de adulo y reverencia; que había conocido máximos esplendores, no le quedaba, en la prisión estrecha, húmeda y fría, sino un bien, un sostén, porque no podemos decir una alegría: sus hijos. El gobierno revolucionario estimó que esto era demasiado.

La reina, Madame Elisabeth, y Madame Royale, se despertaron con una sucesión de ruidos bruscos en mitad de la noche. Son los guardias municipales que vienen a significar a María Antonieta el nuevo decreto del Comité de Salud Pública, sancionado por la Convención nacional:

“El Comité dispone que el hijo de Capeto (se daba ese nombre a la familia de Luis XVI de su antecesor Hugo Capeto), será separado de su madre”.

Al principio, María Antonieta no comprendió. Después, de repente, se precipitó sobre su hijo con un grito de animal salvaje:

—¡Me mataréis primero!

Los hombres le respondieron que si ella no dejaba ir buenamente al pequeño, no sería a ella a quien se mataría, sino al chico; y el niño estaba entre las manos de los infames verdugos.

“La madre — escribió más tarde la duquesa de Angulema (Madame Royale) se creyó en el colmo de las humanas desdichas al verse separada de su hijo; le veía, sin embargo, entre las manos de un hombre instruido y honrado. Su desolación aumentó cuando supo que era Simón, el zapatero, a quien ella había conocido como municipal, el que había sido encargado de la persona de su desgraciado hijo. Mi madre suplicó muchas veces que le permitieran verle otra vez, sin obtenerlo nunca...”

A veces le era dado a la reina entrever a su hijo desde lejos.

“A menudo subíamos a la torre — escribe Madame Royale. — Mi hermano subía a su vez por su lado todos los días, y el único placer de mi madre, era el verle pasar por una pequeña ventana. Ella permanecía horas enteras al acecho para espiar el instante de ver al niño tan amado”.

Cierto día fué dado a la madre el divisar a su hijo de más cerca por la hendidura de un tabique. El niño estaba pálido, muy flaco, y llevaba sobre la cabeza el gorro frigio. Se encontraba en la compañía de su carcelero Simón que le maltrataba. En marzo de 1795, el conde de Frotté manifestará la intención, el deseo, de que le encierren con Luis XVII en el Temple, aunque le dejen detenido allí para siempre. Le responde un convencional: “Vuestro sacrificio sería inútil. Se ha desnaturalizado de tal manera a ese desgraciado niño tanto en lo físico como en lo moral, que, por lo que toca a su espíritu, está completamente embrutecido, y por lo que toca a su físico, no puede continuar viviendo más tiempo. No tenéis una idea de lo que ha llegado a ser de aquella desdichada criatura. Si la vierais, sólo

sentiríais angustia y el dolor más profundo, y le veríais infaliblemente morir muy pronto”.

El corazón de María Antonieta está definitivamente hecho pedazos. Ya casi no pertenece a este mundo. Pero el gran hombre de la revolución, Maximiliano Robespierre, estimó que todavía era posible aumentar sus tormentos”. El castigo de un tirano (se trata del desdichado Luis XVI), escribe el 10 de abril de 1793, a la Convención — castigo obtenido después de tantos debates odiosos — Robespierre estimaba que se habían empleado demasiadas formas de proceso — será el único homenaje que rindamos a la libertad y a la igualdad!” La muerte de María Antonieta sería un homenaje no menos digno. “Esta muerte — dice Robespierre para terminar — debe reanimar una santa antipatía por la realeza y dar nueva fuerza al espíritu público”.

En vista de estas altas consideraciones, el Comité de Salud pública propuso a la Convención el decreto siguiente:

1.º de agosto de 1793:

“Se envía a María Antonieta al tribunal extraordinario. En el acto debe ser transferida a la Conserjería”.

Se trata del local del Palacio de Justicia, dependiente del conserje que tenía la guardia del Palacio, donde se colocaba a los prisioneros implicados en asuntos importantes, mientras que se juzgaba su proceso.

CAPITULO VIII

LA CONSERJERIA

(2 de Agosto-16 de Octubre de 1793)

La misma noche del 1.º de agosto de 1793, a la una de la madrugada se había despertado a la reina. Tenían orden de transportarla, en el acto, a su nueva prisión. Y como, al salir de la torre sin inclinarse, se golpeará la ca-

beza en el dintel de la puerta, uno de los que la acompañaba le dijo:

—¿Os habéis hecho daño?

—¡Oh, no! — respondió ella con una sonrisa indefinible — nada puede ya hacerme daño.

El pastelero Luis Larivière desempeñaba en la Conserjería las funciones de carcelero. Dormía en un gran sillón de cuero, cuando, hacia las dos de la mañana, oyó golpear la puerta, no con la aldaba sino con fuertes culatazos. Se levantó, abrió la reja de fierro que cerraba el paso, y vió entrar a “una mujer alta y bella — dice él — vestida con largo traje negro que daba más realce aún a su tez de una blancura extraordinaria”.

La reina iba acompañada de cuatro jefes de policía y de un grupo de soldados.

Hacía mucho calor en esa noche de agosto; con su pañuelo la prisionera enjugaba el sudor que se deslizaba de su frente.

Descendieron varias gradas; pasaron por corredores que daban vueltas, precedidos de una antorcha humeante; se detuvieron delante de una puerta maciza de madera de encina al natural, ennegrecida por el tiempo; una gran llave giró ruidosamente en una vieja cerradura y entraron en una celda baja y abovedada, cuya ventana, que daba al primer piso sobre el patio de las mujeres, estaba atravesada por fuertes barrotes; era la última morada de la reina.

Al día siguiente de su llegada, fué preciso comprar dos anas (antigua medida longitudinal francesa para telas) de estameña negra para parchar el traje de luto de la princesa, estropeado bajo los brazos y en la parte inferior.

El “Padre Duchesne” estaba felicísimo: “He acercado la oreja al ventanillo — escribe — para oír sus alaridos. No veré ya — dice ella — la ruina de París que había preparado desde tan largo tiempo, no nadaré en vuestra sangre”.

Mientras tanto, desde Londres, la ilustre Mme. de Stael dirigía al pueblo francés una súplica elocuente.

“Para excitar a las muchedumbres — escribe ella — no han cesado de repetir que la reina era enemiga de los franceses, y se ha dado a esta acusación las formas más feroces. Decid, vosotros que la acusáis, decid, cuál es la san-

gre, cuáles son las lágrimas que jamás ha hecho correr. En las antiguas prisiones que vosotros habéis abierto, ¿se ha encontrado una sola víctima que acusara a María Antonieta de su suerte? Ninguna reina durante el tiempo de su poder absoluto, se ha visto calumniada tan públicamente, y mientras más seguros estaban de la impunidad, más multiplicaban las ofensas. Se sabe que fué objeto de rasgos de ingratitud sin nombre, de miles de libelos, de procesos inicuos y en vano se busca el trazo de una acción de venganza. Es, pues, cierto, que a nadie ha causado desgracia y que ha sufrido tormentos inauditos”.

Pero, ¿qué podrían tales palabras en una mente popular deformada por la calumnia? Hébert y su “Padre Duchesne” tienen más autoridad que Mme. de Stael. Tienen un tiraje de 600,000 ejemplares y hablan la lengua de la crápula.

G. Lenotre con su perspicacia y la abundante documentación que ha sabido proporcionarse sobre las cuestiones históricas que le interesan, ha arrojado una nueva luz sobre los motivos que determinaron al Comité de Salud Pública (pues la masa de la Convención estaba en esta época dominada por él) a trasladar a María Antonieta de la prisión del Temple a la de la Conserjería. La Conserjería era, a los ojos de todos, la antecámara del tribunal revolucionario y éste el fatal corredor que llevaba al cadalso. Este traslado, estima Lenotre, era una amenaza creada por el Comité y ejecutada con el objeto de hacer pensar en una próxima acusación de la augusta prisionera.

Efectivamente, el Comité había entablado negociaciones con la corte de Viena, en que la cabeza de la reina podía ser de enorme utilidad. La maniobra no tuvo éxito. Los vieneses afectaron no dar al incidente sino poca importancia; pero ya que la augusta prisionera estaba en la Conserjería, ¿qué podía hacerse con ella? Hacerla trepar los peldaños de la escalera que conducían al tribunal revolucionario.

En la Conserjería la reina tuvo, felizmente, como guardianes y sirvientes dos mujeres de corazón: en primer lugar la conserje misma Mme. Richard, ayudada por su camarera Rosalía Lamorlière. El nombre de esta última ha llegado a la celebridad por la valiosa “declaración” que hizo a

Lafont D'Aussonne concerniente a la estada de la reina en la austera prisión:

"El 1.º de agosto de 1793, escribe Mlle. Lamorlière, después de comida, Mme. Richard me dijo en voz baja:

"Rosalía, esta noche no nos acostaremos: dormirás sobre una silla; la reina va a ser trasladada del Temple a esta prisión".

E inmediatamente vi que daba las órdenes necesarias para sacar al general Custine de la Sala del Consejo, a fin de instalar ahí a la princesa. Se envió un guardallave en busca del tapicero de la prisión, de quien solicitó un catre de tijera, dos colchones, un almohadón, una manta ligera y una jofaina para el aseo. Se llevó este pequeño amoblado a la húmeda pieza que dejaba M. de Custine; se agregaron una mesa ordinaria y dos sillas de prisión. Tal fué el mobiliario destinado a recibir a la reina de Francia".

Al entrar a la pieza que se le había reservado, María Antonieta pareció sorprendida de la vulgaridad del amoblado: una mala cama muy baja, un viejo sillón de paja, dos sillas y una pequeña mesa. Rosalía fué a buscar a su propio cuarto un taburete de género sobre el cual subió la reina para colgar su reloj de un clavo que había visto incrustado en la muralla. El día empezaba a clarear cuando la prisionera hizo ademán de querer acostarse. Rosalía le ofreció sus servicios para desvestirla:

—Os agradezco, hija mía — dijo ella con dulzura; — desde que no tengo a nadie, me sirvo yo sola.

No tardaron en dividir en dos el obscuro recinto por una especie de cortina tendida de uno a otro lado; en uno de los compartimientos, así improvisados, se instalaron dos gendarmes para la vigilancia de la prisionera.

Al servicio particular de la reina fué puesta, en los primeros días, una anciana de ochenta años; pronto fué reemplazada por una mujer joven llamada Harel, cuyo marido pertenecía a la policía secreta. Cerca de la reina, Mme. Harel iba a servir, ella misma, a la policía de espía y delatora.

En la Conserjería, faltaron a María Antonieta los objetos más necesarios. Al cuarto día después de su llegada, los administradores nombrados por la Comuna le quitan el reloj que había colgado en un clavo: un pequeño reloj traí-

do de Austria en la lejana época — ¡oh, tan lejana! — en que la hija de María Teresa, la pequeña novia de dieciséis años había venido a Francia. La conserje, Mme. Richard, a pesar de la piedad que la reina le inspira, no se atreve a proporcionarle los objetos que le hacen falta, por temor a comprometerse. Los gendarmes están, pues, instalados en el cuarto mismo de la prisionera. Hablan, libremente, su lenguaje de soldados. Fuman de la mañana a la noche sus grandes pipas. A consecuencia del humo, la reina tiene los ojos enrojecidos e hinchados, la cabeza adormecida de dolor. A veces uno de ellos parece darse cuenta y deja de fumar.

En la prisión del Temple se había privado a la reina de sus trabajos de bordado; aquí, en la Conserjería, se le quitan hasta sus agujas e hilo. La reina es condenada a una inacción donde mejor fermentan sus atroces tormentos, haciéndola sufrir más todavía. ¿Cómo pasar las pesadas horas lentas en correr? La compasión del conserje Richard pone a su disposición algunos libros, “Los viajes del capitán Cook”, especialmente, que llegaron a ser su lectura preferida.

La conserje Mme. Richard tenía por hijo un encantador muchachito de 7 a 8 años, de cara fresca, de ojos azules y hermosos bucles rubios que encuadraban su infantil carita. Lo llamaban Fanfán. Con la idea de distraer un poco a la prisionera, Mme. Richard le llevó un día a su chico. La reina lo tomó entre sus brazos, lo cubrió de besos, lo apretó contra ella... Un instante, la expresión de su cara se aclaró, después, súbitamente, la desgraciada rompió en sollozos. Pensaba en su propio hijito que le había sido arrebatado.

—Le he despedazado el corazón — dijo Mme. Richard, cuando volvió a su departamento con su sirvienta.

Y añadió:

—Me guardaré de llevarle mi hijo a su celda una segunda vez.

“Presintiendo su próximo fin, la reina pensó dejar un recuerdo hecho por sus manos a sus hijos. Y se puso a arrancar los gruesos hilos de una tela de tapicería adherida al muro de la que el papel se había desprendido a causa de la humedad. Entreteñía estos hilos con mano pa-

ciente, ayudándose con alfileres prendidos en sus rodillas a manera de cojín, haciendo cordones muy unidos. No tenía luz alguna y la noche la arrojaba en la mas profunda obscuridad”.

La humedad del cuarto donde habían encerrado a la prisionera, era horrible. El agua del Sena, por infiltración trepaba por los muros.

“La insalubridad del cuarto era tal — dirá Mme. Bault que sucederá a la señora Richard en sus funciones de conserje — que el traje negro de Su Majestad, el único que pudo colocarse alternativamente con su traje blanco, se caía a pedazos. Mi hija mayor le puso una orla nueva. Recogí los trozos viejos y los distribuí a muchas personas, que me los pidieron con insistencia”.

El conserje Bault hizo clavar contra la pared de la celda una vieja tapicería que fué a buscar en los desvanes de la prisión de la Force, pero cuando los miembros del Comité de Salud Pública vieron, en su visita de inspección, ese testimonio de simpatía dado a la pobre prisionera, demostraron su indignación, y el conserje tuvo que recurrir a la mentira: para impedir — declaró — que la detenida escuchara las conversaciones a través de la pared, había colocado el tapiz. De este modo, el lecho de la reina, apoyado contra la pared, fué preservado del agua que se escurría a través de ella.

El 19 de agosto de 1793. Michonis, jefe de la Policía, pidió a los oficiales municipales que componían el servicio del temple que enviaran a la reina a la Conserjería, 4 camisas y un par de zapatos de los cuales tenía urgente necesidad.

“Esas cuatro miserables camisas — escriben los Goncourt — pronto reducidas a tres, no seran entregadas a la reina, sino cada diez días. La reina ya no tiene sino dos trajes que se cambia día por medio. Su pobre vestido negro, su pobre vestido blanco podridos por la humedad del cuarto... Hay que detenerse aquí... faltan las palabras”.

Se hicieron aún varias tentativas para que la reina huyese. La primera en el Temple, dirigida por Jariave, casi tuvo éxito, pero en el último momento se vió que los niños no podían seguir a su madre.

“Hemos tenido un bello sueño — escribe la reina a

Jarjaye — eso es todo. Sólo me guía el interés de mi hijo, y aunque mi felicidad hubiera sido enorme si hubiera podido salir de aquí, no puedo consentir en separarme de él. Contad con que agradezco y comprendo la bondad de vuestras intenciones, y que sé, que la ocasión no volverá, tal vez, a repetirse, pero nada podría consolarme de haber abandonado a mis hijos”.

En la Conserjería, el plan parecía de una fácil ejecución, pero debía matarse a los dos gendarmes que estaban de guardia. La reina estimó que era pagar demasiado caro su libertad, si a cambio de ella, debía sacrificarse la vida de dos hombres.

La conspiración llamada “del clavel” — mediados de septiembre de 1793 — ha permanecido célebre. El caballero Gonza de Rougeville, había conseguido hacerse introducir en la cámara de la prisionera, por medio del jefe de policía Michonis, a quién la piedad había tornado favorable a la reina mártir. María Antonieta conocía a Rougeville. En el curso de una conversación voluntariamente banal, le presentó éste un pequeño ramo de claveles. La reina no osó cogerlo y los claveles cayeron al suelo. Entre las flores, se hallaba disimulado un billete que daba instrucciones a la prisionera. La mujer llamada Harel, no había quitado ojos de los interlocutores. El fiscal Fouquier-Tinville, venía a la prisión todas las noches. En el acto, le pusieron al corriente del suceso. Desde ese momento, la vigilancia en la Conserjería se volvió mucho más rigurosa. Los esposos Richard, fueron detenidos y encarcelados. Rougeville, en cambio, logró escapar a las más activas pesquisas. No morirá fusilado hasta mucho más tarde, en marzo de 1814, acusado esta vez de conspirar contra el Emperador.

Vióse aparecer en la prisión de la reina, en calidad de conserje a otro personaje, un tal Bault, trasladado de la prisión de la Fuerza, donde desempeñaba las mismas funciones. Se gastaba aire duro, severo, y su vestimenta, era la de un jacobino puro: camisa con gran cuello vuelto y abierto; chaleco pantalón, llamado gloriosamente “carmañola”. Ese Bault, a pesar de su aspecto rudo y poco acogedor, no era un mal hombre. La noche de su llegada, la reina dijo en su presencia a la muchacha que la servía:

—“Rosalía, hoy vas a hacer mi moño”.

Pero Bault, se apresuró a coger él el peine.

—¡Dejadme a mí! ¡Soy yo quien debe hacerlo!

La reina respondió con frialdad.

—¡Muchas gracias!

Y, levantándose, enrolló ella misma sus cabellos.

Cuando Rosalía y Bault salieron, éste dijo a su acompañante:

—Siento mucho haber molestado a esa pobre mujer, pero mi situación es tan difícil, que la menor cosa me hace temblar. No puedo olvidar que Richard y su mujer están en una celda ¡En nombre de Dios, Rosalía, no cometáis ninguna imprudencia, porque me perderías!

María Antonieta estaba extremadamente flaca. El aire malo, la humedad de la prisión, las penas sufridas, la agotaban. Sufría además hemorragias continuas. ¿Dónde procurarse ropas? La pobre Rosalía debió sacrificar sus propias camisas, y romperlas en trozos, para colocarlas bajo la almohada de la reina.

La infeliz prisionera está irreconocible. Las gentes del pueblo que pueden todavía acercarse a ella, se conmueven de respeto y piedad. Conserjes del palacio, sirvientes, gendarmes, se sentían emocionados hasta el fondo del alma por esos dolores sobrehumanos, soportados con tanta grandeza. Los gendarmes ofrecían flores a aquella a quien tenían la misión de vigilar. Mujeres de la Halle llevaban, unas un melón "para su buena reina", otras, cestitos con duraznos. Humildes heroínas que sabían que, por un melón, por unos duraznos, se exponían a ir a la muerte.

Para extremar las precauciones, se habían colocado centinelas en el patio y al pie de las ventanas que daban luz a la celda. Los detenidos que gozaban en la Conserjería de lo que se llamaba "libertad del patio" en la Bastilla, tenían licencia de pasearse conversando entre ellos. Por sus conversaciones, supo la reina, de antemano, a pesar de su guardia armada, el día que subiría al Tribunal.

CAPITULO IX

EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

Era Danton, secundado por Carrier, el hombre de la manzanza de Nantes, el que en el comienzo de las luchas entre la Montaña y los Girondinos, había hecho crear el tribunal revolucionario al cual María Antonieta iba a ser enviada. El jurado era nombrado por la Convención: funcionarios retribuidos a razón de dieciocho libras por día y que debían opinar en alta voz. Estos sabían que, si por desgracia algún día no emitieran una opinión ortodoxa, serían también guillotizados. "Únicamente — declara el convencional Lamarque — adoptando la medida que los jueces opinen en voz alta, los amigos de la libertad han consentido que hubiera jurados en el tribunal". Danton señala los fines de la institución:

— "Este Tribunal debe reemplazar al Tribunal Supremo de la venganza del Pueblo".

Durante largos meses las cabezas cayeron por cientos y Danton no encontró la menor objeción que hacer contra el modo con que el Tribunal "reemplazaba" a la venganza del pueblo; pero he aquí que un día dicho Tribunal decidió que guillotinaran a Danton mismo, y el gran orador declaró en tonces:

— Soy yo quién estableció este Tribunal, pero no para que fuese el flagelo de la humanidad.

La ley contra sospechosos fué votada el 17 de septiembre de 1793. El número de jueces del Tribunal revolucionario, fué, por esta razón elevado a dieciséis y el de los miembros del jurado a sesenta. La lista de candidatos presentada por Voulland, fué aceptada por la Convención sin discutirla. "Casi todos — decía Gautier a los jacobinos — han sido elegidos entre los jacobinos y de éstos estamos seguros". Excelente tribunal para juzgar a la reina. El anciano presidente Montané, había sido encarcelado. El motivo era, según decían, haber procurado hacer pasar a Carlota Corday por loca. Hermann, su sucesor, acababa de

ser enviado a la barra de la Convención para aprender a manejar más limpiamente el asunto Custine. Este Hermann tenía un aire dulce y truhanesco. Parecía un viejo su rvo. Hacía guillotinar a la gente de su mundo sin abandonar su actitud grave, tranquila, untuosa y distinguida dentro de la cual habría sido mal visto quejarse. “La calma de Hermann — escribe G. Lenotre — confina con la impersonalidad; parece la estatua del castigo, tanto se le siente insensible e inexorable”.

La reina compareció delante del tribunal revolucionario el 15 de octubre de 1793.

El fiscal era un anciano procurador de Chatelet, Antoine-Quentin Fouquier-Tinville. En la época del poder monárquico se había distinguido por su gran celo por la gloria del rey, y que traducía poéticamente en baladas y versitos. Al atrevido no le faltan chispas. En la hornada del Luxemburgo, a la vieja marsicala de Noailles, vencida por su avanzada edad y completamente sorda, le dice: —“Poned que ha conspirado sordamente: “Mme. de Saint-Servan cae de las gradas, sin poder hablar. “No es su lengua, grita el Fiscal en una feliz inspiración, es su cabeza la que nos hace falta!”

¿Quién resistirá a semejantes palabras? Las dos damas fueron guillotinadas.

“Era preciso — dice Mercier — que Robespierre encontrara un alma depravada y dócil, uno de esos hombres que con orgullo se convierten en lacayos de tiranos y a quienes los crímenes nada cuestan: Robespierre encontró a Fouquier-Tinville”.

La viuda Capeto, como se llamaba a María Antonieta, era acusada de haber:

1.o De común acuerdo con los hermanos de Luis Capeto y con el infame ex-ministro Calonne, dilapidado de una manera espantosa las finanzas de Francia — fruto del sudor del pueblo — y de haber hecho pasar sumas incalculables al Emperador, agotando así el tesoro nacional;

2.o De haber, tanto ella como sus agentes contra-revolucionarios, estado en inteligencia y correspondencia con los enemigos de la República; de haber informado y hecho informar a estos mismos enemigos de los planes de campaña y ataque convenidos y acordados en el consejo;

3.º De haber, por sus intrigas y maniobras y de las de sus agentes, tramado conspiraciones y complots contra la seguridad interior y exterior de Francia y de haber con ese objeto encendido la guerra civil en varios puntos de la República, armando asimismo a los ciudadanos para que pelearan entre ellos;

4.º De haber, para triunfar más pronto en sus proyectos anti-revolucionarios, organizado, gracias a sus agentes en París y los alrededores, en los primeros días de octubre de 1789, una pobreza que ha dado lugar a una nueva insurrección después de la cual, un número increíble de ciudadanos y ciudadanas se dirigieron a Versalles.

Pero hay que leer el texto de los debates para darse cuenta del carácter, tal vez más grotesco que odioso, de los testimonios puestos en acción en contra de la soberana.

Una cocinera, una tal Reine Millot, declaró que en 1788, un día en que se encontraba de servicio en Versalles, oyó al conde Coigny "que en ese momento estaba de buen humor", decir que la reina había hecho pasar 200 millones a su hermano el Emperador de Austria para hacer la guerra contra los turcos.

La misma Reine Millot hizo una segunda declaración no menos grave que la primera:

—"He sabido — declaró — por diferentes personajes, que la acusada (María Antonieta) había tenido el propósito de asesinar al duque de Orleans. El rey que lo supo, ordenó que en el acto la registrasen. Al hacer esta operación, encontraron que llevaba dos pistolas. Entonces el rey la hizo confinar en sus departamentos por quince días".

¿Pueden imaginarse a María Antonieta asesinando a pistoletazos al duque de Orleans en el Palacio de Versalles, y al rey encontrando sobre ella las pistolas y haciéndola confinar en sus departamentos por quince días?

Un tal Labénett, totalmente desconocido, declaró que tres particulares habían ido a asesinarlo en nombre de la reina... Fouquier-Tinville estimó que esa declaración era muy importante.

Es en realidad sorprendente que un asesino no haya venido a declarar que la reina había formado el proyecto

de hacer desaparecer el sol para impedir que en Francia el trigo madurara.

Fouquier-Tinville fué dignamente secundado por los delegados de la Comuna; Pache, alcalde de París; Chauvette, procurador síndico; Hebert, sustituto del procurador. Nombres a los cuales uno tiene la tristeza de agregar el del ilustre Luis David. El crimen que esos hombres y sus mandatarios han cometido es tan grande, que es imposible expresarlo. Después de corromper a un niño para destruir su salud hasta gangrenarlo, cometen el más horrendo de los ultrajes con su madre: la hacen insultar por su hijo, pequeñuelo de 8 años, al cual han embrutecido previamente a fuerza de golpes y alcohol, con el repugnante fin de obligarlo a repetir la atroz calumnia ante el tribunal, a plena luz, con el objeto de servirse de ella para enlodar la memoria de la víctima después de haber hecho caer su cabeza. No parece posible que semejantes infamias fueran humanamente posibles: sin embargo fueron cometidas.

Los procesos verbales de las horribles confrontaciones del Temple han sido conservadas en los Archivos nacionales. "El joven príncipe — escribe Daupon que servía de escribano — estaba sentado sobre un sillón, balanceando las piernas que no alcanzaban al suelo.

¿Comprendía lo que le hacían decir?

—Chauvette (dice la hermana del Delfín, de quince años de edad) me interrogó sobre mil cosas feas de las que acusaban a mi madre y a mi tía. Me aterró con tanto horror y tanto me indigné, que, a pesar de todo el miedo que sentía, no pude dejar de decir que era una infamia. A pesar de mis lágrimas, insistieron mucho. Hay cosas que no comprendí, pero lo que comprendía era tan horrible que lloraba de indignación.

Hermann nombró dos defensores de oficio para la reina, Chauveau-Lagarde y Froncon Ducoudray. Fueron avisados el 14 de octubre de 1793, es decir, la víspera del día en que estaban citados para hablar. Chauveau Lagarde estaba en el campo. Aconsejada por sus defensores, la reina pidió para ellos tres días, para que tuvieran tiempo de estudiar un poco el asunto. ¿Era demasiado para una causa semejante? Su carta fué al canasto y los debates empezaron inmediatamente. Comenzaron el 15 de octubre a las 8 de

la mañana y duraron sin interrupción hasta el día siguiente a las cuatro de la mañana. Salvo una pausa de un instante, siguieron así durante cerca de veinte horas. Y la reina había llegado extenuada, agotada físicamente por meses de privaciones y una salud comprometida por pérdidas de sangre, y destrozada moralmente. ¿Quién no hubiera sido aniquilado por tales torturas?

—“¡Qué pasión sobrehumana! — escriben los Goncourt—. Enferma, debilitada por pérdidas continuas, sin descanso, sin alimentos la reina debe vencerse, dominarse, no abandonarse ni un instante, afirmar sus fuerzas desfallecientes, dominar su semblante y sobreponerse a la naturaleza”. La muchedumbre de espectadores — ¡qué pueblo y qué gente! — reclamaban a cada minuto que se levantara de su banquillo a fin de verla mejor:

—“El pueblo se fatigará por fin con mi cansancio? — murmuraba la reina exhausta.

“Hay que haber estado presente — dice Chauveau-Lagarde — en todos los detalles de ese proceso demasiado famoso, para tener una idea justa del gran carácter que demostró la reina”.

Un relato del proceso, publicado en la misma época en que se desarrolló, muestra a Marí Antonieta en ese momento tal como podía estar: pobre mujer extenuada y que se siente tomada por las ansias de la muerte, la que se levanta, horripilante, ante ella; una pobre mujer casi abandonada, que defiende su vida con una energía instintiva, que no espera hablar a sus jueces, sino más bien aplacarlos, desarmarlos, conocerlos.

Y así nos parece más bella todavía porque así es más humana.

Para comparecer delante del tribunal, se había vestido con su traje de luto. Se había arreglado como había podido con las pobres ropas que le habían dejado: su pequeño gorrito de linón, con un borde plisado, gorro de mujer del pueblo al cual había prendido dos tiras de tela volantes en las cuales sujetó un crespón negro. “Lo que le hacía — dice Rosalie La Morliere — un tocado de viuda”.

Había peinado sus cabellos, sus cabellos emblanquecidos por el dolor, un poco arriba. No era orgullo, sino un

emocionante desprecio por la compasión del pueblo ante el espectáculo de su miseria.

El Presidente la acusaba de haber querido volver a subir al trono por sobre los cadáveres de los patriotas:

—No he deseado jamás sino la felicidad de Francia — respondió ella — Que sea feliz, pero que lo sea, y estaré contenta.

El sustituto de la Comuna de París, Hebert, un joven pisaverde, elegante y perfumado, aportó las inmundicias que había triturado en colaboración con Chaumette y David. Hebert, explayaba la ignominia de un modo artístico con expresiones escogidas. La reina estaba de pie, con los ojos fijos, la cabeza derecha; ni un sólo músculo de su rostro se contrajo.

Exasperado por tanta dignidad, uno de los jurados interpeló a la acusada:

—Si no contesto — dijo la reina — es porque la naturaleza rehusa contestar a tamaña inculpación hecha a una madre. Apelo a todas las que se encuentren aquí.

La voz, aunque débil y agotada, vibró, y, por la primera vez en la agonía de la Audiencia, las lágrimas mojaron sus mejillas. “Ante ese grito sublime — dicen los hermanos Humbert que estaban presentes — una corriente magnética pasó por la asistencia”. Las arpias mismas que escuchaban, los codos apoyados sobre las rodillas, se sintieron conmovidas a pesar suyo. Se oyeron gritos estridentes. Varias mujeres se desmayaron y hubo que sacarlas entre un gran tumulto. La voz gangosa del presidente Hermann, amenazó con hacer despejar la sala.

Moelle, miembro de la Comuna, citado como testigo, declarará en seguida:

—Iba yo por un detalle del régimen introducido en el Temple, y los medios de vigilancia que se usaban, a tratar de probar la falsedad de la infame acusación Nevada por Hebert, a propósito de la reina y del Delfín, cuando Fouquier-Tinville, previendo mi intención, me interrumpió bruscamente, ordenándome contestar únicamente con un “sí” o con un “no”.

Fouquier pronuncia su requisitoria:

No contenta, de acuerdo con los hermanos de Luis Capeto y el infame y execrable Calonne, con haber dilapidado

de un modo pavoroso las finanzas de Francia, fruto del sudor del pueblo, para satisfacer placeres desordenados y pagar agentes de sus criminales intrigas... — a los suizos, al mismo tiempo que los animaba a fabricar cartuchos los excitaba cogiendo cartuchos y mordiendo balas. Las expresiones faltan para mostrar un rasgo tan atroz...” — “... en fin, inmoral, bajo todos los aspectos, y, nueva Agripina, es tan perversa y está tan familiarizada con el crimen que, olvidando su calidad de madre y las demarcaciones prescritas por las leyes de la naturaleza, la viuda Capeto, no ha temido entregarse, con Luis Capeto hijo, según el propio testimonio de este último, a las incidencias, de las cuales la idea y el nombre sólo hacen temblar de horror”.

A media noche, el presidente dijo a los abogados:

—Dentro de un cuarto de hora los debates concluirán; preparen su defensa.

¿Qué defensa podía hacerse en tales condiciones?

Los dos abogados se excedieron, hablaron con emoción y con valentía. Así también, apenas hubieron terminado se les arrestó por orden de los miembros del Comité de seguridad pública que asistían a la audiencia, y se les prohibió publicar sus alegatos.

Durante la suspensión de la audiencia, el 15, a las cuatro de la tarde, la muchedumbre de espectadores, repartidos en los corredores y los alrededores del palacio se entretenían haciendo comentarios animados de los debates a los cuales acababan de asistir. La opinión dominante era que la reina sería deportada. Los “puros” mostraban su indignación; “pero, decían, sabrían corregir el error de los jueces”.

Reinaba una bruma de otoño, fría, húmeda, bajo un cielo encapotado. Emisarios del Club de los Jacobinos y de la Comuna parisiense, se deslizaban entre los grupos que divisaban, prestando oídos a las palabras cambiadas, ávidos de descubrir, de denunciar a los traidores que se mostraran favorables a la “austriaca”. Entre ellos estaba la faz repugnante del horrible Ducatel, entonces, inspector de prisiones. Hacía sentir malestar aún a los mismos que no sabían se encontraban en presencia del repulsivo asesino que, el 3 de septiembre, en el umbral mismo de la prisión de la Force,

había ultimado a golpes de martillo a la dulce princesa de Lamballe.

Maria Antonieta, fué condenada a muerte por unanimidad. Los miembros del jurado dieron su opinión, uno después de otro en voz alta. Cada uno de ellos sabía que si se hubieran pronunciado por la absolución se habrían expuesto a ser guillotinado ellos mismos. A lo menos se dirá que, en tales circunstancias, la sentencia fué pronunciada con conocimiento de causa.

La lectura de la condena a muerte encontró a la reina, tranquila, inmóvil. Bajó de su banquillo con la frente alta, abrió ella misma la balaustrada y atravesó la sala como si no viera ni oyera nada, dice Chaveau-Lagarde.

La sesión se levantó a las 4 de la mañana. Al salir de la audiencia, la reina entregó a uno de sus defensores, a Froncon Ducoubray, un mechón de cabellos y unos aros, rogándole se los diera a M. Jarjaye en recuerdo de ella. Inmediatamente el Comité se opoderó de los objetos y puso a Jarjaye bajo arrestación.

La muchedumbre de espectadores estaba desconcertada, triste, silenciosa, como atontada. Los más decididos, los más fanáticos, también se sentían con el corazón oprimido. Al venir a la audiencia, con el alma republicana, deseaban a la acusada la más "severa" condena, y, actualmente, "estaban desconcertados". A medida que se iban sucediendo las respuestas de la reina y que los alegatos de los abogados se habían desarrollado, sentían como un fardo que les pesara como plomo, aplastando su rabia jacobina. De esta manera muchos volvieron a sus casas, donde antes de acostarse cerraron bien los postigos para preservare de los ruidos callejeros que renacerían con el día: sentían una necesidad de calma, de embotamiento, de olvido; pero como se había propalado la noticia de que la condenada sería ejecutada el mismo día, los más curiosos, "los puros", los verdaderos, los corazones puestos a prueba, fueron a la plaza de la Revolución (Concordia) a instalarse al pie de la guillotina que unos carpinteros ya estaban levantando. Se aseguraron un lugar en la primera fila para seguir en sus menores detalles las supremas peripecias del drama público, el más emocionante y el más horrendo que el mundo haya nunca conocido.

Después que se pronunció la condenación, Fouquier-Tinville se echó vestido sobre su lecho en la habitación que se le había proporcionado junto a su oficina de fiscal.

En cuanto a los miembros del jurado se fueron a instalar a la cantina del Tribunal alrededor de una mesa sobre la cual había una cena preparada para ellos. Uno de los miembros del jurado que envió a la muerte a María Antonieta, el dragoneante Trinchardt, escribía a su hermano después que su víctima subió al cadalso.

“Te ago saver ermano que e sido uno de los miembros del jurado que a jugado a la vestia feros que a deborado una gran parte de la república, la que llamavan reina...”

Vuelta al húmedo calabozo de la Conserjería, María Antonieta, por primera vez, después de setenta y seis días obtuvo luz, tinta y papel. ¡En qué estado debía estar su alma! Escribió entonces a su cuñada Madame Elizabeth, la carta tan calmada, tan elevada de pensamiento, tan tranquila de corazón, que, después de más de un siglo conmueve hondamente de admiración y respeto. Tenemos interés en reproducirla aquí entera: mejor que todo análisis ella esclarece con una luz a la vez viva y apacible el alma y el pensamiento de la reina mártir en el umbral de la muerte:

“16 de octubre, a las 4 y media de la mañana.

“Es a ti, hermana mía, a quien escribo por última vez. Vengo de ser condenada, no a una muerte vergonzosa—sólo lo es para los criminales — sino a ir a reunirme con tu hermano, como él, inocente. Espero demostrar la misma firmeza que él demostró, en estos últimos momentos. Estoy tranquila como cuando la conciencia no nos reprocha nada. Tengo una profunda pena porque dejo a los pobres niños. Tú sabes que sólo existía para ellos y para ti, mi buena y dulce hermana, tú, que por tu amistad lo has sacrificado todo para quedarte con nosotros. ¡En qué estado te dejo! He sabido en el mismo proceso que mi hija está separada de ti. ¡Av de mí! La pobre niña! No me atrevo a escribirle, no recibiría mi carta, no sé siquiera si ésta llegará a tus manos. Recibe para ellos dos mi bendición. Espero que un

día, cuando sean mayores podrán reunirse contigo y gozar de tus tiernos cuidados. Que se acuerden los dos de lo que no he dejado de inspirarles: que los principios y la ejecución exacta de sus deberes son la base de la vida, que su amistad y su mutua confianza les hará felices.

“Que mi hija sienta que a la edad que tiene (Madame Royal tenía entonces 15 años) debe siempre ayudar a su hermano con sus consejos y su experiencia; que sientan los dos que sea cual fuere la situación en que puedan encontrarse, no serán verdaderamente felices sino estando unidos; que sigan nuestro ejemplo. ¡Cuántas veces en nuestra desgracia, nuestra amistad nos ha consolado! En la felicidad, se goza doblemente cuando se puede compartir con un amigo, y, ¿dónde hallarlo mejor, más tierno y más unido que en su propia familia? Que mi hijo no olvide nunca las últimas palabras de su padre que le repito expresamente: “Que nunca trate de vengar nuestra muerte”.

“Tengo que hablarte de una cosa, bien penosa: sé cómo ese niño debe haberte hecho sufrir (alusión a las palabras que los comisarios arrancaron de labios del Delfín, un niño de 8 años que habían embrutecido física y moralmente y que no tenía ya su mente clara). Perdonalo, hermana mía, piensa en la edad que tiene y como es de sencillo hacer decir a un niño lo que se quiere y aún más, si no lo comprende. Un día vendrá, lo espero, en que él reconocerá mejor que otro cualquiera el precio de tus bondades y de tu ternura para los dos (el hijo y la hija de la reina).

“Debo confiarte todavía mis últimos pensamientos. Yo hubiera querido escribirlos desde el comienzo del proceso, pero además de que no lo permitían, la marcha de éste ha sido tan rápida que realmente no habría tenido tiempo.

“Muero en la religión católica, apostólica y romana, religión que fué de mis padres, en la que he sido educada y que siempre he profesado, no teniendo ningún consuelo espiritual que esperar, sin saber si todavía existen sacerdotes de esta religión, y, aún, si en el lugar donde me encuentro, los expondría demasiado haciéndoles venir. Pido perdón a Dios sinceramente de todas las faltas que he podido cometer desde que existo. Tengo confianza en su bondad. El querrá aceptar mis últimos votos lo mismo que los que he hecho desde hace tiempo para que quiera recibir mi alma en su

misericordia y en su bondad. Pido perdón a todos los que conozco, y, a ti, hermana mía en particular, de todas las penas que sin querer he podido causarte. Perdono a todos mis enemigos el daño que me han hecho. Digo aquí, adiós a mis tías y a todos mis hermanos y hermanas. Tenía amigos: la idea de separarme de ellos para siempre y el recuerdo de sus penas son uno de los más grandes pesares que me llevo al morir. Que sepan, a lo menos, que hasta mi último momento he pensado en ellos.

“Adiós, mi buena y tierna hermana. Puede que llegue esta carta a tu poder. Piensa siempre en mí. Te beso de todo corazón lo mismo que a esos pobres y queridos niños. ¡Qué desgarrador es dejarlos para siempre! ¡Adiós! ¡Adiós! Ya no me ocuparé más que de mis deberes espirituales. Como no soy libre en mis acciones, se me traerá, tal vez un sacerdote; pero aseguro aquí y prometo, no decirle una palabra y tratarlo como a un extraño (la reina no admitía el carácter eclesiástico de los curas juramentados)”

“Madame Elizabeth, lejos de recibir una de esas páginas que fueron llamadas: “El testamento de María Antonieta” ni siquiera supo la muerte de su cuñada. Cuando ella a su vez fué trasladada del Temple a la prisión de la Conserjería para ir a la muerte, rogó al portero Richard darle sus recuerdos más fieles a la reina que no volvería a ver. Entonces, una de las damas que iban al suplicio con ella — entre las cuales figuraba Mme. de Sénozan, hermana del Ministro Malesherbes, que había sido uno de los defensores del rey delante de la Convención y Mme. viuda de Montmorin — le dijo únicamente:

—Madame, su hermana sufrió ya el mismo destino que vamos a sufrir nosotras dentro de un instante.

CAPITULO X

EL CADALSO

Brillaba ya el sol, y, a las ocho, María Antonieta empezó a vestirse para ir al cadalso. Pasó por el estrecho espacio que mediaba entre su catre plegable y la muralla, extendió ella misma su camisa, se inclinó y bañó su vestido para cambiarse de ropas por última vez. Bruscamente se detuvo.

El gendarme de servicio se había acercado, y, con los codos sobre la almohada y la cabeza entre las manos, la miraba y parecía estar vivamente interesado.

“Su majestad — dice Rosalía Lamorliere que la servía — volvió a ponerse el fichú sobre los hombros, y, con gran dulzura dijo al muchacho:

—En nombre de la honestidad, señor, permitidme cambiarme ropa sin testigos.

—No puedo consentir, respondió el gendarme. Las órdenes que me han sido dadas consisten en no quitaros la vista de encima durante todos vuestros movimientos.

¡Qué cuadro! ese gendarme echado de bruces sobre el lecho, siguiendo con sus asquerosas miradas a la reina que se muda la ropa para ir a la muerte!

“El malestar que me causaba la brutalidad del gendarme — agrega Rosalía Lamorliere — no me permitió fijarme si la reina llevaba todavía el medallón del pequeño Delfín, pero me fué fácil ver que enrollaba cuidadosamente su pobre camisa ensangrentada. La envolvió en una de las mangas como en una funda, y después la metió en el espacio que había entre la muralla y la vieja tela que cubría la pared”.

En vano la reina pidió que no le ataran las manos en la carreta; el verdugo Carlos Enrique Samsón, se las ató en la misma Conserjería, y, tan estrechamente, que el cura Girard, tuvo que tener constantemente la mano apoyada en el brazo de la reina durante todo el trayecto para aliviar un poco a la pobre mujer. La extremidad de la cuerda la tenía el verdugo. En vano había pedido la reina permiso en el momento de partir, para retirarse un instante con el objeto de satisfacer una apremiante necesidad: fue obligada a detenerse en un rincón de la pieza a los ojos de todo el mundo.

El teniente de gendarmería Debusue era especialmente adicto a los tribunales. En calidad de tal, acompañaba a la reina a la audiencia del tribunal y la volvía a llevar a la prisión. El fué el que tuvo el encargo, igualmente, de escoltarla al suplicio. En esta última circunstancia, sin duda bajo el efecto de la emoción producida, el desgraciado cometió un triple crimen:

1.º Escoltó a la condenada llevando el sombrero en la mano;

2.º Fué a buscarle un vaso con agua que ésta le pidió; y,

3.º Para ayudarle a bajar las escaleras de la Conserjería, le ofreció el brazo.

“Esa misma tarde — escribe Lenotre — era denunciado”. El denunciante era uno de sus subordinados, el gendarme Jourdeuil. El desgraciado que había osado conducirse en esas circunstancias tan dolorosamente graves, si no como hombre de corazón, por lo menos con la decencia más elemental, tuvo que, para escapar a un destino fatal, rebajarse a dar excusas diciendo:

—Si fui a buscarle un vaso de agua, fué porque los ujieres a quienes correspondía hacerlo estaban ausentes por el mismo servicio del tribunal.

Si llevaba mi sombrero en la mano, no fué por un sentimiento de respeto hacia esa mujer, sino por comodidad, pues hacía mucho calor.

Si ofrecí el brazo a la condenada para ayudarla a bajar las escaleras de la Conserjería fué para evitarle una caída, pues las gradas están resbaladizas. Esa mujer me decía: “Veo apenas por donde voy”. Es de comprender que una caída en las escaleras, si se hubiera producido, habría dado lugar a los más enojosos comentarios”.

La carreta avanzaba lentamente bajo una lluvia de groseros insultos. María Antonieta iba sentada sobre una tala. Llevaba puesta una falda blanca sobre una enagua negra; una camisola de noche de piqué blanco y una cintita negra amarrada en torno a las muñecas. Sobre la cabeza llevaba una gorra de linón blanco como las que usaban entonces las mujeres del pueblo, adornada con una pequeña cinta negra. Había, inútilmente, rogado que la dejaran ir al suplicio con la cabeza descubierta. Sus cabellos blancos estaban cortados a ras de la gorra. Estaba pálida, pero los pómulos los tenía muy rojos; los ojos estaban inyectados de sangre, las cejas inmóviles; la mirada parecía la de una ciega. Detrás de ella en la carreta iba el verdugo Samson, una especie de coloso, y su ayudante.

Habiéndose detenido un instante la carreta en la calle Saint Honoré, un niño que su madre llevaba en brazos le envió un beso con sus manitas que en seguida comenzaron a palmo-tear alegremente. La reina le contestó con una sonrisa y lloró. Esas fueron las únicas lágrimas que derramó durante el trayecto que se llevó a cabo entre las rechiflas y gritos del populacho excitado.

La reina habló poco con el cura constitucional que la asistía. En un momento dado, éste levantó un pequeño crucifijo de marfil. Se vió entonces al comediante Gramont — que en calidad de ayudante de la Guardia Nacional iba al mando de la escolta y cabalgaba noblemente cerca de la carreta montado sobre un hermoso caballo alazán — blandir la espada que llevaba en la mano y gritar después de un grueso juramento:

— ¡Ahí está la infame Antonieta!... es... amigos míos!

El eco respondió en estrepitosos clamores.

Se habían detenido un instante delante del pórtico de la iglesia de San Roque.

El ciudadano Grammont se había distinguido en Versalles durante la masacre de los prisioneros de Orleans, hazaña que había sido coronada bebiendo en el cráneo de una de sus víctimas, a lo menos se jactaba de haberlo hecho así.

Se posee un terrorífico dibujo del gran pintor Luis David que asistió al paso de la reina desde una ventana de la calle de Saint Honoré. El croquis, de una maestría y de un realismo asombrosos, da la impresión de ser una instantánea. Hay que comparar esa imagen con los retratos pintados de la reina algunos años antes, para medir a la vez toda la inmensidad y la atrocidad de los sufrimientos y de las torturas morales y físicas que le infligieron sus verdugos.

Mediodía. Las terrazas de las Tullerías están llenas de curiosos. La plaza de la Revolución hierve de una multitud anhelante de la cual surgen centenares de bayonetas. Al llegar a la plaza, la reina que hasta ahí durante todo el trayecto había parecido indiferente a todo lo que hasta entonces pudo ver, volvió la cabeza del lado del jardín de las Tullerías. En ese momento, su rostro se puso enteramente blanco, incluso los pómulos, de los cuales se borró el tinte rojo que los coloreaba. A la vista de lugares que le evocaban tan hondos recuerdos, la sangre se le agolpaba en el corazón. Después, sobreponiéndose, María Antonieta bajó de la carreta “con ligereza y prontitud, sin necesitar ser sostenida a pesar de llevar las manos atadas siempre” — escribe el autor del “Mago Republicano”.

Al acercarse al cadalso, subió los escalones “insolentemente — dirán los periódicos — con calma y altanera tranquilidad”. Ella misma se arregló para el suplicio.

La cuchilla cae. Un ayudante del verdugo enseña a la

multitud una cabeza lívida donde todavía los párpados se mueven. Algunos gritos de "¡Viva la República!" Gritos inseguros, pues, a pesar de todo, se tiene el corazón oprimido. La mayor parte de la multitud se ha quedado con la boca abierta, silenciosa, puede decirse que de respeto y emoción.

El ciudadano Lapierre, buen patriota, describe la ejecución en términos pintorescos (no quitamos sino las faltas de ortografía, tan numerosas, que a primera vista resultan palabras casi ininteligibles):

"María Antonieta, la ramera, ha tenido un final tan hermoso como el del chanchó que pertenecía a Godille, nuestro salchichero. Ha ido al cadalso con una firmeza increíble a través de toda la calle Saint Honoré; en fin, ha atravesado París mirando a todo el mundo con desdén y desprecio; pero por todas partes por donde ha pasado, los verdaderos desca-misados, no cesaban de gritar: ¡Viva la República! y ¡Abajo la tiranía! La bribona ha tenido la firmeza de ir al cadalso sin tropezar; pero cuando vió la "medicina" ante sus ojos, ha caído sin fuerzas. Pero, fué lo mismo. Le facilitaron dos ayudas de cámara para hacerle la toilette, y, a pesar de que no tiene barba, no por eso se la ha dejado de afeitár, y, aunque las mujeres no la tengan eso no quita que siempre las afeiten". (Alusión al nombre que la Revolución decoró a la guillotina: "La navaja nacional").

Algunas horas después de la ejecución, el "Diario de los hombres libres", publicaba las líneas siguientes:

"El crimen ha recibido su justa sanción. Esa mujer a quien María Teresa, su madre, miraba en su niñez como el azote de la familia; esa mujer cuyos gustos libertinos se mostraron en Viena antes de la edad en que las pasiones tienen el poder de corromper el corazón; esa mujer que compró el lecho de Capeto con sus lascivas complacencias para con los agentes de la corte de Versalles en la corte de Viena; esa mujer cuya llegada a París fué señalada con fiestas que tuvieron el trágico final que enlutó a toda Francia, (se trata de la terrible catástrofe producida el 30 de mayo de 1771, por los fuegos artificiales encendidos en la Plaza de la Concor-dia en honor de la pequeña delfina que llegaba a Francia) esa mujer cuya impudicia paseó por cuantos brazos no le cerró la indignación, y cuyo adulterio llenó Versalles de niños que no eran extraños sino a su esposo; esa mujer que juró bañarse en la sangre de los franceses, porque en el foyer de

la Opera se olvidaron de aplaudirla; esa mujer que devoró más millones al Estado que cuartos de horas ha vivido: esa mujer que, después de 4 años de Revolución no ha visto nacer un sólo día sin cometer un crimen, que no se ha dormido una noche sin soñar una iniquidad; esa mujer más sanguinaria que Jesabel, más astuta que Agripina, más pérfida que Brunilda, más hipócrita que Catalina de Médicis: cuya vida fué una calamidad para Francia, cuya elevación fue un oprobio para la humanidad y, cuya caída, ha sido, en fin, un triunfo para la libertad; esa mujer, María Antonieta de Austria, viuda de Capeto, a las doce y diez minutos del día, ha caído bajo la guillotina. El globo está purificado. ¡Viva la República!"

Y el mismo día, en ejecución del decreto ordenado por la Convención, a propuesta de Barrere, los despojos mortales del hijo mayor de María Antonieta, del primer Delfín, fueron sacados de su tumba en Saint Denis y profanados.

Robespierre había proclamado que la muerte de María Antonieta sería un homenaje a la libertad y a la igualdad. ¡Esos dos grandes principios caros del corazón de los hombres libres, habían de este modo recibido en el día 16 de octubre de 1793 un brillante homenaje!

CAPITULO XI

ORACION FUNEBRE

Santiago René Hébert, sustituto del procurador síndico de la comuna parisiense, y uno de los delegados en los interrogatorios de María Antonieta, quiso consagrar su talento celebrando la muerte de la soberana. En esta época, Hébert, era todavía uno de los fieles satélites de Robespierre. Los ejemplares de su "Pere Duchesne", cuyo título había tomado de una hoja realista, por su expresión populachera y el formidable tiraje que la hoja logró alcanzar, ejercieron desde su aparición, la más grande influencia.

He aquí, pues, la oración fúnebre consagrada (le Pere Duchesne, N.º 299) por el panfletario jacobino, a la reina sacrificada. No se trata, ciertamente, de un Bossuet, pero las líneas siguientes, no tienen por ello menos sabor, y sería sensible, no poder gustarlo. Quizás el título es un poco largo:

“La mayor alegría que ha experimentado nunca “el Pere Duchesne”, después de haber visto con sus propios ojos la cabeza de la Veto hembra (María Antonieta) separada de su cuello de grulla, y su inmensa cólera contra los dos abogados del diablo que han osado lamentar la causa de esta pelandusca”.

“Hubiera deseado de todas veras, que cuantos bergantes coronados existen hubieran podido contemplar el interrogatorio y el juicio de la tigresa de Austria. Qué lección para ellos. “f”... (insulto intraducible a veces, otras, expresión grosera). Como habrían temblado al contemplar doscientos o trescientos mil descamisados rodeando el Palacio y esperando en silencio el momento en que la fatal sentencia iba a ser pronunciada! ¡Cómo se habrían sentido pequeños, esos pretendidos soberanos, ante la majestad del pueblo! No, f... jamás se ha visto un espectáculo semejante.

Madres amantes, cuyos hijos han muerto por la República. Vosotras, amadas esposas de los bravos soldados que en estos momentos combaten en la frontera, durante un instante al menos, habéis podido ahogar vuestros suspiros y acallar vuestras lágrimas, cuando visteis aparecer ante sus jueces a la infame ramera que ha provocado todas vuestras lágrimas y todos vuestros sufrimientos. Y vosotros ancianos, que habeis envejecido bajo el despotismo, habeis rejuvenecido veinte años, al asistir a esta escena terrible:

—Hemos vivido bastante — podeis decirnos ahora — puesto que hemos visto el último día de nuestros tiranos.

“Qué diferentes estos momentos de venganza a esos otros de imbecilidad, en que los franceses no tenían bastantes ojos para admirar a su Delfina, ni bastante voz, para cantar sus alabanzas! No podía dar un paso, sin ser seguida por una multitud inmensa que hacía retremblar los aires con sus gritos de felicidad. Cuando aparecía ella en algún espectáculo, se olvidaba la música o la danza, todo en fin, para no ocuparse sino de la princesa. El pobre descamisado que sudaba sangre y agua de un sol a otro para pagar sus comilonas, no pensaba en el esfuerzo, en las gabelas, en los sacrificios que estas comilonas le costaban. No pensaba en la caza (reservada a los nobles) a los procuradores, a los abogados y a todos los gusanos que le roían vivo, cuando veía a ese monstruo a quien contemplaba como a una divinidad, atravesar sus campos regados con sus lágrimas.

"¿Quién habría dicho nunca, que el objeto de tan tierno amor, llegaría a tener un fin tal. F...!

"Como premio de todos los beneficios que se prodigarán a esa furia, los franceses han estado reducidos por ella a mirarse a dos pasos de su pérdida. Desde que reinó, no pensó sino en asesinatos y carnicerías. Más de un millón de hombres han sido sus víctimas, y los crímenes que ha cometido, sólo son agua de rosas en comparación a los que meditaba. No hay suplicio bastante grande para espiarlos y, con razón sus jueces, le han recordado los beneficios de la ley, ya que no se ha buscado un suplicio nuevo para vengar a Francia y a la humanidad. A pesar tuyo, bribona, has debido sentir el peso de la igualdad, ya que tu castigo ha sido tan dulce, como el de los otros culpables!

"Lo más extraño del caso es que haya sido posible encontrar dos infelices bastante estúpidos para defenderla! Estos fueron los charlatanes de palacio (los abogados defensores, Chaveau Lagarde y Frocon-Ducoudray), que no otros podían ser capaces de semejante audacia. Uno de ellos, llegó a tener la desvergüenza de declarar que la nación le debía demasiado para castigarla, y que sin ella, sin los crímenes que le reprochan, no seríamos libres! No concibo cómo se puede sufrir, que un par de pedantes de la curia impulsados por facinerosos que les ofrecen una caja con oro, un reloj, diamantes u otros gajes, traicionen sus conciencias procurando cegar a los jurados. ¿No he visto yo mismo a esos dos abogados del demonio, debatirse como diablos en una pila de agua bendita para probar la inocencia de la pelandusea, sino también osar lamentar la muerte del traidor Capeto, (Luis XVI) y decir a los jueces que ya era bastante el haber sacrificado al grueso cerdo, siendo necesario, hacer a l menos gracia a la inmundicia que era su mujer?

"¡Hacer gracia a un demonio cubierto de sangre de franceses!

¡Dejar vivir a semejante monstruo!

"Menos mal que he experimentado la alegría de saber, que esos dos m... (los abogados de la reina) han sido detenidos por orden del Comité de Seguridad General en la Convención. Espero que, a lo menos, hasta que se firme la paz, no se les permitirá abrir la boca.

"He visto caer al saco la cabeza de la "Veto" hembra! ¡Yo quisiera, m...! poder expresaros la satisfacción de los

descamisados cuando la architigresa atravesó París en el coche de treinta y seis puertas. Sus hermosos caballos blancos con tan ricos arneses, ya no la conducían, sino dos rocinantes derrengados que marchaban frente al maestro Samson, al parecer tan satisfechos de contribuir a liberar la República, que parecía que tenían gana de galopar para llegar más pronto al sitio fatal. La maldita ramera, ha sido por lo demás, audaz e insolente hasta el final. Sin embargo, las piernas le faltaron al último, cuando la báscula debía oscilar para que ella jugara a la gallina ciega, tal vez por temor á encontrar después de su muerte, un suplicio mucho más terrible que el que iba a sufrir en aquellos momentos. Su maldita cabeza fue por fin separada de su cuello de grulla, y el aire retembló con los gritos de "¡Viva la República! M...!"

Hébert, ofrecía por lo demás un extraño contraste con el tono demagógico de la hoja que editaba. Se alababa generalmente en París, la fina distinción de su fisonomía, sus bellas manos de líneas aristocráticas, sus maneras antiguo-régimen y el refinamiento de su toilette. En sociedad, parecía sociable, amable, dulce, y hasta un poco clerical; por otra parte, toda su vida estaba embebida en ideas religiosas.

Como muchos demagogos que incitaban al pueblo contra los acaparadores, los financistas y los grandes "ladrones y bandidos" que se "nutren con el sudor del pueblo" él mismo guarnecía su mesa de una alimentación más sustanciosa, que el sudor en cuestión. En su casa brillaba una rica vajilla de plata y toda su vivienda estaba adornada con gusto y magnificencia.

En las reuniones de la Comuna, tronaba contra los especuladores, que arrancaban, sobre la miserable existencia del pueblo y la defensa de la patria, criminales beneficios, pero en la noche, como los susodichos especuladores eran hombres de agradable compañía, no desdeñaba el ir a sentarse a su mesa o en invitarles a la suya. En el club de los zapateros, clamaba contra los aristócratas en tal forma, que se le hubiera tomado por una bestia feroz, pero en su casa, se convertía en el hombre de mundo de más fino trato, acogedor, seductor, sabiendo—en compañía de su mujer, "su Jacqueline", una religiosa arrancada de su convento, acordarse los agradados más variados y suntuosos de la existencia.

Hébert debía a su turno, lo mismo que "su Jacqueline",

morir en la propia guillotina a quien tantos víctimas entregó, como que fué en vida su más exaltado proveedor. (Lo guillotinaron el germenal año II, 24 de marzo de 1794, y a su mujer, 20 días después).

CAPITULO XII

CALUMNIA Y TERROR

Como final de las páginas que preceden, el lector se preguntará seguramente, cómo ha podido ser que los franceses, los parisienses cuya inmensa mayoría son seres de corazón, de probidad y de mesura, (¿no es acaso la mesura la cualidad esencial de los franceses?), pudieron llegar en un momento dado de su historia, a esos excesos de horror y de crueldad, de maldad perversa y calculada, de lo cual no hay memoria en la historia de pueblo alguno. La explicación está en las breves palabras que intitulan este capítulo.

¡La Calumnia!... Poco antes de la Revolución, Beaumarchais, hacía de ella una descripción inolvidable puesta por él en los labios de don Basilio en su "Mariage de Figaro":

"La calumnia... No hay baja maldad, ni horror, ni historia absurda que no se haga creer, si el relato está bien hecho...

Primero, un leve ruido, que roza el suelo como una golondrina que levanta el vuelo antes de la tempestad, "pianissimo". Murmura, pasa, y siembra al pasar el dardo envenenado. Lo recoge, una boca cualquiera, y "piano", "piano" os lo desliza en la oreja, hábilmente. El mal está hecho. Germina, se arrastra, camina, y "rinforzando" de boca en boca se torna en el diablo mismo. Después, de repente, no se sabe cómo, veis a la calumnia alzarse, silbar, crecer a ojos vistas. Entonces se lanza, emprende el vuelo, se arremolina, estalla, envuelve, arranca, arrastra y truena y se vuelve un clamor general, un "crescendo" público, un "chorus" universal de odio y proscripción. ¿Quién demonio puede resistir?"

Y he aquí que la calumnia tiene mil voces, mil lenguas que la multiplican aumentándola. Y fueron los discursos de lo alto de la retumbante tribuna de la Convención y las parlanchinerías de los clubes; y fueron las noches llenas de hu-

mo entre las vociferaciones de los descamisados repletos de vino; y fueron las mil y una hojas impresas repartidas por los panfletarios; y fueron los chismosos y noveleros del Palais-Royal; y fueron los que fueron bajo las sombras del Luxemburgo, en el paseo de los Celestinos y en la terraza de las Tullerías.

La calumnia nace, crece, sube, remonta. Los que podrían tener su impulso, son ahuyentados o bien encarcelados, condenados. A los que quedan, les cierra la boca el terror.

¡El Terror!... He ahí la segunda y más grave causa de ese desbordamiento de horrores que hace enrojecer al hombre de la vergüenza de haber nacido hombre... ¡El Terror! nombre dado con tanta justicia a esa época horripilante.

El terror vuelve cobarde y la cobardía vuelve cruel.

La acusación de "moderación" en los terribles días de 1792 a 1793, equivalía a una condena a muerte sin proceso. Cuántas de las más nobles y más ardientes figuras de esa época, los Girondines, Vergniaud, Bailly, Camille Desmoulins, Dantón, fundadores todos ellos de la República, no terminaron de ese modo, por ser enviados al verdugo. Así, cada cual procuraba sobrepasar a su vecino en jacobinismo, en "descamisadismo", en terrorismo, en fin, en "pureza" revolucionaria.

"Un puro encuentra siempre otro más puro que le depura" dice un verso, que ahora es clásico. Y los más puros sufrían noche y día el terror angustioso de encontrarse con otros más puros aunque, para purificarles, les hicieran guillotinar.

A comienzos de la Revolución, el sorprendente escritor que fué Retif de la Bretonne, se demostró monarquista convencido y celoso. Se le vió haciendo guardia en la Tullerías, pica en mano, defendiendo a su rey. Tenía un amigo, miembro de la Convención Nacional. El 16 de enero de 1793, lo acechó con una pistola cargada en el bolsillo, y le preguntó, a la salida de la sesión durante la cual fué votada la muerte del rey:

—¿Has votado por la muerte?

—No.

—Me alegro. Te habría levantado la tapa de los sesos.

Y poco después encontramos a este mismo Retif de la Bretonne, secuaz declarado, más aun, ardiente de Robespierre y de Marat. El siguiente párrafo tomado de sus "Noches Revolucionarias" dará la explicación de esa caída en el más san-

guinario jacobinismo. "Todas las noches mi imaginación me pintaba la audiencia revolucionaria: Dumas y Coffinhal, (presidente y vice presidente del tribunal), sus sanguinarios jurados, los banquillos, los gendarmes con la bayoneta calada fulminando al desdichado preso: "¡No tienes la palabra!" y luego, el esquilarse de los cabellos escalofriante, las manos, horrorosamente ligadas detrás de la espalda, la carreta, las rechiflas de un populacho frenético, el descenso de la misma que ahoga el corazón, la escalera fatal, el volcamiento sobre la plancha, la ruidosa caída de la cuchilla... los torrentes de sangre..."

Francia entera, París sobre todo, se encontraban así sumidos entre las rojas brumas del Terror: terror al esquilarse de los cabellos, terror a las manos horrorosamente atadas a la espalda, terror a la carreta, terror a la caída sobre la plancha, terror al cuchillo, terror a los ríos de sangre... Tanto y tanto terror, que los que se encontraban por cualquier motivo mezclados en los asuntos políticos, arrastrados por una pendiente fatal, acentuaban más y más su adhesión a la revolución jacobina, haciendo gala de un ardor sanguinario, como dice Retif, arrastrados por un miedo invencible.

Lo que se hace bajo el imperio del miedo, es siempre bajo, ruín, cobarde y vergonzoso. Y por eso, en esos gloriosos días, se abrió la floración más horrible que el mundo haya conocido nunca, que nunca puede ser superada en horror, floración cuya devoradora savia sólo el sol de Termidor, logró secar.

EPÍLOGO

El tiempo es quien repara a menudo, pero ¡ah! a veces demasiado tarde, muchas iniquidades. Y del juicio claro del tiempo, habla el admirable historiador y poeta Pierre de Nolhac, quien ha consagrado a María Antonieta libros de una verdad exquisita. A la infortunada soberana, se refiere también en el bello soneto que ahora publicamos, después de haber solicitado y haber obtenido su permiso. Hele aquí:

EL CADALSO DE LA REINA

Escurridiza senda tu pie real seguía.
pero no hay fango alguno que pueda ya alcanzarte,

y aunque se cansó el llanto de el párpado abrazarte,
algo espantoso debe cumplirse todavía.

Es preciso que apures hãsta el fin la agonía
que impuros reyes antes quisieron prepararte.
Con el verdugo, ¡cuántas manos van a matarte!
Con el deseo, ¡cuántas manos te matarían!

Pero tu alma real y heroica se ha crecido
con el insulto largo que así te ha escarnecido
y el cadalso te adorna de un prestigio inmortal.

Inclínanse los siglos ante tu atroz martirio
testa sagrada y pálida, segada como un lirio
en los cármenes viejos del jardín imperial.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL



COLECCION BIBLIOTECA ERCILLA

UNA TEORIA SEXUAL Y OTROS ENSAYOS, por Freud.	
Edición de lujo	\$ 14.00
Edición económica	\$ 11.00
LENIN, por F. Ossendowski. Edición de lujo \$ 22. Edi-	
Edición económica	\$ 11.00
LA QUINTRALA Y SU EPOCA, por Aurelio Díaz Meza.	
Escrita especialmente para la "Editorial Ercilla" ..	\$ 12.00
VIDA DE SAINT-JUST, por Emmanuel Aegerter ..	\$ 8.00
HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, por Wal-	
ter Goetz	\$ 20.00
EL ENIGMA DE LA MANO, por Madame de Thébes ..	\$ 10.00
LA AMERICA BARBARA, por Emilio Rodríguez Men-	
doza	\$ 14.00
ASI HABLO ZARATUSTRA, por Federico Nietzsche	\$ 12.00
PSICOLOGIA DE LAS MASAS Y ANALISIS DEL YO,	
por el Prof. Freud.	\$ 12.00
VOLTAIRE, por André Maurois ..	\$ 6.00
MUSSOLINI Y EL FASCISMO, por el prof. Ferdinand	
Güterbock	\$ 6.00
UNA NUEVA EDAD MEDIA, por Nicolás Berdiaeff ..	\$ 7.00
RECUERDOS DE UN SOLDADO.—EL EJERCITO Y LA	
POLITICA, por el general Carlos Sáez Morales,	
tomos I y II, cada uno	\$ 9.00
ESQUEMA DEL PORVENIR, por H. G. Wells ..	\$ 12.00
¿QUIEBRA DE LA DEMOCRACIA?, por H. G. Wells	\$ 10.00
FUNDAMENTOS DE LA POLITICA, por Hans von	
Eckardt	\$ 6.00
HISTORIA DEL INTERNACIONALISMO OBRERO,	
por Lewis L. Lorwin	\$ 14.00
JOSE MIGUEL CARRERA, por Augusto Iglesias ..	\$ 20.00
PEREZ ROSALES, por Emilio Rodríguez Mendoza ..	\$ 8.00.

COLECCION BIBLIOTECA SELECTA

LA VIDA COMIENZA MAÑANA, por Guido Da Verona.	\$ 6.00
LA QUE NO SE DEBE AMAR, por Guido Da Verona ..	\$ 6.00
SUELTA LA TRENZA MARIA MAGDALENA, por	
Guido Da Verona	\$ 6.00
LA MUERTE DE MATA HARI, por Guido Da Verona.	\$ 6.00
INMORTALICEMOS LA VIDA, por Guido Da Verona ..	\$ 6.00
LA GONDOLA DE LAS QUIMERAS, por Mauricio De-	
kobra	\$ 6.00
LOS RINCONES SECRETOS DEL CORAZON, por H. G.	
Wells	\$ 6.00
¡SOY UN TERRIBLE BURGUES!, por Clement Vantel	\$ 6.00

COLECCION BIBLIOTECA EXITO

EL SECRETO DEL EXITO, por Orison Swett Marden.	\$ 4.00
LOS CAMINOS DEL AMOR, por Orison Swett Marden.	\$ 4.00
PAZ, PODER Y ABUNDANCIA, por Orison Swett Mar-	
den	\$ 4.00
EL DUENO DE SI MISMO, por Orison Swett Marden ..	\$ 4.00

LA COCINA VEGETARIANA RACIONAL, por el Doctor Vander	\$ 4.00
COMO VIVIR UN DIA DE 24 HORAS, por Arnold Bennett	\$ 4.00
HATHA YOGA, por Yogui Ramacharaka	\$ 4.00

COLECCION BIBLIOTECA AUDAZ

VIRGENES A MEDIAS, por Marcel Prevost	\$ 3.00
LA VIRGEN DE 18 QUILATES, por Pitigrilli	\$ 3.00
VEGETARIANOS DEL AMOR, por Pitigrilli	\$ 3.00
EL EXPERIMENTO DE POTT, por Pitigrilli	\$ 3.00
AVENTURAS DEL REY PAUSOLE, (extra), por Pierre Louys	\$ 5.00
ULTRAJE AL PUDOR, por Pitigrilli	\$ 3.00
VIDAS DE CORTESANAS, por M. Magré	\$ 3.00
EL ARTE DE AMAR, por Ovidio	\$ 3.00
LA MACHONA, por Victor Margueritte	\$ 3.00
SU QUERIDA Y YO, por Marcel Prevost	\$ 3.00

COLECCION BIBLIOTECA ROSA

TE QUIERO, por M. Delly	\$ 3.00
NO ME OLVIDES, por M. Delly. (2.a edición)	\$ 2.50
LA CANONESITA, por M. Delly	\$ 3.00
ALMAS FEMENINAS, por Guy de Chantepleure	\$ 3.00
EL ARBOL UPAS, por Florencia Barclay	\$ 3.00
AMADA EN EL DOLOR, por René Star	\$ 3.00
LA EXPATRIADA, por M. Delly	\$ 3.00
EL AMOR DE DAVID, por Florencia Barclay	\$ 4.00
MI VESTIDO COLOR DEL TIEMPO, por M. Delly	\$ 4.00
FELIPE DERBLAY, por Jorge Ohnet	\$ 3.00
CUANDO LAS ROSAS VOLVIERON, por M. Delly	\$ 3.00
OJOS DE ACERO, por M. Delly	\$ 3.00
EL FINAL DE NORMA, por Pedro A. de Alarcón	\$ 3.00
LA FILOSOFIA DEL AMOR, por E. Glyn	\$ 3.00
EL AMOR DE PASCA, por M. Delly	\$ 3.00
FLOR DE DURAZNO, por Hugo Wast	\$ 3.00
LA CASA DE LOS CUERVOS, por Hugo Wast	\$ 3.00

COLECCION ERICILLA

GOG, por Giovanni Papini	\$ 3.00
LA CANCION DE SIEMPRE Y DE NUNCA, por Guido Da Verona. (3.a edición)	\$ 3.00
MILLONARIOS A LA FUERZA, por F. Oppenheim	\$ 2.50
DAVID GOLDER, por Irene Nemirowski	\$ 2.50
EL ASESINATO DEL ARBOL ANTIGUO, por Guido Da Verona	\$ 3.00
YVELISE, por Guido Da Verona	\$ 3.00
EL CAUDILLO, por Claude Farrere	\$ 3.00

LOS PROGRESOS DEL PLAN QUINQUENAL, por Kni- kerbocker	\$ 3.00
CONVERSACIONES CON MUSSOLINI, por Emil Lud- wig	\$ 3.00
EL SEÑOR DE PHOCAS, por Jean Lorrain	\$ 3.00
CORAZONES SIN RUMBO, por Pedro Mata. (Extra) ..	\$ 5.00
LA TRAGEDIA DE MAYERLING, por Claude Anet..	\$ 4.00
CASANOVA, por Stefan Zweig	\$ 4.00
LA FAMILIA PERLMUTTER, por Panait Istrati y Josué Jehouda	\$ 4.00
EL ROSARIO, por Florencia Barclay	\$ 4.00
LA ISLA DE LOS PINGÜINOS, por Anatole France..	\$ 4.00
BESTIAS, HOMBRES, DIOSES, por F. Ossendowski ..	\$ 4.00
LA MUJER QUE HABIA EN EL, por Maurice Rostand	\$ 4.00
EL CORAZON DE LA REINA HORTENSIA, por H. Bordeaux	\$ 4.00
CHARLAS CON LA EMPERATRIZ EUGENIA, por M. Paleologue	\$ 4.00
LUCRECIA BORGIA, por F. Funck Brentano	\$ 4.00
EL DERECHO DE LA MUJER AL AMOR, por el Dr. F. Bourgas	\$ 4.00
SIN FLORES DE AROMO, por Panteleimon Romanoff	\$ 4.00

COLECCION GRANDES OBRAS

VIEJA Y NUEVA MORAL SEXUAL, por B. Russel, (2.a edición)	\$ 5.50
COMPENDIO DE SOCIOLOGIA, por L. F. Ward	\$ 5.50
VIDA INSIGNE DE RABELAIS Y CHUSCAS HAZAÑAS DE PANTAGRUEL, por Anatole France.. ..	\$ 5.00
NAPOLEON, por Emil Ludwig	\$ 12.00

COLECCION NOVELA AUDAZ

TSATSA MINKA, por Panait Istrati, (2.a edición) ..	\$ 1.60
UNA MANCHA DE SANGRE, por Joaquín Belda	\$ 1.60
LA MUJER Y EL PELELE, por Pierre Louys	\$ 1.60
EL RAYO DE LUNA, por Alvaro Retana	\$ 1.60
EL MISTERIO DE LOS OJOS CLAROS, por Pedro Mata	\$ 1.60
CARTAS DE AMOR, por Marcel Prevost	\$ 1.60
DOS QUERIDAS, por A. de Musset	\$ 1.60
LA DEFENSA DE LADY CHATTERLEY, por D. H. Lawrence	\$ 1.60
UNA MUJER DE FUEGO, por René Samblón	\$ 1.60
VIDA DE LAS CASADAS Y DE LAS CORTESANAS, por Pedro Aretino	\$ 1.60
LA SONATA A KREUTZER, por León Tolstói	\$ 1.60
EL PESCADOR DE ESPONJAS, por Panait Istrati ..	\$ 2.00
EL JARDIN DE EPICURO, por Anatole France	\$ 2.00
NOCHES DE MONTMARTRE, por M. Dekobra	\$ 2.00
UN AMANTE DEMASIADO AMADO, por R. Dünan...	\$ 1.60